

Irène Némirovsky

La presa

PRIMERA PARTE

1

—¿Adónde va?

—Yo qué sé... Se comporta con nosotros como si estuviera entre extraños...

Toda la familia se encontraba en el salón, una estancia de paso con las cuatro puertas permanentemente abiertas; desde allí se podía controlar la vida de toda la casa. Las mujeres contuvieron la respiración para oír los pasos de Jean-Luc. Pero ya estaba lejos.

—Él es libre... —dijo Laurent Daguerne con suavidad.

Había reaccionado justo como esperaba su mujer: seguramente había querido llamar a su hijo, decirle, con la tímida risita que se le escapaba a veces, como si se burlara de su propio corazón: «Ven... Nunca estás aquí...». Pero había ahogado las palabras en sus labios, incluso había reprimido un suspiro apenas perceptible y, dejando que Jean-Luc se fuera sin decir nada, había vuelto a coger el libro. En ese momento parecía casi contento. Era uno de esos hombres que sólo se sienten cómodos en la abstracción, la meditación, las especulaciones de la mente. La lectura le proporcionaba lo que a otros les da el alcohol: el olvido de la vida.

El chalet de los Daguerne estaba en la zona norte de Le Vésinet. Era una tarde de domingo. Los coches pasaban por la carretera nacional. No muy lejos del jardín había un cruce: al girar frente a la verja, los pequeños vehículos producían un chirrido atroz, uno de esos quejidos de los frenos que parecen gritos de angustia. Pero a esa hora empezaban a espaciarse. La casa descansaría hasta el día siguiente en profundo silencio. Estaba lloviendo: las gruesas e impacientes gotas repiqueteaban en el techo.

Laurent Daguerne levantó el libro para captar mejor sobre la página la parca luz de la pequeña araña de tres brazos. El salón era una habitación fría e incómoda, llena de muebles de jardín que se recogían allí cuando llegaba el otoño. Arrimadas a una pared, se veían unas sillas de mimbre desvencijadas por el uso prolongado, así como las bolas descoloridas y los arcos oxidados de un juego de cróquet. La casa estaba rodeada por un jardín sin flores, sin gracia. Viejos y negruzcos abetos, duros y vigorosos, presionaban los cristales con sus ramas; el farol de la escalera de la entrada los iluminaba vagamente, así como a la vasija de yeso, llena de agua de lluvia y hojas podridas, que se alzaba en mitad del césped.

Aquel chalet de ladrillos amarillentos, que tenía el aspecto inhóspito, feo y mezquino, pero también sólido, indestructible, de los edificios de antes de la guerra, había sido construido por el propio Laurent Daguerne en la época de su primer matrimonio. Sin embargo, había perdido a su esposa muy pronto. Ahora vivía con otra mujer en la casa en la que había muerto Louise. Desde hacía unos años, desde que había enfermado y sus ingresos como arquitecto se habían vuelto casi miserables, toda la familia residía allí, tanto en verano como en invierno. En tardes de noviembre como aquélla, París parecía especialmente lejano. Los Daguerne no tenían coche.

Mathilde Daguerne cosía con la cabeza inclinada sobre la labor. Sus estrictas crenchas, que antaño habían sido de un negro de ébano uniforme y azulado, estaban salpicadas de hebras blancas. De vez en cuando se detenía, suspiraba y miraba fijamente el

vacío con el ceño fruncido, mientras sus finos y apretados labios se movían formando cifras.

—Doce francos setenta y cinco... —dijo a media voz—. Doce y ocho... Es lo que pensaba... Más de veinte...

Tenía la nariz grande, estrecha y recta, y unos ojos tristes, hundidos en profundas órbitas. El maquillaje y los polvos nunca habían tocado su tez, seca de por sí, como privada de alimento. Aunque no carecían de belleza, sus facciones estaban prematuramente ajadas. En cuanto al cuerpo, era una mujer alta y fuerte, con muy buena figura, cuyas espléndidas formas contrastaban de un modo extraño con el rostro marchito.

El día de su boda le había ofrecido un regalo a Jean-Luc, su hijastro, que entonces tenía ocho años. Para agradecérselo, Jean-Luc, empujado por su padre, le había dado un beso; instantes después, por distracción o por timidez, había vuelto a ofrecerle la frente.

—Pero si ya me has besado, Jean-Luc... —le había dicho ella, retrocediendo un poco.

Sin embargo, en cuanto pronunció la frase y vio la cara de Jean-Luc, pensó: «¿Qué estoy diciendo? ¿Es que me he vuelto loca?». Pero las palabras agrias y los reproches salían de su interior como proyectados por una fuerza desconocida, pese a que ella misma era toda escrúpulos, buena voluntad y un esfuerzo de amor vano y desesperado.

«Qué difícil es criar al hijo de otra», pensaba esa misma noche.

Ahora Jean-Luc tenía veintitrés años. El triste día en que el pobre Laurent faltara, la familia no tendría más apoyo que él.

Laurent Daguerne padecía una enfermedad de los riñones que había contraído durante su cautiverio en Alemania. Desde hacía más de dos años, desde su última operación, estaba desahuciado. Era un individuo frágil, de estatura baja y tez macilenta, y su mirada, cansada y profunda, como vuelta hacia dentro e indiferente al mundo visible, revelaba al hombre herido de muerte.

Desgraciadamente, Jean-Luc no tardaría en ser el cabeza de familia. Era el protector natural de su hermano pequeño y de su hermanastra, nacida del primer matrimonio de Mathilde Daguerne y adoptada por Laurent. Pero ¿qué haría por ellos?

«Tiene un corazón duro», pensó Mathilde.

—Esta noche no volverá —dijo, alzando la aguja hacia la luz.

—¿Se lo has preguntado?

—No me arriesgo a preguntarle nada. Él sabe cómo demostrar que le disgusta. Son cosas que puedo comprender con medias palabras.

—Estoy seguro de que volverá —murmuró Laurent, incómodo, porque no soportaba que su mujer censurara a Jean-Luc, ni con palabras ni en la intimidad de su corazón.

Mathilde soltó un hondo suspiro.

—Muy bien, cariño, pero no te inquietes.

Laurent ya se estaba reprochando haber pensado en su hijo con excesivo cariño. Sin poder evitarlo, lo separaba mentalmente de los otros dos, de José y de la pequeña Claudine, que no era de su sangre, pero a la que se esforzaba en querer. Tendió hacia ellos su mano fría, permanentemente agitada por un temblor apenas perceptible, y acarició la pelambreira revuelta de José y la frente de Claudine.

—¿Qué tal, hijos?

Los chicos no respondieron: las voces de sus padres rara vez los alcanzaban. Claudine tenía dieciséis años y José doce; a esas edades, una invisible muralla rodea el

cuerpo y aísla los sentidos del resto del mundo. A veces, una orden de su madre dada con la aspereza y la brusquedad que su voz imprimía a determinadas palabras, llegaba hasta sus oídos, y entonces ambos se sobresaltaban como si se despertaran de un sueño; en cambio, Laurent Daguerne tenía para ellos la consistencia de una sombra.

Claudine, una mujercita ya rolliza y formada, de pelo negro, mejillas gruesas y sonrosadas y aspecto robusto, frío, reconcentrado, cosía una prenda de ropa interior. Pensaba en las musarañas, miraba a su alrededor con desgana, dejaba caer la labor sobre sus rodillas y jugaba con su pulsera de plata. Sentado junto a ella con la cabeza gacha, José pasaba febrilmente las páginas de un libro. El pelo le caía sobre la frente ancha y los hermosos ojos. Sin dejar de leer, se lo echaba hacia atrás con una brusca sacudida de la cabeza y luego se hundía los pulgares en los oídos y las uñas en las mejillas, cuya piel, todavía suave y delicada como la de una chica, enrojecía y se amorataba al contacto de los dedos. Se parecía a Jean-Luc, pensaba Laurent, pero estaba bien cuidado, sonrosado, contento... Jean-Luc nunca había sido así. Huérfano de madre desde la más tierna infancia, interno en un colegio a los ocho años, siempre había sido delgado y pálido, acorazado por la frialdad aparente y la inseguridad en sí mismo que brinda a los niños la educación recibida exclusivamente de hombres y entre hombres. Laurent volvió a ver las facciones afiladas de su primogénito, sus ojos pequeños y relucientes y su hermosa boca, que parecía apretada, contraída por un esfuerzo de la voluntad. Tenía la voz suave, pero se expresaba mediante frasecillas breves y cortantes. Laurent pensaba en él con tristeza, añoranza, temor... «Cuando la vida se acaba —se decía—, sientes por un hijo lo mismo que por una mujer amada. Hasta los motivos más simples de Jean-Luc me parecen misteriosos. ¿Dónde está ahora? ¿Con una mujer? ¿Qué mujer? ¿Qué mujer ha conseguido gustarle a mi hijo? ¿Con un amigo? Recuerdo que, cuando tenía su edad, cualquier chico, el más estúpido, el más zafio, me resultaba más cercano y más importante que mi propio padre. Cuántas horas malgastadas con imbéciles, cuánto desprecio, cuánto olvido para quien se acercaba al final de sus días, como me acerco yo ahora. Qué dura y amarga experiencia podría recibir de mis labios... pero él ni siquiera se lo imagina. ¿Qué soy yo para Jean-Luc? ¿Qué puedo darle? Nada, absolutamente nada. Desde hace dos años, ni siquiera puedo pagarle los estudios, asegurarle el pan. ¿Cómo se las arregla? ¿Cómo vive? Él no lo dice, y a mí me da miedo preguntárselo... Me da miedo enterarme de que no es feliz, de que le falta lo necesario, me da miedo saberlo, porque... ¿cómo podría ayudarlo? ¿Libre? Claro que lo es... ¿Qué podría darle yo aparte de esa mísera libertad? Es serio, maduro para su edad. Pero... ¿es feliz? La libertad sólo es buena cuando es anhelada, deseada con ardor; así, ofrecida como regalo, tiene otros nombres: abandono, soledad...».

Y, sin embargo, ¿qué podía hacer él? Después de la última operación había dejado de trabajar. Vivía de las escasas rentas que aún le quedaban y que el fisco y la devaluación no se habían comido. Ya estaba cobrando los últimos cupones. Cuando muriera, a su familia le quedaría el seguro de vida que había contratado y el chalet de Le Vésinet, imposible de vender, porque estábamos a finales de 1932: había empezado una crisis económica sin precedentes. El futuro de Jean-Luc era muy sombrío...

Laurent cerró lentamente los ojos para ver mejor en su imaginación el rostro de su hijo amado. ¿Volvería a casa esa noche? De sábado a lunes, Jean-Luc se quedaba en Le Vésinet, pero el resto de la semana vivía en París. Esa noche, el salón seguía impregnado de su presencia. Había dejado unos libros encima de la mesa y el reloj en el brazo de un sillón, porque, como la correa le estaba pequeña y le apretaba la muñeca, se lo quitaba y se lo dejaba olvidado en cualquier sitio. Mathilde vio los ojos de su marido posados en el reloj;

se levantó, lo cogió y lo guardó en un cajón. El olor de los cigarrillos que se había fumado Jean-Luc casi se había desvanecido; sólo quedaba el olor a lluvia, a tierra mojada, a otoño, que llegaba del jardín. En la oscuridad, unos gatos maullaban quejumbrosamente. Laurent se dijo que no debía seguir rumiando todos aquellos pensamientos viejos y amargos... La preocupación por el futuro, la angustia por el pan diario, por el porvenir de los suyos... ¿Acaso alguien tenía la fortuna de librarse de eso por completo? Él estaba en la misma situación que muchos otros... Era el sino de los padres, que pesaba sobre miles de ellos... Suspiró y miró con ternura las páginas del libro, un pequeño volumen inglés con las tapas desgastadas. Sus queridos poetas isabelinos lo consolarían, si es que algo podía consolarlo. Leyó:

My soul, like a ship in a black storm,

Is driven, I know not within...

—«Como un barco impulsado por la negra tormenta va mi alma, no sé hacia adónde...».

Laurent alzó los ojos y miró con tristeza los árboles envueltos en la bruma y la macilenta luz que caía sobre ellos y sobre la fachada de la casa. Viejo y enfermo, ¿quién podía contemplar aquellos árboles negros e inmóviles y aspirar el olor de la tierra otoñal sin estremecerse?

—Claudine, ¿quieres cerrar los postigos, hija mía? Y correr las cortinas. Tengo frío.

—¿No has oído a tu padre, Claudine? —gruñó la señora Daguerne.

Claudine se levantó y corrió las cortinas.

Aquella misma tarde, en la sala de estudio del colegio, Jean-Luc, niño aún, había pensado: «Cuando haga el amor con una mujer, cuando la tenga por primera vez entre mis brazos —“desnuda”, añadía, y se ponía rojo de vergüenza y de deseo—, recordaré a propósito estos negros muros y el sonido de la lluvia, para disfrutarlo más».

Por la noche, tumbado junto a Édith en la habitación cálida y oscura, el viejo recuerdo volvió a su mente por un instante, pero tan lejano, tan dulce, tan desprovisto de su veneno, que apenas le dedicó un pensamiento, una sonrisa. Era tan feliz... Habían apagado la lámpara; en un rincón ardía una estufita de petróleo, cuyo corazón rojo iluminaba la tela rameada de los tapices, en los que aparecían unos barcos de vela descoloridos por la humedad. Jean-Luc había descubierto aquellos saloncitos, a los que se accedía por una discreta escalera y una puerta falsa, en un modesto restaurante, en el lindero del parque de Montsouris.

Allí era donde se encontraba con Édith. A esas horas y en esa época del año, el parque y el edificio entero parecían vacíos. En la terraza, los veladores de hierro dormían bajo un toldo. La oscuridad había borrado las palabras escritas en la puerta: «BODAS Y BANQUETES». Una farola encendida se reflejaba en la negra superficie de un estanque. Llovía mansamente, y ese sonido del agua al caer en el agua era lo único que medía el tiempo. El anochecer de otoño era gélido y triste, pero allí dentro las paredes se habían impregnado del perfume de Édith, y un calor dulce y pesado hacía languidecer el cuerpo y el alma. En la mesa, una botella de Pouilly descansaba en una cubitera llena de hielo. Sin embargo, Édith y Jean-Luc no bebían. Ni siquiera se besaban. Estaban quietos, pegados, con las manos entrelazadas con tanta fuerza que Édith tenía las muñecas enrojecidas. El tiempo se había detenido. Una puerta golpeó suavemente al cerrarse; una voz de mujer, seguida por una risa ahogada, atravesó las paredes. Luego se hizo el silencio. La lluvia, la misma lluvia que en esos instantes Laurent Daguene oía repiquetear en el canalón de zinc de su tejado, caía con fuerzas renovadas.

—Qué bien se está aquí... —dijo Jean-Luc en voz baja, deslizando la mano por el mantel de la mesita cercana para buscar a tientas los cigarrillos.

Édith encendió la lamparita colocada a su lado.

Se miraron ávidamente, sin sonreír. Él se había quitado la chaqueta y el cuello postizo, dejando al descubierto el cuello juvenil, puro y fuerte. Los hermosos y revueltos cabellos castaños le ocultaban a medias la frente pálida, que se estrechaba en las sienes; su cabellera espesa, demasiado abundante, demasiado vigorosa, crecía sobre el delgado rostro como una vegetación tropical exuberante en una tierra abrasada por la fiebre. La retiró con un brusco movimiento de la mano. Conservaba todavía algunos gestos de adolescente, pero su mirada tenía la audacia y el brillo propios de un hombre hecho y derecho. Cuando bajaba los ojos, las largas pestañas suavizaban sus facciones.

—Es tarde —murmuró Édith.

—No.

—Sí, suéltame, son casi las doce. Mi familia no aceptaría que volviese pasada la medianoche.

—Tu familia me trae sin cuidado.

—Y a mí. Pero no hay más remedio...

—¡Bueno, pues vete!

Édith se levantó, pero notó que las piernas de Jean-Luc se cerraban alrededor de las suyas. Volvieron a caer suavemente hacia atrás, abrazados.

Ella tenía veinte años, un rostro autoritario pero delicado, sin apenas maquillaje, y unos grandes ojos verdes. Llevaba el pelo no muy largo, recogido detrás de las orejas con dos horquillas de nácar salpicadas de minúsculos diamantes. Jean-Luc se las quitó y los cabellos se derramaron por el cuello y los hombros; eran rubios, más claros que su piel ambarina. Por un instante, la pureza de la tez, la delgadez de los brazos y, sobre todo, aquella cabellera vaporosa le dieron el aspecto de una niña. Los dos jóvenes se sonrieron con una especie de ingenuidad, muy poco habitual ya en sus facciones. Su imagen se reflejaba en un espejo inclinado, un viejo espejo con un gran marco dorado, que, como todo en aquella casa, databa sin duda de la década de 1880; estaba cubierto de frases y nombres de desconocidos grabados en el cristal. El deseo más intenso y exquisito que sentían ambos en esos instantes era el de no moverse, no moverse de allí nunca más, dormirse abrazados el uno al otro, no volver a ver a sus padres ni a sentir el frío hálito del exterior. Se hablaban con las bocas tan juntas que sus labios bebían las palabras del otro aun antes de que las pronunciara, cuando aún no eran más que suspiros apenas formados, mitad palabras, mitad besos. Eran felices. No es frecuente que los jóvenes sepan saborear la felicidad; ni siquiera la esperan, como si pensaran que ser joven y encima dichoso fuera pedirle demasiado a Dios. Pero aquel mudo embeleso era lo más parecido a la felicidad que podían conocer. No eran amantes. Él la amaba. Quería hacerla su mujer.

De repente, tuvieron frío. Por mucho que les ardiera la cara, tenían el cuerpo sacudido por escalofríos. Se levantaron y fueron a sentarse junto a la estufita de petróleo. Fumaron en silencio. Édith sacó un pequeño espejo de su bolso, lo dejó en el suelo y, apoyada en las rodillas de Jean-Luc, empezó a peinarse lentamente. Él cogió el cigarrillo que ella había dejado y se lo llevó a los labios.

—Qué difícil es vivir sin ti... —dijo con esfuerzo, al cabo de unos instantes.

Su voz, como le ocurría siempre en los momentos de agitación interior, se había tornado grave y sorda. Volvió la cabeza para que sus ojos no delataran su emoción: el alma joven y viril se avergüenza del amor. Sin embargo, su expresión era fría y tranquila. Cuando hablaba con apasionamiento o sinceridad, su rostro se volvía neutro, gélido, impenetrable. En cambio, cuando callaba, la ironía, la reflexión y una atención extraordinaria animaban todas sus facciones; le brillaban los ojos y, en su empeño por ocultar su agitación, fruncía los labios con impaciencia; sin embargo, le brotaba la pasión como asoma bajo las cenizas un fuego mal apagado.

Édith se arrimó más a él. Jean-Luc meneó la cabeza.

—No debería estar aquí contigo —dijo—. Eres la clase de mujer que me horrorizaba. Tan deslumbrante... La que yo me imaginaba...

Jean-Luc se interrumpió, absorto en la contemplación de aquel cuello desnudo, echado hacia atrás, apoyado en sus rodillas. El resplandor de la estufa iluminaba la habitación; su tenue claridad rosácea dejaba en la oscuridad el cuerpo de Édith, pero le teñía el rostro y el cuello, dorado y bien torneado.

—Cariño... ¿Cómo era la mujer que imaginabas? Ingrato... Yo, en cuanto te vi, pensé: «Me gusta». ¿Te acuerdas? En un pasillo de la Sorbona, mientras esperaba a Chantal Desclées. Ya era de noche, estaban encendiendo las luces. No había nadie a nuestro alrededor y tú... Me pareciste tan guapo... Querías decirme algo, pero no te atrevías.

—Por la ropa que llevabas, estaba claro que no eras una estudiante. Pero fingí no

darle cuenta y te hice una pregunta tonta.

—Parecías muy seguro. Siempre había soñado con un chico como tú. Sí, esa cara delgada, esos ojos tan bonitos... Así que tú, cuando eras niño, te imaginabas otra mujer. ¿Y cómo era?

—Una «princesa de Racine», pero de rodillas ante mí —respondió Jean-Luc, sonriendo. Édith se arrodilló a sus pies y lo miró, divertida. Jean-Luc meneó la cabeza—. No creas que con eso habría bastado. Quería que estuviera siempre a mi disposición, pendiente de mí, que sólo pensara en mí, que fuera únicamente mía, que toda su felicidad, toda su tranquilidad dependiera de mí. Y tú eres una chica rica, una señorita. Toda una parte de tu vida transcurre lejos de mí. Pero pronto...

Jean-Luc cogió la nuca inclinada de Édith y se la apretó, primero con suavidad y luego cada vez más fuerte, hasta hacerle soltar un débil grito de dolor. No le preguntó: «¿Me quieres? ¿No querrás a otro hombre jamás? ¿Estaremos siempre juntos?». Rara vez pronunciaba palabras de amor: a esa edad todavía parecen muy serias, irrevocables; aún no están gastadas.

—Mi querida Édith...

Eran las únicas palabras tiernas que podían brotar de sus labios sin dificultad, las únicas que no le daba vergüenza pronunciar.

Seguían pegados, sin decir nada.

—¡Bueno, ya está bien! —dijo ella al fin, levantándose—. Tenemos que irnos... ¡Venga!

Mientras Édith acababa de peinarse, Jean-Luc se puso en pie, se acercó a la ventana cerrada y sopló sobre el vaho que cubría el cristal, a través del cual se distinguía la leve claridad de una farola de zinc de la terraza.

—El parque está desierto.

—Es tardísimo.

Jean-Luc miró los árboles inmóviles. Inclinados hacia el suelo, atentos, escuchaban la savia que subía por ellos, pero sin el estremecimiento de alegría, sin la fiebre de la primavera. Con calma, paciencia y muda esperanza... Con todo su joven y trémulo cuerpo, con la ardiente sangre que corría por sus venas, Jean-Luc se mofaba de ellos, les llevaba la contraria, los compadecía. Abrió la ventana con un gesto brusco y aspiró el aire saturado de lluvia como si contuviera un bálsamo para la fiebre que lo agitaba. Una vaga luz proyectaba sobre la cristalera de la terraza sus dos sombras, que se unieron en un beso. Luego, Édith cogió el abrigo de piel, extendido sobre el diván, sobre el que se habían acariciado, y se lo llevó a la cara y a los labios.

—Tu olor...

Por unos instantes se quedaron indecisos junto al diván.

—No, no... —dijo Jean-Luc con voz sorda y apasionada—. Tú no serás mi amante, sino mi mujer. ¿Crees que si me acostara contigo podría dejarte ir?

Ella agachó lentamente la cabeza.

—Vamos... —dijo al fin.

Jean-Luc deslizó bajo la botella, que seguía entera, un billete de cincuenta francos, el último... ¡Bah! ¿Qué más daba? Se sentía capaz de levantar el mundo con las manos.

Se despidieron en la pequeña rue Gazan, que estaba desierta. Aquí y allá, débiles farolas iluminaban el parque. No había dejado de llover.

Jean-Luc se alzó el cuello del impermeable y hundió las manos en los bolsillos. La lluvia le resbalaba por el pelo y la cara. Sentía con placer cómo aquellas gotas gruesas y gélidas absorbían el fuego de sus mejillas. Era feliz. ¡Y qué felicidad tan noble, tan virtuosa! El viento se le colaba entre la ropa. Tenía hambre. Se había quedado sin cenar para poder pagar el vino y los cigarrillos de Édith, pero eso no hacía más que aumentar su orgulloso júbilo. Hay una edad en la que las necesidades materiales respetan al ser humano, dispuestas a desquitarse más tarde... Jean-Luc tenía la sensación de que nada podría agotar jamás sus fuerzas intactas; ni las privaciones ni el exceso de trabajo ni el exceso de placer. Las noches en blanco brindaban a su cuerpo una fiebre feliz. Avivada por el hambre, su mente estaba más despierta, más lúcida. Su juventud, el fuego de su sangre, la agilidad y el equilibrio de un cuerpo que comunicaba al alma su tranquila seguridad lo embriagaban. Volvió a sonreír al acordarse del colegio, de los negros muros, de sus lágrimas... Eso había quedado atrás. Por primera vez, hasta el tiempo estaba a su lado y de su parte. El tiempo, tan lento, tan pesado en la infancia, el tiempo, que se adaptaba a los placeres y al olvido de los demás, fluía ahora al ritmo de su sangre y precipitaba a los adultos de ayer en la vejez. ¡Era joven! Le habría gustado alzar los brazos al aire y gritar: «¡Gracias, juventud!». Por un breve instante, el mundo estaba hecho a la medida de sus fuerzas.

Caminaba despacio por las callecitas desiertas que rodeaban el parque de Montsouris con la convicción de que nada preservaría tanto su exaltación interior como la oscuridad y el silencio. Más abajo se extendía una zona de luces y ruido, en la que había miles de chicos parecidos a él, igual de fuertes, igual de inteligentes —«¡No, eso no!», se dijo sonriendo—, chicos que carecían de todo, pero que soñaban con agarrar el mundo con las dos manos. Jean-Luc se demoraba en las calles oscuras. Se apoyaba en la verja del parque y miraba complacido las luces alrededor del lago. No había nada tan reconfortante como aquellas llamitas que temblaban en la oscuridad, bajo la lluvia, en la infinita soledad. Las luces parecían beberse su mirada lenta, muy lentamente... Poco a poco, su suave titilar calmaba los latidos de su corazón.

Siguió andando con la mano que había acariciado a Édith apretada contra el pecho desnudo a través de la abertura de la camisa. De vez en cuando se la llevaba a los labios y aspiraba su olor. Édith... Aquella chica adinerada, criada y educada en un mundo que él no conocía, que apenas si era capaz de imaginar, un mundo de financieros y políticos —ella era hija del banquero Abel Sarlat—, aquella chica que nadaba en la abundancia sería su mujer. El amor sólo tenía sentido como don recíproco y absoluto. Édith sería su mujer, su fiel compañera hasta la muerte. Para casarse con ella no necesitaba más que un medio de sustento. Sospechaba que su padre se opondría a la boda. Pero si tenían que llevar una vida pobre, mísera, qué se le iba a hacer. Ese sentimiento de responsabilidad ante la mujer, el miedo a privarla del bienestar, del lujo al que supuestamente tenía derecho —¿por qué?—, estaba bien para los viejos. El amor debía forjarse en el esfuerzo y la entrega mutua, pero en igualdad. En esos tiempos, las únicas virtudes necesarias para el hombre y la mujer eran la valentía y el orgullo. Necesarias y suficientes. Édith no podía ser cobarde. La falta de coraje habría aniquilado su amor por ella. La vida era dura, sí. ¿Quién lo sabía mejor que

él? Para vivir, para acabar los estudios sin pedirle nada a un padre débil, enfermo, arruinado, había trabajado literalmente más allá de sus fuerzas. Había lavado coches, traducido novelas policíacas en dos noches, dado clases particulares por un precio irrisorio... Se había ganado duramente, en el abandono material más absoluto, el derecho a ser libre y responsable de sus actos, a poder decirse con orgullo que los suyos no le daban nada y no estaban en condiciones de exigirle nada, que podía modelar su vida como le pareciera, sin esperar ni consejos ni ayuda. Y que de esa vida sería el único dueño.

Así, soñando, abriéndose paso entre la gente sin verla, llegó al cafetín de la plaza del Odéon, donde debía encontrarse con su amigo Serge Dourdan. Banquetas de cuero raído, barra de zinc deslustrado, jóvenes cansadas, medio dormidas, pegadas a muchachos demacrados... Ése era el escenario habitual de su vida. Porque la juventud es un vino sin igual, que a veces se bebe en una copa barata. Pero eso a Jean-Luc no le importaba. No había nada mejor que aquellas miserables tabernas, en las que uno se sentía protegido, escondido en las entrañas de la ciudad, agazapado en el corazón mismo de sus tinieblas, de su tráfigo, recreando, como se hace en la infancia, un mundo liberado de las leyes del mundo.

Allí se emborracharía de política con Serge hasta el amanecer, mientras veía amontonarse los platillos de café en el pequeño velador de hierro. Dourdan estaba abandonado a su suerte, como él. Se habían conocido en el bachillerato, la tarde anterior a un comienzo de curso, delante de la puerta del internado, que no tardaría en cerrarse tras aquellos dos chicos desamparados, perdidos entre la multitud, que apretaban los puños y los dientes para contener las lágrimas que los avergonzaban.

Hablarían hasta el amanecer, o estarían callados, porque en silencio aún se entendían mejor. Luego, Jean-Luc volvería a la habitación que ocupaba encima del Ludo, una vieja sala de billar situada frente a la Sorbona, en la que se dormiría entre el ruido de las piezas de ajedrez al golpear el tablero, de las bolas proyectadas a toda velocidad, del entrechocar de copas y de las voces, como había dormido en el colegio y en el cuartel, con un sueño sin sueños, profundo y dulce.

Un año después, en esa misma planta baja, en la sala del viejo Ludo, entre las mesas de billar y las de los jugadores de ajedrez, Jean-Luc aguardaba la llamada de Édith.

Eran casi las ocho de la tarde y se había pasado la mitad del día esperando. Fuera hacía un otoño desabrido y no tenía adónde ir... Qué cansado estaba de las calles de París, en las que bregaba desde el amanecer, tratando de vender modelos de aspiradoras, estaño para soldar aparatos de radio, estuches de jabones comprados a precio de saldo a perfumerías en quiebra... Porque ése era su precario y único medio de vida. Nada, ni los fantásticos diplomas ni el coraje ni el trabajo, nada le había proporcionado el mínimo de seguridad que ansiaba, nada había satisfecho sus ambiciones más modestas. Si de las chicas estadounidenses se decía «*Beauty is cheap*», en Europa, ese otoño de 1933, lo que se compraba con salarios de miseria era la inteligencia.

Estaba solo. Dourdan llegaría más tarde. Había encontrado trabajo por ochocientos francos mensuales en una empresa que vendía hierro y metales, y se pasaba el día vigilando y cargando camiones con mercancías para la exportación. A veces se comía un bocadillo de jamón y tomaba un café con un chorrito de licor en el Ludo.

En el aire viciado flotaba un humo espeso, mezcla de polvo y tiza. Frente a Jean-Luc ardía la mariposa amarillenta de la lámpara de gas. El entrechocar de las bolas de billar y de las piezas de ajedrez formaba un estrépito sordo y, cuando lo oía en ese estado, derregado y medio dormido, resultaba casi embriagador.

Jean-Luc estaba sentado en un rincón, con los párpados entornados y los brazos cruzados sobre el pecho. Cuando sonaba el teléfono, con un débil campanilleo apenas audible en el barullo del café, abría los ojos de inmediato, se inclinaba hacia delante y aguzaba el oído. Pero Ernest, el camarero, se asomaba a la puerta de la cabina y anunciaba: «Preguntan por el señor Marcel», o «por el señor Georges», o por cualquier otro que no era él. Jean-Luc separaba lentamente los brazos, se rodeaba las rodillas con ellos y se las apretaba con fuerza hasta que los latidos de su corazón se apaciguaban, sin dejar de mirar la llama del gas a través del humo. Estaba delgado y pálido, iba mal afeitado y llevaba el pelo demasiado largo y un jersey barato con las mangas remendadas. Todos los chicos que estaban sentados a su alrededor se le parecían; era como si, al salir de la adolescencia, la mala alimentación y la falta de aire fresco y luz hubieran modelado aquellas caras y aquellos cuerpos hasta convertirlos, no en individuos bien diferenciados, sino en una masa compuesta por números, por unidades para el cuartel, la oficina o el hospital, más que por seres humanos. Todos iban peinados del mismo modo, con el pelo liso, engominado y echado hacia atrás, y llevaban jerséis de lana o impermeables viejos. Tenían el pecho estrecho y el cuello frágil, aprisionado en un postizo demasiado bajo. Todos sus movimientos reflejaban precipitación y nerviosismo. Los asiáticos, abundantes entre ellos, apenas parecían más amarillos que los demás: la mala iluminación daba a todas las caras un tinte cetrino y bilioso. No había mujeres.

Los que no jugaban a las cartas o al ajedrez hablaban de política, como Jean-Luc antes que ellos. Sabía lo que se ocultaba bajo sus palabras, los sueños que acariciaban aquellos chicos, que, ante la dureza material de la vida, no se entregaban a la desesperación, sino a una sorda ambición que apenas se confesaban a sí mismos en la intimidad de sus corazones. ¡Con qué alegría enterraban el viejo mundo! Si desaparecía, si saltaba por los

aires, como se proclamaba a su alrededor, ¿no estaban allí ellos, los jóvenes, para recoger los pedazos? Durante quince años, para sus mayores no había habido más ídolo que el dinero. El de ellos era el poder. Era la palabra clave, que no pronunciaban nunca, que era «tabú», pero se oía, se transparentaba a su pesar en sus juicios duros y fulminantes, en el feroz desprecio en el que englobaban al universo entero, en aquella pasión por la política, única actividad humana que parecía interesarles. ¿Y cómo no soñar? ¿Qué otra cosa ofrecía el mundo a la juventud? No había trabajo, ninguna ambición podía cumplirse por modesta que fuera, no había acción. No quedaba más que eso: la cruda y fría ansia de triunfar encubierta bajo todo tipo de nombres y etiquetas partidistas.

«¿Y yo? —se preguntó Jean-Luc. El mundo que, como todos los demás, había soñado dominar, nunca le había parecido tan inalcanzable. Entraba en él por la puerta trasera, la de la pobreza, el abandono, el amor traicionado—. Al menos, Julien Sorel aún podía contar con una parte de la sociedad. Pero ¿nosotros? ¿En qué te apoyas hoy en día? Todo se tambalea. Ni el dinero es seguro. Y a tu alrededor, nada, ningún asidero».

Jean-Luc se mordió el labio para reprimir un suspiro cobarde, cogió la copa de aguardiente que acababan de servirle y se la bebió de un trago. Luego se inclinó hacia delante y siguió esperando, mientras estrujaba el paquete vacío de cigarrillos entre las manos.

Ya eran casi las nueve. De pronto se levantó, cruzó la sala de billar y se acercó a la cabina telefónica. Oyó dentro de ésta la voz de un chico muy joven, casi un adolescente:

—Pero ¿no te he dicho que estoy cenando en casa de mi padre? ¡Vamos, Nini, sé razonable! ¡Te digo que ahora mismo estoy en casa de papá!

Jean-Luc se apoyó en la pared, blanca en su día y ahora cubierta de frases y números. La cabina se abrió al fin. Salió un chico de unos veinte años, con la cara encendida por el alcohol y un taco de billar bajo el brazo. Sonrió a Jean-Luc, al que conocía.

—¿Qué tal, Daguerne?

Sin responder, Jean-Luc entró a su vez en el asfixiante cubículo, en el que ya había pasado muchos momentos como aquél. No se decidía a descolgar el auricular y oír una vez más: «¿De parte de quién? La señorita ha salido».

Las paredes estaban cubiertas hasta media altura de nombres de mujeres y dibujos de caras y cuerpos, e impregnadas de un tufo a tabaco que revolvía el estómago.

Lenta, muy lentamente, Jean-Luc descolgó el auricular, lo acarició un instante con la mano y solicitó el número. Respondió la propia Édith. Al oírla, Jean-Luc sintió tal ira, que el tono de su propia voz, ronca y sorda, lo dejó estupefacto:

—Eres tú... ¿Por qué no me has llamado?

—Ahora no puedo hablar... —susurró la joven.

—Mira, Édith... Si quieres no me respondas más que sí o no, pero ¡necesito una respuesta! Un chico que te conoce me ha dicho que tienes novio, que la fecha del compromiso está fijada, que será el veinticinco de noviembre... Hace una semana que no te veo, no me llamas, no me escribes... Prefiero saber la verdad. ¡Contesta! —gritó con rabia.

Se calló: Édith había colgado sin responder. Jean-Luc pulsó con furia la horquilla del aparato y volvió a llamar, pero fue en vano. Se pasó la mano por la cara lentamente.

—Furcia... —farfulló—. ¡Se va a enterar, vaya que sí!

Esperó un instante con los ojos clavados en un trasero de mujer dibujado en la puerta. El corazón le latía con fuerza. Al fin, abrió.

—¡Una llamada! —gritó a la cajera, y volvió a la sala.

Dourdan estaba sentado a su mesa. Jean-Luc apartó el impermeable que su amigo había dejado en la banqueta.

—¿Estás enfermo?

—¿Qué? No.

Se quedaron callados. La amistad que había entre ellos era pudorosa; seguía rigiéndose por la disciplina de la infancia: no reprocharse nada, no quejarse, hablar lo menos posible de las penas, de las faltas. Del pálido colegial de huesudas y bastas rodillas que Jean-Luc había conocido a los doce años, Dourdain había conservado el aire inteligente y reservado, la gracia, las muñecas delgadas y unos ojos negros que se posaban con esfuerzo en su interlocutor y se apartaban de inmediato, como si les hubiera bastado un instante para juzgarlo.

—Toma, come —dijo Jean-Luc, empujando hacia él el plato empezado de jamón—. ¿Quieres beber algo?

—Todo lo que pueda. Me he pasado el día en la Gare du Nord, acarreando chatarra.

—Por ochocientos francos al mes, ¿ahora haces de camionero?

—De vez en cuando.

—¿Has escrito a tu tío?

Dourdan procedía de una familia de empresarios de Lorena. Su padre había muerto en la guerra, en 1917. Un consejo de familia había tomado las riendas de la pequeña cristalería fundada en 1830 por un Dourdan, que debía pasar a manos de Serge cuando éste alcanzara la mayoría de edad. El consejo de familia, formado por los hombres más sensatos e íntegros que Dourdan padre había conseguido encontrar para confiarles los intereses de su hijo antes de partir hacia el frente, había dirigido con tanto sentido común, prudencia y honradez la empresa, que la ola de prosperidad no la había alcanzado y en 1928 había iniciado una lenta agonía, para apagarse definitivamente en los primeros meses de la crisis.

Serge se llevó a los labios la copa de licor.

—¿Mi tío? Ya tengo hasta la respuesta. Es la monda, ya verás. Tiene una pequeña fábrica de telas en los Vosgos. Uno de esos negocios sin pretensiones pero tranquilo. ¿Lo captas? Desde el día quince está en liquidación judicial. Sus dos hijas, que tienen cuarenta y cinco y cuarenta y dos años, añaden una postdata para pedirme que les busque un puesto o un trabajo cualquiera en París. ¿No te parece la monda?

—La monda, ésa es la palabra —murmuró Jean-Luc.

Dourdan parecía borracho. La copa de aguardiente que se había tomado en ayunas había hecho fluir la sangre a sus mejillas. Se levantó para pedir fuego en la mesa vecina; se tambaleaba de cansancio.

—¿No te parece que esa frase en la que Gide dice que odia a las familias dejará de tener sentido muy pronto? —dijo Jean-Luc—. Una familia que te da la lata, pero que está ahí, que puede ayudarte, hacerte progresar, tiene un valor... no sé... un valor inmenso...

Hablaba en tono seco, como si se esforzara en reprimir, en disimular su pasión. Sus palabras parecían cuidadosamente elegidas para atenuar la seriedad y la trascendencia de sus ideas, pero de vez en cuando un calificativo desproporcionado, como «inmenso», o «formidable», ofrecía un resquicio por el que asomaba un fuego secreto.

Entre Serge y Jean-Luc las conversaciones de carácter general se superponían a las preocupaciones personales como un lenguaje en clave que sólo ellos sabían descifrar. Dourdan comprendió que Jean-Luc pensaba en su propio padre, que no tardaría en morir y del que no podía esperar ni ayuda ni consuelo. Inclínó la cabeza y Jean-Luc se dio cuenta de que lo había entendido.

—¡Las mujeres! —exclamó de pronto éste con amargura—. Las únicas felices son las mujeres... Independencia, una libertad sin precedentes, todos los placeres... El amor «sin riesgo y sin miedo». Por primera vez desde hace generaciones. Así que míralas... ¡Qué guapas, qué radiantes, qué caras de felicidad! ¿Y nosotros? Míranos a nosotros. Mira a tu alrededor. Qué buenas pintas, ¿eh?

—Te refieres a las chicas ricas...

—Me refiero a una chica rica —puntualizó Jean-Luc, y desvió la mirada—. Ya sabes a quién —añadió con esfuerzo, bajando la voz—. Eso que me has contado, lo de su compromiso... ¿es verdad?

—Sí —murmuró Dourdan.

—¿Cómo lo sabes?

—Pues, verás, conozco a una mujer... —empezó a decir Serge—. Se llama Marie Bellanger. Conoce a Édith Sarlat, o más bien la conocía. La tal Marie se divorció hace unos años. Desde entonces, ya no se trata con los Sarlat, que eran parientes lejanos de su marido. Pero una antigua amiga con la que todavía se ve le ha dicho que tu Édith se casa con Bertrand Bolchère. ¿Te suena el apellido? Los Bolchère. Guita, mucha guita. Así es como lo he sabido. Pero vamos a ver, ¿te has acostado con ella?

—No.

—¿No? ¡Qué error! Tenías que haberte aprovechado de ella. Es lo único que se merecen.

—Lo único que se merecen —repitió lentamente Jean-Luc.

—¿No te parece sintomático que la palabra «joven» haya caído en desuso y que ya no se hable más que de «chicas» para referirse a ellas? «Chicas» o «muñecas», eso es todo lo que son... Aunque a algunas les coges cariño, no sé por qué... Como yo a esa Marie Bellanger... —Serge se calló. Lentamente, aplastó el cigarrillo en el plato vacío y, de pronto, añadió—: Necesito dinero. Lo necesito ya. No puedo llevar a Marie a mi habitación, a ese hotel lleno de moros y chulos. Tampoco puedo ir a su casa: está tramitando el divorcio y, para conseguir una pensión que le permita vivir, tienen que concedérselo en perjuicio del marido. Es una especie de loco sádico, pero si lograra demostrar que ella tiene un amante, la dejaría sin nada. Necesito una habitación decente. No tengo dinero. Pero hay una solución. Oye, ¿tú sabes lo que son los escrúpulos?

—Despreciar olímpicamente a los demás, pero saber lo que te debes a ti mismo —respondió Jean-Luc.

—¿Tú crees? Puede ser...

—¿De qué solución hablas?

—¡Bah! Unos asientos contables... —respondió Dourdan con calma.

—¿Una falsificación?

—Algo así, pero más complicado...

—Ten cuidado —murmuró Jean-Luc.

Dourdan se encogió de hombros.

—¿Con qué? ¡La deshonra me importa un...! ¿La cárcel? No sé si estamos mucho mejor fuera. ¿Te has preguntado alguna vez lo que sería de nosotros en caso de enfermedad o accidente? Puestos a palmarla...

—Estás borracho —dijo Jean-Luc.

De pronto, Dourdan pareció despertar. Se levantó con esfuerzo, cogió el viejo y raído impermeable, se lo puso hecho un rebujo bajo el brazo y se fue sin decir nada.

Jean-Luc se quedó solo.

La noche avanzaba. Los primeros en irse fueron los jugadores de billar, seguidos por los de póquer y bridge y, en último lugar, los de ajedrez.

Frente a Jean-Luc sólo quedaba un viejo envuelto en una capa negra de poeta romántico, un asiduo del Ludo. Dormía en la silla, con la cabeza inclinada sobre el pecho y el rostro pálido y chupado, oculto bajo la negra barba.

Jean-Luc lo miraba fijamente sin verlo, sin moverse. ¿Adónde iba a ir? La noche de otoño era tan hostil... Estaba Le Vésinet... Pero le bastó acordarse del croar de las ranas y de la respiración de José en la cama de al lado para estremecerse de repugnancia. La casa era pequeña. Los dos hermanos compartían habitación. Pero lo que más temía Jean-Luc era la preocupada ternura de su padre...

Por fin, el durmiente se despertó y se marchó. Jean-Luc subió a su habitación.

Se había concedido esa noche para sufrir. Se dejó caer sobre la cama, cogió la almohada, se abrazó a ella, y la estrujó contra el pecho, como en las peores noches de su infancia. ¡Cómo se había burlado Édith de él! Cuánto sufría... Apretaba los dientes y se repetía con rabia: «¡No, no, no quiero sufrir! —Odiaba su dolor, lo rechazaba con toda la fuerza de su juventud, con furia, con vergüenza, con desprecio—. ¡No sufriré por una mujer! ¡Me niego a sufrir por una mujer! ¡No quiero dejarme vencer por lo más indigno, por lo más cobarde que hay en el mundo: la necesidad de ser amado, la compasión por uno mismo! Así que quiere ser mi enemiga...».

—¡Muy bien! —exclamó en voz alta—. ¡Pues ya veremos, ya veremos quién es el más fuerte! ¡Ya lo veremos, hermosa mía! Te haré llorar... Espera un poco, y verás... ¡Yo seré el más fuerte! ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!

Gritaba «¡Yo!» con una mezcla de orgullo y desesperación, como si invocara la ayuda de un dios invisible. Ante todo, había que resistir. Estaba solo. Nadie podía ayudarle. Sólo podía contar consigo mismo, con sus propias fuerzas, con su voluntad. Necesitaba que su voluntad fuera implacable.

—Im-pla-ca-ble —repitió, pronunciando cada sílaba con pasión.

Esa noche nació en él la conciencia de sus propias fuerzas, la certeza de que iba a vencer. El hombre joven de alma viril, cuando sufre por primera vez, al ver que el sufrimiento es tan fuerte y él tan débil, se asusta; sin embargo, al cabo de un momento se da cuenta de que ese dolor no es superior a sus fuerzas, no es desproporcionado, como en la infancia y, en consecuencia, se siente orgulloso de poder soportarlo sin claudicar, sin morir. Lo llama, lo provoca, le ofrece el corazón: «¡Muy bien! ¡Vamos, golpea! ¡No te tengo miedo! ¡No le tengo miedo a nada en el mundo!».

Sin embargo, de pronto, al acordarse de una frase, de un beso de Édith, notaba aterrorizado que las lágrimas le acudían a los ojos, que estaban a punto de resbalarle por la cara, y todo su cuerpo se tensaba en un esfuerzo por retenerlas. No, no iba a llorar. Odiaba la debilidad. Pensó en su padre, que había llorado, llorado delante de él sin avergonzarse, al llevarlo al internado, al partir hacia el frente... ¡Con qué pena había visto caer aquellas lágrimas! ¿Pena? ¡Él no le daría pena a nadie! ¡Jamás!

Se levantó, corrió hasta la ventana, colocó la mano entre las dos hojas y las apretó con fuerza sobre sus dedos. Nada mejor para eliminar los celos y el amor en un instante. Vio manar la sangre y se encogió de hombros, desafiante.

—Ya está —dijo—. Asunto concluido.

¿Concluido? No, todavía no... Pero pronto... Un poco de paciencia, un poco de valor... El amor, esa clase de amor, lleno de vergüenza y rabia, era un sentimiento despreciable. Sobre todo, no debía pensar. No debía recordarla apoyada en sus rodillas, ofrecida, y rechazada por él, respetada... «¡Que se case con su Bolchère! —pensó con furia—. Pero ¡antes se acostará conmigo! ¡Lo juro!».

—Que me aproveche de ella, eso es lo único que se merece —murmuró, acordándose de las palabras de Dourdan—. ¡Que me aproveche de ella y, después, al infierno! Que vaya donde quiera, que haga lo que quiera... Pero al menos me dará gusto, no me dejaré engañar por ella ni por nada en el mundo, ni por mi corazón...

Se sentía cansado y desilusionado, pero casi tranquilo. Seguía de pie delante de la ventana abierta, mirando los tejados y el cielo del amanecer, bajo, gris, cubierto de humo.

De todo lo que había sentido por Édith, de la ternura, del deseo, ¿qué quedaba?

«De la ternura, ni una pizca», se dijo. Sí, eso se había acabado y no volvería. El deseo persistía, pero más amargo, más turbio. Ya se encargaría de saciarlo...

Los Sarlat vivían en la rue de l'Université, a unos pasos de una placita de árboles pelados. Allí, Jean-Luc esperó sentado en un banco largo rato, intentando en vano armarse de valor. Era la fecha fijada para el compromiso de Édith. El día anterior, *Le Figaro* había anunciado la fiesta de los Sarlat. Jean-Luc quería entrar en la casa, aunque nunca la había pisado. Se mezclaría con los que iban a bailar, los amiguitos, los petimetres, pero entraría, vería a Édith. Tenía que estar allí. Tenía que disputarle aquella chica a Bolchère. Tenía que ser suya antes que de nadie. Se lo debía a sí mismo.

Hacía un día nublado y húmedo. Encima del elegante traje que le había prestado un amigo, Jean-Luc se había puesto un abrigo que tampoco era suyo y que resultaba demasiado fino para la estación. Tiritaba de frío y tenía las manos heladas y entumecidas. Llevaba allí tres horas. Había visto entrar a las floristas, cargadas con cestas de rosas. Había visto llegar los primeros coches. Miraba las ventanas iluminadas. ¿Cuál sería el piso de los Sarlat? Édith nunca había querido invitarlo a su casa y él lo había encontrado normal. Ni siquiera esperaba que lo hiciera. ¿Qué le importaba la familia, la casa de la chica a la que quería?

«Sólo le he servido como sucedáneo del amor», pensó Jean-Luc.

De vez en cuando se levantaba, cruzaba la plaza y caminaba hasta los cercanos muelles del Sena. Como de costumbre, el olor del río, la penumbra y el sordo rumor de las calles le sosegaban el corazón. Luego volvía lentamente al banco y seguía esperando. Se había fijado una hora a la que, dada la afluencia de invitados, pasaría desapercibido.

—¡Vamos! —se dijo al fin en voz alta.

¡Cuánto le costaba cada paso! Se dirigió hacia el edificio. Antes de atravesar la calle, se quedó dudando. Los coches salpicaban barro. Al llegar al umbral, se detuvo. ¡Qué cobarde era! Retrocedió y se arrimó a la pared. Esperó. El tiempo pasaba y él seguía esperando. Pronto serían las siete... Pronto sería demasiado tarde... Oyó dar las siete... Los coches iban y venían. Jean-Luc esperaba. Al salir, dos hombres lo empujaron. «Si nombran a los Sarlat, entro. Si no...».

Y al instante oyó el apellido Sarlat pronunciado muy cerca de él, prácticamente junto a su oído. Entró.

Empezó a subir. Casi desde el primer piso, percibió el sordo rumor de la fiesta, un sonido confuso de pasos, voces y risas que nunca antes había oído. Colegial solitario y estudiante pobre, nunca había entrado en un salón lleno de desconocidos. Temblaba de miedo. Pero seguía subiendo. Apretaba los dientes y sólo pensaba en una cosa: obligarse a avanzar y conseguir que su cara no palideciera, que el sonido de su voz no lo traicionara.

Recorrió un largo pasillo rojo y atravesó un salón. Cuánta gente... Nadie se fijaba en él. Siguió andando y de pronto distinguió a Édith. Casi al mismo tiempo, ella volvió la cabeza y lo vio. Se miraron en silencio. Estaban rodeados de invitados. No obstante, Jean-Luc avanzó hacia allá.

—He querido remediar un olvido... —le dijo en voz baja—. Porque tú no dejarías de invitar a tu compromiso a un viejo amigo, ¿verdad?

La miraba con avidez. Una ola de sangre había ascendido al rostro de Édith; sus facciones reflejaban tal turbación que, ante ella, Jean-Luc se sintió casi tranquilo y consiguió acabar, sin que le temblara un solo músculo de la cara, la frase que había

preparado, trabajado, modelado penosamente en el húmedo banco, en la calle oscura, y que con tanta agitación y angustia había empezado. Al instante respiró tranquilo: ¡al fin era dueño de sí mismo! Ahora ya no le daba miedo nada.

Édith se acercó a él.

—¡Vete! —le susurró sin mirarlo—. No podemos hablar aquí. ¡Vete! ¡Iré a verte, te lo juro!

—¿Tienes miedo? ¿De qué? ¿Estás loca? ¿Crees que he venido a gimotear, a hacer el papel de novio despechado? Pero ¿qué idea tienes de mí? —Se quedaron callados. Estaban pálidos y jadeantes. El primero en serenarse fue Jean-Luc—. Preséntame a tu madre —le ordenó en voz baja.

Édith dudó un instante. Luego lo acompañó junto a una mujer de unos cincuenta años, con canas incipientes, pendientes de perlas y un largo vestido rosa. Iba peinada de un modo curioso, con el pelo amontonado sobre la frente, como en una vieja foto de 1910 o 1912. Era muy alta y tenía el aspecto tímido que a menudo tienen las mujeres de su estatura; inclinaba la cabeza, encogía el cuello entre los hombros y encorbaba el cuerpo como si quisiera hacer olvidar su altura. Su rostro conservaba vestigios de su belleza. Sonrió a Jean-Luc y sus grandes ojos negros se iluminaron con dulzura.

—Qué amable de su parte haber venido —murmuró, dándole la mano y mirándolo con una expresión afable y franca.

Detrás de Jean-Luc, otro joven se acercó a saludarla. Ella le ofreció la mano con la misma frase y la misma sonrisa. Una chica cogió del brazo a Édith.

—¿Vamos a tu habitación?

Jean-Luc las siguió. Cruzaron el salón y subieron una estrecha escalera de caracol. La habitación en la que entraron estaba en penumbra y era pequeña, con la mitad del espacio ocupado por un gran diván, en el que había varios chicos y chicas repantigados. Uno de ellos tenía la mano en el interruptor de la luz, que encendía en cuanto se oían pasos en la escalera.

Jean-Luc se arrimó a la pared. La llama de un encendedor iluminó un rostro masculino que no le resultaba conocido, la cabecita de una chica, lisa y morena... Nadie le prestaba atención. Los oía hablar y reír; sus voces formaban un confuso guirigay de nombres de desconocidos, de alusiones a hechos que le eran ajenos. Estaba al margen, fuera del grupo. De paso. No volverían a verlo. Parecían tan despreocupados y felices...

Alguien nombró a Bolchère varias veces.

Respondió una voz masculina, una voz joven, afectada y burlona. Jean-Luc sintió una curiosidad irresistible. Buscó a tientas el interruptor y lo pulsó. El tal Bolchère estaba sentado junto a Édith. Apenas parecía mayor que Jean-Luc. Tenía la cara pálida y alargada y el pelo negro y pegado a la cabeza, como si fuera un casco. ¡Qué tranquilo, qué arrogante, qué seguro de sí mismo parecía! Estaba como aureolado por ese divino don, la seguridad. Jean-Luc sabía que la fortuna de los Bolchère era algo más que grande; estaba tan estrechamente ligada a la estructura económica y política de Europa que nada podía hacerla peligrar, ni la guerra ni ninguna otra conmoción social. Podía disminuir, reducirse, pero nunca desaparecería, nunca sufriría el destino común. Nada podía convertir a aquel joven en un chico como los demás, como Jean-Luc, alguien para quien lo primordial era el pan de cada día.

Una mano volvió a apagar la luz. Jean-Luc cruzó los brazos y se los apretó contra el pecho con tanta fuerza que sentía bajo ellos los latidos de su corazón enloquecido. ¡Idiota, más que idiota! Durante dos años, con enorme paciencia, con enorme coraje, le había dado

a su vida cierta consistencia, un contorno, una forma, hasta convertir esa existencia insulsa, dura, mezquina, en algo parecido a una obra de arte. Soñaba con una chica de Giraudoux, con «una princesa de Racine», una enamorada orgullosa y púdica, únicamente suya... Había cometido la gran estupidez de no convertir a Édith en su amante... «Sólo eso la habría retenido a mi lado —pensó de pronto—. A estas chicas, cuando presienten el amor físico, ya no les importa otra cosa». La oía reír. Aquella risa grave, ahogada, sensual, ¿era la primera vez que se la oía?

Édith estaba a un paso de él, medio tumbada entre los brazos de Bolchère. De pronto, Jean-Luc se sentó junto a ella, le cogió la mano en la oscuridad y se la apretó con fuerza. Notó una vacilación, un intento de retirarla, y luego el calor, la forma de aquella mano que respondía a la suya. ¡El orgullo, remedio supremo! La sangre se le agolpó en las mejillas. Los latidos de su corazón se calmaron.

Más tarde, cuando Bolchère se levantó, Jean-Luc retuvo a Édith por la muñeca con suavidad. Ella cedió y se quedó con él.

—¿Aún quieres volver a verme?

—Sí —respondió Jean-Luc en voz baja.

Ella se levantó y lo guió para salir de la habitación. Estaban a oscuras, de pie en la escalera. Édith había cerrado la puerta a sus espaldas sin hacer ruido.

—Naturalmente, con él... —empezó a decir—. Con Bertrand... no es por amor...

—Entonces ¿por qué? ¿Por dinero?

Estaban pegados el uno al otro, hablando casi boca contra boca, sobresaltándose al menor ruido.

—¡Oh, vete! ¡Vete! Tengo mucho miedo...

—¿De Bolchère?

—¡No! Sobre todo de mi padre... Si se enterara, si lo sospechara...

—¡Bah, tu padre me trae sin cuidado! ¡Quiero saberlo! Ese Bolchère... Pero tú eres rica, ¿no? No necesitas a ése...

—No lo entiendes. Se trata de una cierta posición social, de un cierto nivel de vida... Como marido hace falta alguien ya situado, con la vida resuelta, no un niño como tú, que no ha empezado a forjársela. Yo no tengo paciencia —dijo ella, rechazándolo.

—Ni confianza. Lo entiendo —contestó Jean-Luc con suavidad.

—Aun así, me gustas... No te he mentado, te lo juro, me gustas... Así que, si quieres, podemos volver a vernos... Bertrand se va. Su padre lo manda dos meses a América por no sé qué negocios. Estaré sola y libre hasta...

Édith se calló.

—Hasta la boda, ¿no?

—Pues sí... Pero ¿eso qué más da? Mi boda no cambiará nada. Mira, ahora tienes que irte. Ya volverás. Volverás aquí. Y haré que mis amigas te inviten a su casa. Nos veremos como antes, pero con más comodidad. Es así de fácil...

—Facilísimo —masculló Jean-Luc.

Y de pronto la agarró de la mano, la atrajo hacia él y, cogiéndole un pecho, se lo apretó con fuerza, como si fuera una fruta a la que quisiera extraerle el jugo. La brutal caricia arrancó a Édith un grito ahogado.

—¡Bestia! ¿Te has vuelto loco? —le susurró. Sin embargo, un instante después, cedió y, rodeándole el cuello con los brazos, murmuró con voz ronca, lentamente—: ¡Cómo me gustas!

La puerta empezó a abrirse. Édith volvió a subir la escalera a toda prisa y

desapareció.

«Qué fáciles son las mujeres», pensó Jean-Luc con profunda amargura.

Durante las semanas posteriores a la partida de Bolchère, Jean-Luc se encontró con Édith unas veces en casa de esta o aquella amiga, y otras en la de la propia Édith. Al principio no tenía ojos más que para ella, como si la gente que la rodeaba no existiera. Ni el niño más inteligente puede relacionarse de pronto con los hombres de igual a igual. Jean-Luc miraba a aquellos viejos sin verlos, los englobaba en la misma despectiva indiferencia; para él todos tenían los mismos tics, los mismos rasgos, la misma forma de vestir. Habitaban un universo alejado del suyo. Del mismo modo, para el hombre maduro la juventud es una masa informe en la que sólo distingue a los de su sangre.

Le presentaron a Sarlat y poco después apenas se acordaba de su cara. Conoció a Calixte-Langon, ministro de Finanzas en el recién constituido gabinete Grèz, y amigo de los Sarlat. Langon, todavía joven, era un individuo bajo y regordete que iba peinado a lo Napoleón, con un mechón de pelo negro caído sobre la frente, y tenía unos ojos tan vivos y brillantes que parecían reflejar únicamente el exterior, sin revelar nada del alma. Cuando le presentaban a un joven desconocido, recordando que era la imagen del poder para las generaciones futuras, lo observaba un instante en silencio, clavándole una mirada fría y vidriosa de hombre importante. Sin embargo, al cabo de un momento su natural campechanía, o el hábito de los mítines, podían más que él: con el rostro iluminado por una encantadora sonrisa, echaba la barriga hacia delante, como si esperara que le dieran unas palmaditas en ella.

No obstante, ese Langon, Abel Sarlat y un tal Lesourd que cenaba con Langon en casa de los Sarlat y lo tuteaba pese a ser su adversario en la Cámara, eran los hombres que distribuían los favores del régimen, los que abrían las puertas hacia la libertad, el dinero, el poder. Eran lo que Jean-Luc nunca había tenido: relaciones. ¡Qué nombre tan modesto para una cosa tan grande! Conocían todas las contraseñas, todas las claves. Para ellos nada era difícil, todo se allanaba, se suavizaba, se abría. Agradar a Langon, a Lesourd, a Sarlat le habría ahorrado a Jean-Luc años de espera y de vanas humillaciones. Cuando dejaba a Édith, cuando volvía, después del baile, a las calles y al lúgubre Ludo, se ponía a pensar en aquellos hombres... Ciertamente, lo conocían, pero Jean-Luc entraba en sus casas por la puerta de atrás, la reservada a la juventud. En una parte de la vivienda, la gente se divertía, o se entregaba al juego del amor. Allí lo admitían sin dificultad. Las chicas lo miraban con simpatía porque era atractivo y estaba enamorado de otra, y los chicos se comportaban como si fuera su igual. Pero los asuntos serios, el auténtico tráfico de dinero e influencias, se trataban aparte, lejos de él. La ambición, momentáneamente sofocada por el amor, renacía en él. Y sin embargo... ¿acaso ese legítimo deseo de decir «Yo», de ser alguien en el mundo, merecía el nombre de ambición? El ser humano nace con dientes, garras, músculos... Necesita asir, morder, comer. Pero alrededor de Jean-Luc no había nada.

Entonces pensaba en el matrimonio con Édith Sarlat, pero no en el matrimonio que había imaginado, en el que ella compartiría la pobreza con él, en el que él sería para ella la fuente de toda felicidad, de todo bienestar. Eso eran sueños de niño. Y la vida, pensaba Jean-Luc, era demasiado dura para permitirse las pasiones de la juventud durante mucho tiempo. ¿Y si se casaba con Édith Sarlat, si la utilizaba?

—Las finanzas y la política —le dijo un día a Dourdan— son las dos ubres del ambicioso.

—Pero una de ellas está medio seca —respondió su amigo, porque era la época de los famosos cracs.

Sí, el dinero era un bien efímero y perecedero. Sólo por dinero no se habría vendido, pero había algo más. Él no se habría propuesto casarse con una chica sólo porque dispusiera de una buena dote, como habría hecho veinte o cincuenta años atrás un joven desposeído de todo. Su objetivo no era tanto el dinero como el acceso a determinadas esferas cercanas al poder, o instaladas en él. Había que conocer íntimamente a quienes formaban parte de ellas. Había que conocerlos tan bien que lo que representaban a los ojos de la sociedad desapareciera tras los rostros humanos. Había que verlos de cerca, en sus momentos de relajación, de debilidad, para aprenderse el juego, para conseguir salvar las primeras barreras, para aprender a utilizarlos, como utilizaría a Édith... En lo que sentía por ella, el deseo se mezclaba con la cólera. Había entre los dos un entendimiento de los cuerpos, de la sangre, pero eran enemigos. Jugaban a ver quién era el más fuerte, el más listo. Cada uno quería engañar al otro. Y, en adelante, los dos rechazarían el arrepentimiento y la humildad del amor.

Entretanto, Serge Dourdan había alquilado una habitación, en la que se encontraba con su amante. No le explicó a Jean-Luc cómo había conseguido el dinero necesario, pero al enterarse de los detalles de la «aventura Sarlat», como ambos la llamaban, le dijo que podía disponer de la habitación varios días a la semana. Por fin, una noche, Jean-Luc llevó allí a Édith.

Era tarde, casi el amanecer. Habían estado bailando. Volvían en el coche de ella. Estaban cansados. Era un mes de enero muy templado, una primavera engañosa. Jean-Luc, con la llave de la habitación en la mano, apostaba consigo mismo que sería el amante de Édith antes de que amaneciera el día.

—Ahora vendrás conmigo —le dijo tranquilamente.

Édith se encogió de hombros.

—¿A la habitación de alquiler en la que vives?

—El sitio da igual... Ya lo verás...

—No.

—¡Bah, ya sabía yo que tenías miedo! Miedo de mí y, sobre todo, de ti misma, porque me deseas, pero ahora ya no soy el muchacho dócil que conocías. Porque tienes miedo de amarme... —Jean-Luc le hablaba al oído, pegado a ella, viendo temblar de deseo su hermosa y sensual boca—. ¡Ven, quiero que vengas! —dijo al fin.

Dourdan había alquilado la habitación en una vieja casa de la orilla izquierda. Jean-Luc no había estado nunca allí. Era un cuarto grande, aunque un poco oscuro, con la cama encajada en una especie de alcoba. Encendió la lámpara de la mesilla, que iluminó tenuemente el viejo suelo de madera, los muebles de caoba y una pequeña chimenea, ante la que les habían dejado preparados unos troncos. El silencio era absoluto. Por las ventanas, sobre los tejados, se veía el cielo, ya claro.

Jean-Luc corrió las cortinas. Encendieron fuego y se sentaron juntos unos instantes en un estrecho sofá, que chirriaba suavemente en la penumbra.

—Tú crees que para ser feliz necesitas dinero —murmuró Jean-Luc—, o un cierto nivel de vida, como dijiste aquel día. No te conoces a ti misma. Pero yo sí te conozco. A ti lo que te gusta es el amor. Y, lo quieras o no, de momento el amor soy yo, porque me deseas, porque te gusto...

Édith no decía nada. Dejaba que Jean-Luc le agarrase con rabia las caderas y los pechos, sorprendida al descubrir en aquel chico al que creía tan sometido a su voluntad un

hombre capaz de hablar con voz de mando.

En ese momento, el fuego, bajo y crepitante, prendió en una hoja de papel que debían de haber arrojado a las cenizas el día anterior, e hizo brotar una viva llama. Con el resplandor, Jean-Luc vio una pequeña foto de mujer sobre la chimenea. Sin duda era Marie Bellanger, la amante de Dourdan, se dijo. Tenía la cara delgada, las comisuras de los labios caídas y el pelo rubio, no muy largo y peinado a lo arcángel... Con Édith entre los brazos, Jean-Luc miraba la foto... Al cabo de unos instantes, la llama murió. La habitación volvió a quedar en penumbra. La lámpara sólo iluminaba las sábanas.

Más tarde, cuando Édith ya se había convertido en su amante, Jean-Luc vio de pronto que estaba llorando. Profundamente conmovido, le cogió la barbilla con suavidad y la obligó a alzar la cara.

—¿Por qué, Édith? ¿Por qué lloras?

Pero Édith negaba con la cabeza sin responder. Sin embargo, un instante después fue ella quien se arrojó en sus brazos. Y ahora que ya conocía el placer, todo rastro de miedo o de tristeza quedó extinguido.

A Édith le había bastado una hora para descubrir el placer e intuir que, en adelante, ésa sería la fuente de toda su felicidad y nunca querría conocer otra.

Durante el mes siguiente volvió a menudo con Jean-Luc a la habitación de Dourdan. Jean-Luc seguía sintiendo una fuerte y turbadora atracción física hacia ella y el orgullo de ser quien mandaba. Lo maravillaba la intensidad del goce que desencadenaba en Édith. Después del amor, en las facciones y los movimientos de ella había una especie de paz ante la que Jean-Luc no podía evitar el desconcierto. De aquel cálido cuerpo acurrucado entre sus brazos parecía ascender una llama. Jean-Luc sentía una mezcla de orgullo y humillación. Orgullo masculino, sin duda agradable, pero unido a la humillación de pensar que nada, ni su devoción ni su ternura, entregadas con tanta dificultad, habían conmovido a Édith, que lo único que ella amaba en él era el placer que le daba. ¡Oh, qué poco se parecía a su sueño! No era más que una golfa, una «muñeca»... Creía amarlo, porque aún era muy joven y no había tenido otro amante; pero no pasaría mucho tiempo antes de que comprendiera que cualquier chico, por el simple hecho de ser joven y fuerte, podía proporcionarle exactamente el mismo goce.

«Hay que aprovechar antes de que lo descubra», se decía Jean-Luc con cinismo.

Cuando se sentía feliz, Édith se arrimaba a él y cerraba los ojos, pegada a su costado. Jean-Luc notaba cómo se estremecía hasta los dedos de los pies, finos y curvados. En cambio, después del amor, él sólo sentía tristeza y ese agrio desencanto que se esconde en las caricias como el amargor en el corazón de una fruta.

Mientras tanto, en Le Vésinet, todo respiraba ya la angustia de la ruina y la muerte. Laurent Daguerne estaba peor, pero para su familia la muerte se acercaba demasiado despacio. No habían dejado de quererlo, pero ya no les quedaba nada y no podían evitar especular sobre el importe del seguro que les permitiría vivir. Daguerne sufría, pero no se moría. No era más que una sombra, un soplo, un cuerpo inerte, pero no se moría. Y el dinero hacía falta enseguida para los medicamentos, los impuestos, las deudas más urgentes...

Dourdan les prestó una cantidad que bastó para una semana. Hacía tiempo que habían vendido los cubiertos de plata y las pocas joyas que aún conservaba Mathilde. Jean-Luc y su madrastra —reconciliados momentáneamente, como suele ocurrir ante la adversidad, con una de esas reconciliaciones que se acaban en cuanto la desgracia se aleja, porque los nervios siguen a flor de piel— buscaron juntos los objetos que podían reportarles algún dinero. Pero en la casa no había nada de valor. Cuando iba allí, Jean-Luc se llevaba hoy un cuadro y mañana un libro, y los vendía en París por unos cuantos francos, con los que volvía al día siguiente. Laurent Daguerne no se percataba de nada, o eso parecía. Había llegado a ese punto de extremo deterioro del cuerpo en el que el ser humano siente que no podrá soportar la siguiente gota de preocupación y descansa en una profunda indiferencia, dejando que los demás se esfuerzen en vano. Oía cuchichear a su hijo y a Mathilde, pero no preguntaba; se dejaba cuidar y servir y, a veces, miraba a Jean-Luc con la ironía apenas perceptible del enfermo o el anciano que parece pensar: «¡Ahora os toca a vosotros, amigos míos! A mí ya me ha llegado la hora del descanso». Y sus viejas y temblorosas manos volvían a coger el libro momentáneamente abandonado, que le proporcionaba la única sabiduría digna de él.

Un día sólo quedaban dos candelabros de plata, que habían formado parte de los accesorios del tocador de la primera señora Daguerne, del que ya habían desaparecido todos los pomos, cajitas y cepillos. En la penumbra del pequeño vestíbulo, que olía a lluvia y salitre, Mathilde envolvió los pesados candelabros en hojas de periódico y se los puso bajo el brazo a Jean-Luc. A continuación, se echó a llorar, quizá de rabia, contra su predecesora, que había conocido mejores tiempos que ella. Jean-Luc le acarició la mejilla con suavidad y ella se apoyó en su hijastro unos instantes, dando rienda suelta al llanto.

—¡Ay, hijo! Ahora tú eres mi única esperanza. José no es más que un niño todavía... ¿Qué va a ser de nosotros?

En París, Jean-Luc fue de tienda en tienda, cambiándose constantemente de mano los pesados candelabros, que habían rasgado el papel de periódico. Pero no se lo tomaba como una tarea trágica. No sentía el menor apego por aquellas antiguallas. Apenas recordaba a su madre y, además, la imagen que conservaba de ella no estaba unida en absoluto a aquellos candelabros, que siempre le habían parecido espantosos, decorados con amorcillos, arabescos y flores. Confía en que le dieran por ellos unos cientos de francos y los fundieran cuanto antes. Iba por el bulevar Saint-Germain, buscando entre la llovizna las enseñas de las numerosas platerías del barrio, cuando vio una que, en el escaparate, sin orden ni concierto, tenía objetos de plata, un icono, un juego de cuchillos de postre...

—¿Le interesan estos candelabros de plata, señor?

—No.

—¿No quiere echarles un vistazo?

—Ya le he dicho que no.

De acuerdo. A la siguiente.

—Señora, quisiera vender... —La sonrisa de la vendedora se esfumaba— estos dos candelabros de plata.

—En estos momentos no compramos nada.

Y otra. Y otra... Entreabría la puerta, hacía ademán de desenvolver el paquete... ¿No? Pues adiós. Y seguía su camino. Llovía. La tormenta de primavera deshojaba los hermosos árboles. Poco a poco se dejó invadir por un cansancio que no era sólo del cuerpo, del brazo, dolorido por el peso de los candelabros... Aunque debería estar acostumbrado. ¿No era ése su trabajo? Ofrecer gangas que nadie quería. Cajas de jabón, hilo de estaño, diccionarios Larousse, aspiradoras, aparatos de radio, su juventud, su ingenio, sus fuerzas, todo ofrecido en vano.

Ahora caminaba por las callejas que flanquean el bulevar Saint-Germain llamando a todas las puertas: había innumerables tiendas de techo bajo, con anuncios pintados en blanco, en relieve sobre un cristal iluminado: «VENTA Y COMPRA AL CONTADO DE OBJETOS DE PLATA Y ORO». Pero nadie mostraba interés por sus candelabros, o le ofrecían un precio irrisorio. Jean-Luc seguía su camino.

Finalmente, a las seis se acordó de que Édith lo esperaba en la habitación alquilada de Dourdan. Subió la escalera despacio y entró. Ella ya estaba allí. Jean-Luc se sentó junto al fuego y trató de calentarse los entumecidos dedos. La lluvia se le había metido por el cuello y le había calado la ropa y los zapatos. Estaba tiritando. Había dejado el paquete deshecho en el suelo, a su lado.

—¿Qué es eso? —le preguntó Edith.

—Un regalo para mi padre.

Jean-Luc se pasó la mano por la cara lentamente. Qué cansado estaba... Entretanto, de pie contra él, Édith sonreía.

—Ven... Anda, ven... —murmuró.

La cama. Él estaba allí para eso. La empujó hacia allá con una especie de rabia. En su corazón ya no quedaba amor, sólo el deseo de someterla y utilizarla, como ella lo utilizaba para obtener placer. Ahora estaban tumbados uno al lado del otro, tan cerca, con los desnudos costados tan pegados y las piernas tan enredadas que ya no distinguían los límites, las fronteras de sus cuerpos. Tan juntos y tan alejados... Él, elucubrando sobre su vida y sus sueños, ella, saboreando la deliciosa paz de la carne satisfecha.

Tenía que convertirse en su marido a toda costa, hacerla renunciar a Bolchère a cualquier precio. Y para eso sólo había un medio. Se volvió hacia ella y la abrazó de nuevo.

—No, no, ten cuidado...

—¿Por qué?

—Tengo miedo, Jean-Luc...

—¿De quedarte embarazada? ¡Bah, qué importa!

—No quiero...

—No te casarás con Bolchère —dijo Jean-Luc, bajando la voz—. Te casarás conmigo, ¿me oyes? ¡Te casarás conmigo!

Édith se recostó en la almohada y se quedó mirándolo.

—Sabes cuánto poder tienes sobre mí... —murmuró, apartándole los mechones que le caían sobre los ojos—. Y abusas de él. Pero no me quieres.

—¿Y tú a mí? —preguntó él con voz tranquila.

Édith no respondió. Volvió a dejarse caer en la cama, feliz, sumisa, pero no a él, sino al demonio que poseía su cuerpo.

A principios de mayo, Jean-Luc recibió al fin una carta firmada por un secretario de Abel Sarlat. ¡Cómo la había esperado!

«El señor Sarlat tiene algo importante que comunicarle y le ruega que acuda sin falta a su despacho el lunes a las once de la mañana».

¡Édith había hablado, por fin! Unos días antes, había escrito a Bertrand Bolchère para romper su compromiso. Hacía casi dos meses que sabía que esperaba un hijo. Al día siguiente, Jean-Luc se encontraría frente a Sarlat. Por fin, por fin, iba a pelear, a actuar, a vencer, y no a una mujer. Vencer a una mujer era tan fácil... Unas caricias, un cuerpo joven, infatigable, un corazón que se escabulle... No se necesitaba nada más. Pero un hombre era un adversario digno de él. Jean-Luc había releído la misiva como si fuera una carta de amor. Sentía la maravillosa emoción de los hombres nacidos para la acción cuando al fin son liberados del sueño. Porque, ¿qué había hecho durante meses, aparte de soñar?

Era domingo, y la tarde más fría de una primavera gélida. Como todas las semanas, Jean-Luc fue a Le Vésinet. En el jardín, las heladas habían secado las pocas flores que había sembrado José. La única planta que se empecinaba en darlas era el lilo; sus pétalos, arrancados por el viento, caían en la vasija de yeso, que Jean-Luc siempre había visto llena de agua de lluvia y hojas secas. Lentamente, dio una vuelta alrededor de la casa mientras esperaba a su padre. Porque, en cuanto le anunciaban que había llegado su hijo, Laurent Daguerne bajaba como podía al salón. ¿Para qué preocupar a Jean-Luc? Sólo podía dejarle aquello, el recuerdo de cierto coraje ante la enfermedad y la muerte, un recuerdo, no de resignación —¿quién se resigna en verdad?—, sino de silencio, de paz, de aceptación. Sentado en la cama, sin fuerzas para anudarse el cordón de la bata alrededor de la cintura, jadeaba suavemente.

Abajo, Jean-Luc paseaba por el sendero. José cavaba: le había entrado pasión por la jardinería. Jean-Luc miraba la casa y el jardín con una mezcla de afecto y odio. Aquella cortina de abetos frondosos y aquellos ladrillos relucientes de lluvia eran el decorado familiar de su breve y sombrío ayer. Como de costumbre, alzó la vista hacia las vidrieras de color que adornaban los extremos de las dos torres estrechas y altas, desgarradas, coronadas por un tejado con pináculos, como la capilla de un cementerio. Las vidrieras estaban pintadas: una de verde, otra de amarillo, otra de púrpura y la última, la del cuarto trastero, de un azul casi negro. Cuando Jean-Luc era niño, su madre lo aupaba para que pudiera ver el jardín a través de cada una de ellas.

—Esto es una mañana de primavera —le decía—. Esto, un día de verano. Esto, una tarde de otoño. Y esto —concluía, mostrándole la cuarta vidriera y su oscuridad—, una noche de invierno.

Jean-Luc se acordaba de las palabras, pero el sonido de la voz se había perdido. Y los rasgos del rostro... Una sombra sepultada en el olvido.

Su madrastra lo llamó golpeando con el dedo el cristal de una ventana. Jean-Luc entró en el salón, donde lo esperaba su padre. Alejado de la blancura de las sábanas y los almohadones, Laurent Daguerne parecía menos pálido.

—¿Qué tal has dormido? —le preguntó Jean-Luc.

—No del todo mal.

—¿Cómo te sientes?

—Ya sabes, esto va a días. Pero mejoro. No te preocupes, voy mejorando.

Se quedaron callados. El extraordinario silencio que desde hacía algún tiempo parecía hacerse de forma natural en torno a su padre adormecía a Jean-Luc. Era una paz inhumana, una paz ya de cementerio. Jean-Luc nunca había oído el sonido de un reloj con tanta claridad como en esos momentos. Los lentos latidos del péndulo llenaban la sala, tomaban posesión de toda la casa... ¡Oh, cómo urgía vivir!

—¿Y tú, hijo mío?

—¿Yo?

—Sí.

—Voy a casarme pronto, papá. Si... si los planes que tengo en mente funcionan. — Laurent Daguerne levantó despacio una mano temblorosa y le hizo una seña a Jean-Luc para que se acercara. Éste sonrió—. ¿Te sorprende? ¿Por qué? ¿Piensas que soy demasiado joven?

—La vida es tan difícil hoy en día, hasta para uno solo... —murmuró Daguerne—. Se necesita mucha valentía, mucho amor...

—Mi novia es extraordinariamente rica. Es la hija de Abel Sarlat. Lo que se dice un buen partido. Así que no te preocupes.

—Pero ¿la quieres?

—Por supuesto —respondió Jean-Luc con frialdad.

Luego se levantó, se acercó a la ventana y alzó una punta del visillo. Las gotas de lluvia resbalaban como lágrimas por el cristal. ¿Podía hacerle entender que lo que le importaba no era el dinero, sino el acceso al único mundo que permitía disfrutar de los bienes de este mundo? ¿Cómo iba a aprobarlo su padre? En sus tiempos, el éxito dependía del trabajo y de la suerte. Trabajar era fácil. ¿Qué otra cosa había hecho Jean-Luc desde que era un hombre? Y todo ser humano nace con su parte de suerte. Pero había llegado una época en que eso no bastaba. El mundo de Sarlat, el de las finanzas y la política, era el único en el que aún se podía progresar, no estancarse, empezar algo y llevarlo a buen fin. Porque en el resto... En ninguna parte había trabajo, en ninguna había la posibilidad, la mera esperanza de prosperar, de satisfacer las ambiciones más naturales del ser humano. Con enormes privaciones, él había obtenido unos títulos que no tenían más valor que el del papel en el que estaban impresos. Y eso era todo lo que le había dado la vida.

—Más que de amor —dijo en voz alta—, es una cuestión de sentido común, lo confieso.

Laurent Daguerne negó con la cabeza.

—Eres joven, ten cuidado.

—Soy joven, pero me siento viejo.

—Es eso, justo eso. A tu edad no deberías buscar más que los placeres y las pasiones de la juventud. La ambición, el interés, vendrán más tarde. No hay que... No conviene madurar demasiado deprisa.

Jean-Luc sonrió.

—No tengo elección.

—Lo sé —respondió su padre con el dejo de miedo y vergüenza que teñía su voz en cuanto se hablaba de la época presente, como si, en lo tocante a su hijo, el responsable de sus males fuera él—. Lo sé, tú no tienes la culpa, pero es muy peligroso. No debes ahogar la juventud en tu interior. Porque se venga. La ambición y el interés son pasiones de hombre maduro. Es como si al principio de la vida hubiera que gastar una parte de nuestra debilidad, de nuestra ceguera, de nuestra locura. Más adelante ya verás...

—Sí, todo eso es verdad —murmuró Jean-Luc—, pero...

¿De qué servía intentar explicarlo? El lado abstracto de la vida sólo tenía interés para los viejos. Él no podía darse el lujo de juzgar la existencia desde lo alto. Tenía que luchar denodadamente, arrancarles a los otros el pan, las satisfacciones del amor propio, los bienes materiales. Le subió la manta, que le había resbalado sobre las rodillas, y lo besó en la frente.

—No paras de hablar... —le dijo como a un niño—. Y estás cansado.

—Lo estoy —admitió Daguerne en tono humilde.

Poco después se quedó dormido. Jean-Luc no volvió a verlo más que un momento después de cenar. A la mañana siguiente se iría temprano. Dejó a su padre sin emoción: no había visto ningún cambio en su rostro. Sin embargo, Laurent Daguerne iba a morir al cabo de unas horas.

El tren avanzaba lentamente por el campo, que la niebla del amanecer había cubierto con un denso manto, blanco como la leche. El compartimento de tercera tenía las ventanillas cerradas, y el vaho y el humo llenaban el aire de un espeso vapor; el mundo parecía pequeño y asfixiante. De vez en cuando, Jean-Luc limpiaba el cristal con la mano y miraba fuera, pero sólo veía algún árbol solitario que, reluciente por la lluvia recién caída, emergía del borde de un talud. El resto de la tierra permanecía invisible.

Cada vuelta de las ruedas lo alejaba de allí. El verde y siniestro Vésinet, la casa miserable, el espectáculo de muerte, ruina, derrota... ¡Cómo los odiaba! ¡La derrota, eso era lo que nunca soportaría! Sólo había sentido soplar ese viento del desastre una vez, cuando aún quería a Édith y ella lo había engañado, pero eso, en vez de abatirlo, lo había galvanizado. De la derrota sólo había aceptado la lección; sólo había querido ver en ella la oportunidad de rectificar, de volver a empezar. Sin embargo, algunos fracasos eran definitivos e irremediables. Su padre... ¡Qué horrible era pensar en eso! ¡Oh, olvidarlo cuanto antes, no ver más que el futuro, el éxito! Se moría de impaciencia. Qué lento iba aquel tren... Hacía paradas interminables en cada estación. Salió al pasillo. Apoyó la cara en el frío cristal de la ventanilla. Abría y cerraba los puños lentamente. ¡Por fin, por fin! Se sentía dueño de su vida por primera vez, sentía que la había dirigido hasta un punto en el que el destino tendría que contar con él, con su voluntad. Debía proteger esa vida contra tantos enemigos empeñados en arrebatarla, contra la pobreza, la humillación, el desánimo, defenderla de los demás y de sí mismo.

«En realidad —se dijo—, no se trata más que de eso, del instinto de supervivencia. Porque si me preguntaran: “¿Qué quieres? ¿Disfrutar?”. No, claro que no. ¡Quiero tener lo que me niegan, mi parte en la vida! No quiero esperar más, seguir llamando a una puerta cerrada. Quiero ser, existir, decir: “¡Yo!”».

Acariciaba la nota de Sarlat en el interior del bolsillo como nunca había acariciado una carta de Édith, ni en los peores días de su amor por ella. ¡Qué felicidad, sentir al fin la vida dócil bajo sus dedos! En apenas una hora estaría en casa de Sarlat... Nada lo detendría. No dudaría en confesar su relación, ni el embarazo. Lo juraba «por su honor», último eco de su adolescencia. Era supersticioso. Lo que más lo alegraba era pensar que su voluntad se había cumplido tan pronto, que le había bastado con desearlo para que acudiera de inmediato el niño, aquel niño que Sarlat se vería obligado a aceptar, como lo había aceptado Édith...

«Porque ésa es la prueba de amor más grande que me ha dado: no haber intentado deshacerse del niño».

¿Qué diría Sarlat? ¿Le negaría su dinero? Era una posibilidad. Pero aparte de que no dejaría que su hija se muriera de hambre junto a él, de lo que se trataba era de que aquella boda lo introdujera en el mundo en el que deseaba entrar. A su pesar, su mano se crispaba y se cerraba. Obligaría a Abel Sarlat a contar con él, Jean-Luc Daguerne, un chico con la suela de los zapatos agujereada... Por primera vez en su vida iba a medir sus fuerzas con las fuerzas y la voluntad de un hombre.

El tren se detuvo. Subieron unas mujeres cargadas de niños, paquetes y grandes ramos de lilas empapadas y olorosas. Al pasar, todas sonreían al joven que, de pie en el pasillo atestado de maletas, con la cabeza descubierta y el pelo revuelto caído sobre la

frente, alzaba con ingenua arrogancia su rostro duro y hermoso, iluminado por una sonrisa.
Al fin se acercaban a París. La niebla se alzaba lentamente y dejaba ver las negras chimeneas y los primeros puentes del Sena. París, al fin.

El Banco Sarlat se parecía más a una mansión vieja y sombría que al gran edificio que Jean-Luc había imaginado.

Lo hicieron pasar casi de inmediato al despacho de Abel Sarlat, una sala con un techo de una altura insólita y paredes revestidas de madera. Una cortina enorme y teatral, de un rojo desvaído, ocultaba la ventana e impedía el paso de la luz.

Jean-Luc miró a Abel Sarlat mientras éste, sentado al otro lado del escritorio, lo dejaba avanzar sin decir nada. Apenas lo había visto en su casa, en el ajetreo de las recepciones; Jean-Luc ni siquiera se acordaba de su cara. Su relativa juventud lo dejó sorprendido. Siempre había pensado en él como un viejo, «el viejo Sarlat». Sin embargo, parecía joven, estaba delgado y tenía el pelo negro, excepto el bigote, ralo y gris. Tenía la frente alta y hundida y la nariz gruesa y carnosa, con anchas ventanas. El brillo de las gafas ocultaba su mirada. Fue el primero en hablar:

—Siéntese, por favor.

Jean-Luc obedeció sin decir nada. Sarlat se quitó las gafas, limpió los cristales y, alzándolos en el aire, los miró al trasluz. Tenía los ojos pequeños y muy hundidos. «¿Una mirada penetrante? —se dijo Jean-Luc—. Si fuera uno de tantos empleados del Banco Sarlat, de los que cobran doscientos francos al mes, ¿me parecería penetrante?».

Sentía algo muy parecido a la decepción. Había tal contraste entre el aspecto de Sarlat y la idea que se había hecho de su riqueza, de su poder... Pero aquella mirada, clavada en él, tenía la fuerza de una atención extraordinaria. En aquel hombre todo sabía callar; no sólo su voz, sino también sus facciones, sus músculos. Se adivinaba que, con frecuencia, había apostado por el silencio, por la paciencia, por la inmovilidad, para triunfar sobre rivales, más vehementes, más ansiosos que él.

Tenía una voz llena de notas agudas, de tesitura alta, que producía una impresión de nerviosismo, de debilidad, y se esforzaba en no levantarla, en mantenerla baja y murmurante. Lo que en un primer momento oyó Jean-Luc fue casi un susurro:

—Bien... Mi hija Édith me ha dicho que tienen ustedes un proyecto de matrimonio. Me ha parecido algo tan inverosímil que, antes de tomármelo a la tremenda, he preferido conocerlo. Usted es pobre, procede de una familia humilde y no tiene oficio ni beneficio, ¿no es así?

—Todo eso es cierto —respondió Jean-Luc.

—Entonces ¿comprende que ese proyecto es absurdo?

—¿Qué desea de mí, señor Sarlat?

—Simplemente que se comprometa a no volver a ver a mi hija.

—Qué despropósito... —respondió Jean-Luc a media voz.

Por fin había conseguido lo que pretendía: encolerizar a aquel hombre, obligarlo a demostrar de qué era capaz.

Sarlat dio un respingo. Su voz subió de tono:

—¿Cómo?

—No he venido a pedirle la mano de su hija, señor Sarlat. Édith le ha dicho que tenemos un proyecto de matrimonio. Como comprenderá, hemos reflexionado con detenimiento y considerado todas las opciones, todas las consecuencias de nuestra decisión, incluida la de su total desaprobación. No necesitamos su consentimiento.

—Pero mi dinero no les resultará del todo inútil. Escúcheme bien; creo que me hará el honor de crearme, porque me parece usted extremadamente consciente de lo que valen las cosas. Édith no tiene fortuna propia. Supongo que ya lo sabía. En mi casa sólo manda una persona. Yo. Quienes me necesitan deben obedecerme. Mi hija me obedecerá. Si no, no tendrá nada. ¿Está claro?

—Nos casaremos con o sin su dinero. A Édith nunca le he prometido riqueza. ¿Podré alimentarla? Claro que sí, siempre consigue uno alimentarse. Desde que salí del colegio, nunca le he pedido un céntimo a nadie, y he conseguido salir adelante. Mal, lo admito, pero siempre he podido pagarme el alojamiento y la comida. Haré para dos lo que he hecho para uno. Si es necesario, mi mujer trabajará. Como comprenderá, al venir a verle no esperaba otras palabras de su parte. Sin embargo, hoy en día el dinero es un bien tan volátil, tan efímero, que no puede influir de ningún modo sobre nuestro destino.

—Usted está loco —dijo Sarlat con una voz aguda y estridente, que no conseguía bajar.

«En él, ésta debe ser la señal más clara de la ira —pensó Jean-Luc—. He blasfemado contra el dinero».

Sin embargo, dio la sensación de que Sarlat hacía un violento esfuerzo para calmarse. Su voz volvió a ser un murmullo.

—Le repito que no quiero tomármelo a la tremenda. Yo también he sido joven. Sé lo que puede uno llegar a imaginar, a esperar. Pero eso... es imposible. Son sueños de niño. Es imposible que usted se case con Édith.

—Lo imposible es que no me case con ella —respondió Jean-Luc en voz baja—. La situación es grave.

—¿Cómo? —exclamó Sarlat, incorporándose.

Por un instante, los dos hombres se miraron sin decir nada. Jean-Luc esperaba un arrebato, pero nunca había visto unos rasgos humanos tan súbita, tan extrañamente convulsionados por la furia. Sarlat se abalanzó sobre él y lo agarró con ambas manos, pero era bajo de estatura, apenas le llegaba a la altura del pecho. Comprendiendo sin duda que la lucha sería desigual y cómica, se contuvo.

—¿Édith es...? ¿Mi hija es su amante?

—Sí.

—¿Y está...? ¿Espera un hijo? ¡Maldito ca...! ¡Maldito canalla, maldito chantajista! ¡Lo mataré, los mataré a los dos! ¡Son ustedes...!

—¿No cree que todas esas palabras son inútiles? —dijo Jean-Luc tranquilamente, cuando cesó el alud de improperios—. El mal ya está hecho.

—¡El crimen! ¡Lo que ha hecho usted es un crimen! ¡Debería matarlo!

«Estos financieros son los últimos románticos», pensó Jean-Luc. Sabía que Sarlat tendría que dar su brazo a torcer. Sentía la lucidez sobrehumana que da la fiebre. Se apartó de él y fue hasta la ventana, donde se quedó de brazos cruzados, esperando que la cólera de Sarlat amainara. Al fin, el hombre se tranquilizó.

—Es una canallada —dijo en voz más baja—. Que no es nueva, pero que siempre funciona, que ha funcionado todavía mejor porque ha topado usted con la única muchacha, auténticamente muchacha, en esta espantosa época de inmoralidad y bajeza... ¿Cuándo tiene que nacer el niño?

—Dentro de seis o siete meses.

Sarlat se tapó la cara con las manos. Los instantes que siguieron se hicieron eternos. Realmente, aquel hombre tenía una increíble capacidad de permanecer inmóvil y en

silencio... Por un momento, Jean-Luc creyó que estaba llorando. ¡Bah, era imposible, ridículo! No, no lloraba. Reflexionaba profunda, intensamente, escondido detrás de las manos. Jean-Luc sentía un enorme interés por los sentimientos de Sarlat. ¿De verdad había creído en la inocencia, en la ignorancia de Édith? ¡Menudo chiste! Édith, que se habría entregado a cualquier chico que la hubiera deseado; Édith, que no era más que voluptuosidad y tenía tanto cerebro y tanto corazón como la más fría muñeca... Ahora la conocía bien. Y aquel pobre hombre, tan sinceramente indignado, tan dolido. Era cómico... conmovedor... Y, sin embargo, cuánto se le parecía Édith. Tenía los mismos gestos. Y esa mirada... Sí, la fijeza de esa mirada en ciertos momentos... Sin embargo, a Sarlat no debía de atormentarlo la sensualidad. Era extraño. Había algo extraño en Sarlat, pensó Jean Luc, con aquella capacidad de atención suya que recordaba la intensidad del ensimismamiento de los maníacos.

Pero el tiempo pasaba. Sarlat no levantaba la cabeza. Jean-Luc cogió el abrigo, que había arrojado sobre una silla.

—¿Prefiere comunicarme lo que decida por escrito? —le preguntó con voz suave.

Sarlat se apartó las manos de la cara y las bajó con lentitud.

—Ha causado la desgracia de Édith, pero también la suya, créame. Ya se ve usted yerno de Abel Sarlat, rico, feliz, ¿verdad? Si supiera... Si supiera lo cómico que es usted... Lo ha calculado todo tan bien... pero sólo hasta cierto punto. Más adelante entenderá lo que quiero decir. Bien, escúcheme con atención, pero sin rechistar, ¿de acuerdo? Sin rechistar. No quiero oír su voz. Se casará usted con Édith y recibirá de mí lo estrictamente necesario para que no se mueran de hambre los dos. Respecto a la dote, lo siento. De eso nada, ni un céntimo. En cuanto nazca el niño, le advierto que haré todo lo que esté en mi mano para romper ese matrimonio. Está usted avisado. No podrá decir que he actuado como un traidor.

—Defenderme corre de mi cuenta.

—Le prohíbo que vea a Édith antes de que yo hable con ella.

—¿Aún confía en que yo le haya mentado?

—¡Cállese! ¡Y ahora, fuera! ¡Váyase! ¡Le he dicho que se vaya! —gritó Sarlat, y una mueca de ciega furia volvió a crispar su rostro—. Cuando un asesino le corta el cuello a tu hija delante de ti —añadió tras una pausa—, tienes derecho a defenderte, y esto... Vamos, váyase. Les deseo a los dos que un día sientan... —Sarlat se calló y abrió la puerta ante Jean-Luc—. Váyase.

Jean-Luc se marchó.

La boda se celebró al cabo de unas semanas. Abel Sarlat no entregó ninguna dote; su único regalo a la joven pareja fueron las mil acciones del banco que hizo poner a nombre de su hija. Además, su secretario debía enviarle tres mil francos a Édith todos los meses.

Con el pretexto del reciente fallecimiento de Laurent Daguerne, Sarlat había exigido que la boda se celebrara con la mayor sencillez. Hubo una breve ceremonia religiosa. Édith estaba pálida, visiblemente indispuesta. La señora Sarlat, arrodillada, lloraba bajo un sombrero rosa. Abel Sarlat estaba derrumbado en su reclinatorio, con la cabeza entre las manos. Era extraño verlo así. Cuando el sacerdote habló, Jean-Luc vio que su suegro alzaba el rostro. Estaba lívido, pero no los miraba ni a Édith ni a él. Se había olvidado de ellos. A Jean-Luc volvió a sorprenderle la fijeza casi maniaca de su mirada. Luego, Abel Sarlat volvió a bajar la cabeza y ocultar la cara entre las manos. Se marchó en cuanto acabó la ceremonia, tras darle a su hija un frío beso en la frente. Les había dejado el coche, con el que los recién casados abandonaron París en dirección a Fontainebleau, donde pasaron unos días. Antes de irse, Jean-Luc pudo hablar un momento con Dourdan, la única persona a la que confesó que aquella boda, ahora que se había celebrado, no le producía alegría, sino una inquietud que no conseguía entender ni calmar.

—Pero era necesaria, era necesaria... —repetía—. Esta boda es un trampolín.

De los escasos días que pasaron en Fontainebleau, Jean-Luc no conservó más recuerdos que el de los raudales de fría lluvia que chorreaban por los cristales de las ventanas del Hôtel d'Angleterre y el de la cama deshecha, en la que a veces se despertaba al amanecer, soñando que aún estaba en la mísera habitación de encima del Ludo, sin comprender qué hacía aquel cálido cuerpo de mujer a su lado.

Tras la muerte de Laurent Daguerne, la casa de Le Vésinet se había quedado vacía: la familia se había marchado hasta octubre a casa de una pariente de Mathilde que vivía en provincias. Fue allí donde los recién casados decidieron irse a vivir hasta que naciera el niño. El sábado tenían previsto ir a Liré, la finca de los Sarlat en Seine-et-Marne, y quedarse allí hasta el lunes. Liré era una magnífica casa rodeada de prados, huertos y bosques, de modo que, pese a no tener más que un jardín de escasa extensión, parecía dominar toda la comarca. Hasta donde alcanzaba la vista, no había más que árboles y campos.

Sarlat llegaba el sábado por la noche, muy tarde, y se marchaba dos días después. Lo rodeaba su corte habitual: Calixte-Langon, Armand Lesourd y algunos otros financieros y políticos. Nunca dirigía la palabra a Jean-Luc, que durante las comidas de los domingos ocupaba uno de los últimos sitios, al final de la mesa, entre la antigua institutriz de Édith y el secretario de Sarlat.

Su suegra era la única que le sonreía a veces, pero tímidamente y a escondidas, con evidente temor de infringir las estrictas órdenes de su marido. El propio Sarlat hablaba poco. En aquella mesa nunca se toleraba un comentario indecoroso o simplemente ligero. Los comensales hablaban a gritos y reían todos a la vez, pero Sarlat se limitaba a escuchar con la cabeza inclinada y aquella expresión meditabunda y casi triste que tanto intrigaba a Jean-Luc.

En los atardeceres de verano no se encendían las lámparas; la luz se filtraba hasta el jardín entre las hojas de los árboles. Lise Sarlat dejaba caer sus largas mangas de encaje a

ambos lados del plato. Algunas mujeres quedan marcadas por un año, por una fecha que seguramente había sido la más importante de su vida: Lise llevaba impresas en filigrana, por así decirlo, las fechas de 1910-1912. Los hermosos ojos negros, la tez pálida, los brazos delgados, el pelo amontonado sobre la frente, todo le daba un aspecto extraño, alejado del presente. Era muy dulce; tenía la delicadeza, la bondad de las mujeres que sólo han conocido la invariable atmósfera de la felicidad. Cruzaba las manos ante sí con una indolencia y un abandono encantadores. Cuando los invitados se callaban un instante, en el silencio se la oía preguntar a su vecino en un tono de auténtica angustia:

—Pero ¿cree usted que Mauriac tiene razón cuando pinta el mundo con colores tan tétricos? Yo sólo busco el lado hermoso de las cosas...

Llevaba el cuello y los hombros cubiertos por un chal rosa de muselina, con cuyos largos pliegues jugaba distraídamente, cubriéndose las manos y mirándose los dedos a través del fino tejido con una dulce y tierna sonrisa.

—Qué hombre tan exquisito —decía de Langon, amigo de la familia, que no faltaba en Liré ningún domingo—. Tiene la sensibilidad de una mujer, de un artista. Y un alma tan hermosa...

Y de una mujer conocida por su inmoralidad:

—Pobrecilla, tiene un encanto increíble. Tiene mala reputación, pero a mí no me oculta nada. Su vida es irreprochable.

De Armand Lesourd:

—Si lo conocieran como yo... Sufrió un engaño indignante por parte de una mujer en la que había depositado toda su confianza. Yo fui testigo de su dolor. Era atroz.

Su debilidad era creer que todo el mundo la tenía por confidente, por amiga.

—Soy la amiga de mi hija —afirmaba.

Y de su marido, que nunca había hablado de sus ocios ni de sus negocios ni con ella ni con otras, aseguraba:

—No toma ninguna decisión sin consultarme. Sin mí estaría perdido.

En Liré vivía repantigada en un saloncito malva y ocre, con las paredes adornadas con libros raros. Era una bibliófila singular: nunca había pasado las páginas de las maravillosas primeras ediciones encerradas tras las rejas doradas de las librerías.

—Los libros valiosos —decía, entornando los párpados— no se leen; se huelen, como las flores.

A su lado, en una mesita, tenía siempre un pequeño volumen de Shakespeare encuadernado en ante gris. No lo abría nunca, pero cuando bajaba al jardín, se la oía llamar a la doncella con voz quejumbrosa:

—¡Juliette! Mis guantes, mi sombrilla y mi Shakespeare...

En la mesa, durante las largas comidas, Jean-Luc no despegaba los labios, pero escuchaba y observaba con ansia.

Escuchaba a Calixte-Langon y miraba sus ojos vivos y hermosos, que vagaban por el espacio sin detenerse nunca. Escuchaba su voz, su famosa voz, de la que Lise Sarlat decía:

—El ministro tiene voz de sirena, tan pronto dulce y acariciante, como de sonoridades casi metálicas.

Con qué habilidad la utilizaba, como utilizaba todo el rostro, las facciones, las hermosas manos, de una delicadeza y una agilidad asombrosas, los dedos ahusados, ligeramente hinchados en las falanges y afilados en las puntas, unas manos de prestidigitador, de ilusionista. A veces se las llevaba a la altura de la boca, las cruzaba

lentamente bajo los labios y, con la mitad inferior del rostro oculta, lanzaba a los comensales miradas que pretendían ser penetrantes y escrutadoras, pero que eran tan chispeantes, tan movedizas, que sólo se veía en ellas el brillo, pero ninguna idea.

Le repugnaba hablar de cifras y datos, y en cambio se sentía como pez en el agua cuando se trataba de ideales, de abstracciones.

—Seamos precisos, incluso un poco secos... —decía.

Y aquello era poesía, un raptó de inspiración.

Tenía una campechanía encantadora. A veces trataba de ocultarla; fumaba con la concentrada seriedad del niño a los pechos de su madre, dejando que a su alrededor murmuraran:

—Esta noche, el ministro está preocupado.

Pero eso pronto lo aburría. Reía, desplegaba su encanto, bromeaba, se embriagaba de alabanzas y aprobación y lanzaba a diestro y siniestro guiños complacidos, maliciosos, cómplices, como si dijera: «¿A que soy divertido? Y, sin embargo, no hay nadie más serio que yo. ¡Soy literalmente in-fa-ti-ga-ble!».

Lo escuchaban con una mezcla de aparente servilismo y oculta ironía. Luego, cuando callaba un instante, todos los hombres se ponían a hablar a la vez, subiendo el diapasón para hacerse oír en el guirigay de las veinte o veinticuatro personas reunidas en aquel sitio cerrado. Las mujeres, bastante insulsas en general, escuchaban sin decir nada, con los labios fijos en una vaga sonrisa y las manos cruzadas sobre la mesa, para que sus preciosos anillos relucieran bajo los últimos rayos de sol.

A continuación tomaba la palabra Armand Lesourd. Éste era todo carne y músculo, corpulento, colorado, con la nariz gruesa pero provista de finas y movedizas aletas, el pelo, negro y recio, peinado en copete sobre la frente, y las orejas, encarnadas y de pliegues muy marcados. Hablaba con acento borgoñón, voz bronca y dicción lenta. Decía: «Mis resabios de campesino tacaño...». O bien: «Mi prudencia de campesino...». Cuando hablaba de su pueblo, de su casa, se expresaba con auténtico lirismo, aunque por lo general sus peroratas eran menos brillantes que las de Calixte-Langon. Consciente de ello, Lesourd intentaba compensarlo con una ironía de trazo grueso y un tono de sinceridad campestre, pero cuando hablaba de sus «cuatro palmos de tierra» —«Yo también tengo un terrenito», decía—, lo celebraba en unos términos tan calurosos y poéticos que hacían fruncir el ceño a Langon.

—El bueno de Armand... —decía entonces el ministro, inclinándose hacia su vecina—. Cuando cuenta que en su infancia cuidó ovejas, olvida que sólo fue un simpático pasatiempo: su padre era millonario, el cacique de la región. Yo al menos sé lo que es la tierra; tengo una casa en el Périgord en la que paso las vacaciones. Pero justo es reconocer que se reencuentra con su tierra natal cada cuatro años: cuando llegan las elecciones.

Los ojillos hundidos de Lesourd se iluminaban con un brillo mortecino. Era evidente que aquellos dos hombres se odiaban, pero Lesourd se veía a sí mismo como un gordo bonachón que olvida fácilmente las ofensas, mientras que Calixte-Langon no podía creer que, en el fondo de su corazón, su peor enemigo no sintiera cierto afecto por él. Se sonreían por encima de las rosas.

—El bueno de Langon...

—El amigo Lesourd...

Sin embargo, hacia finales de julio, dejaron de invitarlos juntos. Armand Lesourd había tomado partido abiertamente contra el ministerio y trataba de hundir a Langon. Desde ese momento, se alternaron a la mesa de Sarlat: un domingo uno y el siguiente el otro.

Entretanto, la comida había acabado. Jean-Luc bajaba al solitario jardín. Ese año, el

verano estaba siendo soleado y asfixiante, sin un soplo de brisa, sin una nube. Al atardecer, un haz de llamas cubría el cielo sobre el río. Jean-Luc se paseaba, absorto en sombrías cavilaciones. Pese a sus esfuerzos, no encontraba trabajo. Más de una vez había pensado que su suegro no era ajeno a sus repetidos fracasos. Sarlat lo aguantaría hasta que naciera el niño, pero era necesario que a Édith la vida se le hiciera insoportable lo antes posible. Gracias a la casa de Le Vésinet, libre hasta octubre, podían pasar el verano casi tranquilos. Pero ¿y en otoño? ¿Qué haría? ¿Seguiría aceptando el dinero de Sarlat, la limosna que le arrojaría hasta el día en que Édith pidiera el divorcio? Ella ya se arrepentía de haberse casado con él, pero aún estaba en ese momento del matrimonio en que a una mujer la avergüenza ser infeliz, en que su principal preocupación es «guardar las apariencias». ¿Qué haría él? ¿Cómo viviría? Nunca había imaginado que fuera posible hacerle el vacío a alguien de aquel modo, de una forma tan constante, tan implacable... Para todos los habituales de la corte de su suegro él no era más que un mozalbete insignificante. Apenas lo veían. Ninguno de ellos le hablaba, salvo para dirigirle frías fórmulas de cortesía, y el propio Jean-Luc, tímido todavía, se sentía demasiado incómodo entre ellos como para interpretar con éxito el papel del hijo de la casa.

Caminaba lentamente bajo las ventanas. Miraba a los hombres que pasaban tras los cristales iluminados, como busca el amante despreciado la silueta de la mujer a la que no puede poseer. Sabía que era entonces cuando empezaban a tratarse las cosas importantes, el auténtico tráfico de dinero e influencias. Intuía que se llegaba a acuerdos, a compromisos, a cosas decisivas, sustanciales, serias, casi amenazadoras, que imaginaba sin conocerlas. Ser joven, saber que tienes dentro la pasión, la voluntad, una inteligencia aguda, lúcida, y no poder hacer nada... Con una sola palabra, aquellos hombres podían colmar su ambición, su ansia de felicidad, y no lo sabían, se servían de títeres sin inteligencia ni honor, como aquel Cottu, que siempre iba pegado a los talones de Langon, como tantos otros. Pese a no saber nada de aquel mundo en el que había querido entrar, Jean-Luc había adivinado que era el de las facilidades, las puertas abiertas sin esfuerzo, sin ruido, salvo para él. Todos sabían que su suegro lo odiaba: nunca harían nada por él. Por uno u otro motivo, todos estaban en deuda con Sarlat. Le tenían miedo. Y, sin embargo, a su alrededor el maná llovía sobre los demás.

—Haga algo por fulano —oía decir todos los días—. No es muy listo, pero es un buen chico...

O:

—Haz que condecoren a Durand.

—Pero si es un sinvergüenza...

—Pero es amigo de mengano...

Todo se conseguía con el pretexto de la amistad, de la confianza, de los servicios prestados o recibidos. Y con cuánta facilidad... Con una palabra, con una sonrisa, con un encogimiento de hombros, se alzaba a los imbéciles hasta las nubes, se perdonaba a los ladrones, se favorecía con provechosas prebendas a los hombres sin virtud ni espíritu. Al ver caer los honores y la riqueza sobre los demás como ciega lluvia, Jean-Luc sentía una rabia y una tristeza sin igual, una furiosa sensación de expolio. Era terrible darse cuenta de que el mundo avanzaba a su alrededor mientras él permanecía inmóvil, pese a sus tremendos y vanos esfuerzos. Jean-Luc tenía la sensación de que su vida estaba condenada sin remedio. No había suplicio comparable al miedo a la derrota. Habría aceptado la derrota consumada con coraje. La certeza de que él no era nada lo habría calmado. Pero no, quedaba la dolorosa esperanza de que los demás estuvieran equivocados, de que la idea que

tenía de sí mismo no fuera un error. Y, sin embargo, el tiempo pasaba, su juventud se iba, y él seguía sin tener nada. Sólo había conseguido el pan, el techo y una mujer a la que ya no amaba. Arriba, la lámpara de Édith se encendió y momentos después volvió a apagarse. Se había acostado. Lentamente, Jean-Luc subió a reunirse con ella.

El niño nacería a principios de otoño. Estaba previsto que Édith se trasladara a la casa de los Sarlat en Liré para el parto, pero los dolores empezaron de noche, tan tarde que Jean-Luc decidió convocar al médico y a la comadrona en Le Vésinet. En ese momento estaba esperándolos. Estaba solo, abajo. Édith permanecía acostada en el dormitorio, muerta de miedo. Aquel miedo abyecto lo irritaba y lo inquietaba a partes iguales: sin poder evitarlo, temía que fuera una advertencia del destino. Al oír los primeros gemidos de su mujer y ver su pálido y angustiado rostro, había sentido renacer su ternura por ella. Se le había acercado y le había cogido la mano, pero ella, rechazándolo, había farfullado con esfuerzo:

—¡Déjame, vete!

Daba la sensación de que lo odiaba. Jean-Luc sabía que había dejado de amarlo el día en que su estado les había impedido vivir como marido y mujer. La dejó sola y se marchó sin decir nada.

La noche de octubre era sofocante. Parecía que ese año el verano no se resignaba a acabar. Ni siquiera la lluvia traía un poco de fresco. En cuanto dejaba de repiquetear en el reborde de zinc de las ventanas, se oía de nuevo el zumbido de los mosquitos en el techo. La delgada luna creciente iluminaba las ramas de los abetos, pegadas a los cristales. Jean-Luc salió al jardín.

No había avisado a los padres de Édith. Para telefonar había que ir andando hasta un pequeño hotel, a cierta distancia de la casa. No se atrevía a dejar sola a Édith otra vez. Y, sobre todo, temía la presencia de su suegra y su efusividad.

Caminaba lentamente por el pequeño sendero, alrededor del bosquecillo de lilos deshojados, bajo las ventanas del dormitorio. El viento traía hedor a gasolina, a polvo, a cieno. La noche no tenía la serenidad, la pureza de las noches campesinas. A cada instante se oía pasar un coche, chirriar unos frenos, el largo y lento silbido de un tren... Jean-Luc se acercaba al umbral, oía los suspiros de Édith y volvía a salir. Qué lentas pasaban las horas...

Iba a nacer su hijo... Qué extraña sensación, cuando eres joven y la vida te empuja por todos lados, pensar que va a nacer un niño, que has dado la vida a un ser humano. Apenas has empezado a saborear la tuya, a conocerla, y ya tienes que compartirla, y enseguida cederla. Tenía miedo. Y ni la menor alegría. ¿Alegrarse de tener un hijo él, Jean-Luc Daguene, que hasta el momento ni siquiera había sido capaz de asegurar el pan de cada día a los suyos? «Pero será un pequeño Sarlat, un pequeño y rollizo banquero, no le faltará de nada». Sin embargo, se sentía invadido por un extraño remordimiento: aquel niño... aquel rehén... ¿Y Édith? Su sufrimiento lo dejaba frío.

Volvió a entrar en casa. Apagó las luces, que esa noche parecían atraer a todos los mosquitos de Le Vésinet. Encendió la lámpara de fuera para el médico y la comadrona. El resplandor penetraba por las ventanas; además, conocía tan bien aquel salón... Lo recorría a ciegas, al azar, sin chocar con las paredes. Allí estaba el sillón en el que su padre se había sentado un día antes de morir. Ese día le había dicho... ¿Qué le había dicho? De pronto, aquellas palabras que había oído sin escucharlas volvían a golpearlo, a perturbarlo: «No ahogues la juventud en tu interior... Ten cuidado». ¿Cuidado de qué? Qué extraña paradoja, echar a perder tu vida por poner tanto empeño en salvarla... ¡Sacrificar tu vida

para tener la posibilidad de vivir! Porque no era feliz. No tenía nada. Esperanzas frustradas. Ni amor ni generosidad en el corazón.

«Es culpa suya —se dijo, mirando las ventanas del dormitorio, donde estaba Édith—. Si ella hubiera comprendido...».

En ese momento oyó que un coche se detenía delante de la casa. Echó a correr y, al abrir la puerta, vio llegar a Sarlat.

—¿Cómo? Entonces ¿usted sabía...?

—No. ¿Qué?

—Va a nacer el niño. Estoy esperando al médico y la comadrona.

—¿Va a nacer el niño? —murmuró el banquero.

Jean-Luc encendió la luz y miró sorprendido el descompuesto rostro de su suegro.

—¿Quiere ver a Édith?

—¿Tiene muchos dolores? —preguntó Sarlat en voz baja.

—No creo. Todavía no...

—No, la... la veré más tarde... —Se calló y luego añadió de repente—: Pasaba por aquí. Me iré enseguida.

Se acercó a la ventana y se quedó inmóvil.

—Ha cenado, ¿verdad? —le preguntó Jean-Luc.

—¿Cenado? —murmuró Sarlat, como si despertara de un sueño—. Pues no, no he cenado. He tenido un día agotador. Agotador... —repitió en voz baja e inexpressiva.

Jean-Luc le ofreció compartir las sobras de la comida.

—Reconozco que no es gran cosa. Y la criada se ha ido. No duerme aquí. Pero puedo recalentar el café...

—Está bien —respondió Sarlat.

Jean-Luc fue a la cocina. Cuando volvió con una taza de café y una loncha de carne fría, vio a Sarlat sentado en el centro de la sala, con los brazos cruzados, mirando al frente con atención. De pronto, Jean-Luc presintió el desastre. Más tarde nunca supo cómo había podido adivinarlo, pero en ese momento pensó: «Este hombre está mal».

Allí estaba de nuevo el aura de desgracia y ruina que había aprendido a reconocer en su juventud alrededor de su padre. Habría podido llamarla por su nombre, como a una vieja y fiel amiga.

Se volvió para transmitir la sensación de que lo interrogaba siquiera con la mirada, y le tendió la taza.

—He echado dos terrones de azúcar. Es una taza grande.

—Nunca había estado en esta casa —dijo Sarlat.

—No. Es fea, ¿verdad?

Oyeron acercarse un coche. Esta vez eran el médico y la comadrona. Jean-Luc les abrió la puerta y los tres subieron al dormitorio. Édith estaba tumbada de lado, con la cara iluminada por la lámpara de la mesilla de noche. En su rostro no se reflejaba tanto el dolor como la irritación que genera el sufrimiento.

—¿Por qué no ha subido enseguida, doctor? —preguntó al médico.

—El doctor acaba de llegar —informó Jean-Luc.

—Os he oído hablar abajo.

—Ha venido tu padre —explicó Jean-Luc, bajando la voz.

—¿Papá? —murmuró Édith—. ¿Le has avisado? ¿También está mamá?

—Estará aquí enseguida, cálmate...

Jean-Luc trató de acariciarle el pelo revuelto, pero Édith volvió a rechazarlo.

—¡Déjame! ¡Me duele, tengo miedo! ¡Tengo miedo! —repitió, rechinando los dientes—. ¡Vete!

—Tiene razón —dijo la comadrona, que deslizaba silenciosamente sus pies enormes, enfundados en tela, por el suelo de madera—, sería mejor que dejara sola a la señora.

—Todo irá a las mil maravillas —aseguró el médico, asintiendo con la cabeza—. No se preocupe.

Jean-Luc volvió a bajar. Abel Sarlat no se había movido.

—¿Tiene dolores? —preguntó a Jean-Luc al verlo llegar.

—El médico dice que todo irá bien.

—Por supuesto. ¿Por qué no iba a ir bien? Es tan sencillo... ¿Qué hay más sencillo que el nacimiento o la muerte de un ser humano? ¿Eh? —exclamó de pronto con voz angustiada.

—Parece usted enfermo, señor Sarlat —dijo Jean-Luc acercándose a él—. ¿Puedo ayudarle?

Sarlat dio un respingo.

—¿Enfermo? No, estoy estupendamente. Sólo cansado, he tenido un día agotador... —Se quedó callado—. ¿Qué decía? Sí, agotador. Estaba en París a primera hora. He visto a gente... Unos auténticos cabrones, dicho sea de paso. No hay más que cabrones, muchacho. Creo que nunca hemos hablado en confianza. Pero lo que le digo hoy es lo que en el fondo pienso. La gente es asquerosa. —Volvió a callarse y se pasó la mano por la frente con lentitud—. No tenía ganas de volver a casa. Quería darle un beso a Édith. Ahora es demasiado tarde. Me voy. Ya no la veré. Dígame que quería verla.

—¿No espera a que nazca el niño?

—¿El niño? —Sarlat parecía a punto de preguntar: «¿Qué niño?»—. ¡Ah, sí! ¿El niño? Quizá, sí... Esperaré un poco... Pero dígame al chófer que se vaya. No ha cenado. Que vaya a comer algo al pueblo y venga a buscarme dentro de una hora.

Cuando Jean-Luc regresó, Sarlat había puesto la radio muy bajita. Apenas un susurro. El aparato era de Édith. El mueblecito lujoso sorprendía en aquel salón humilde y desordenado. Pasaron unos instantes. Jean-Luc fumaba. Sarlat giraba el mando del dial y un débil silbido, en el que se mezclaban palabras extranjeras y músicas diferentes, suspiradas, apenas murmuradas, como disueltas en el espacio, llenaba la habitación. El primer grito de Édith llegó a los oídos de los dos hombres con brusquedad. Jean-Luc se levantó, un poco pálido. Sarlat apagó la radio. Al grito le sucedió un momento de silencio. Se oyó el tictac del reloj de pared y luego otro grito, parecido al aullido de un animal.

«Una noche así te envejece», se dijo Jean-Luc.

—¿No va con ella?

—No. ¿Para qué? —contestó Jean-Luc con los dientes apretados.

Sin embargo, abandonó el salón y empezó a subir la escalera y allí, en la oscuridad, arimado a la pared, esperó escondido. Los gritos de Édith eran cada vez más agudos, más estremecedores. De pronto, Jean-Luc sintió un enorme deseo de estar solo. A través de la puerta abierta, miró con odio la espalda de Sarlat.

«¿Qué ha venido a hacer aquí? ¿Darle un beso a su hija a las once de la noche, sin cenar y dejándolo todo colgado? Debe de estar al borde del suicidio, o poco menos. No, ha bebido. Siempre he sospechado que bebía, o algo por el estilo. Es demasiado austero, demasiado rígido en cuestiones de moral y control de sí mismo. La gente así suele tener vicios ocultos».

Un grito desgarrador, espantoso, volvió a atravesar la casa. Jean-Luc se olvidó de la presencia de Sarlat. Aferrado a la barandilla de la escalera, permanecía inmóvil. El tiempo pasaba con extrema lentitud. Sarlat volvió a poner la radio, que llevaba al silencioso salón todas las voces del mundo. En la oscuridad, resonaban como el mar en el interior de una caracola.

Momentos después, Jean-Luc apartaba a la comadrona y entraba en la habitación, donde vio al médico sentado tranquilamente en un sillón, junto a la cama, leyendo y garabateando notas en un libro. La comadrona tenía cogida de la mano a Édith, que, medio incorporada en la cama, con el cuerpo arqueado y el pelo pegado al sudoroso rostro, daba miedo.

—No puedo soportarlo —dijo en voz baja entre dos gritos.

—Ya casi está... —murmuró el médico—. Un poco de paciencia, no es nada...

Jean-Luc no entendió lo que gritaba Édith. Pero estaba más relajado. Llevó varias cosas que le pidió la comadrona y luego se marchó. De nuevo la oscuridad y el silencio, más profundo, más denso en el intervalo de los gritos... Y entonces, de repente, aquel agudo maullido que nunca se olvida...

—¡Un niño! —gritó la comadrona al otro lado de la puerta.

Instantes después, Jean-Luc entró y besó a su mujer. Pero Édith seguía tensa, desafiante bajo su caricia.

—He sufrido tanto... —dijo con voz débil—. Si lo llego a saber... Pero tú estarás contento... ¿No es esto lo que querías? ¡La herencia está asegurada!

El médico ya estaba abrochándose el abrigo a toda prisa, diciendo que volvería al día siguiente, marchándose. La comadrona, que por su oficio tenía más obligación de guardar las formas, fue a buscar al «abuelo». Sarlat subió. Besó a su hija y miró al recién nacido. No parecía cansarse de mirar a la criatura, desnuda y enrojecida. Al fin, sus labios se contrajeron lentamente.

—Es cómico... —dijo con voz sorda.

Luego se marchó tan deprisa que, cuando Jean-Luc llegó al jardín, apenas le dio tiempo a verlo subir al coche y partir.

«Este hombre se ha vuelto loco, está claro —se dijo—. O bien...».

No acabó la frase. Pensativo, volvió hacia la vieja casa, que ahora albergaba a un recién llegado a este mundo.

A primera hora de la mañana siguiente, Jean-Luc telefoneó a Liré. Le dijeron que Sarlat había llegado tarde y que aún dormía y que «la señora esperaba estar hacia las diez en Le Vésinet». Se tomó una taza de café, leyó el periódico y regresó despacio a casa. Cuando estaba a medio camino, lo alcanzó un chico en bicicleta, el hijo del dueño del hotel, que le llevaba un mensaje recibido por teléfono. «Venga tan pronto como pueda —leyó—. Ha ocurrido una gran desgracia. Lise».

Aunque se apresuró, no pudo llegar a Liré antes de mediodía. Sarlat había muerto. Inmediatamente después de la llamada de Jean-Luc, Lise había entrado en la habitación de su marido y se lo había encontrado en la cama, ya agonizante. Sarlat se había tomado el contenido de dos tubos de Veronal. No pudieron reanimarlo.

A Jean-Luc se lo contaron los criados, que ese día lo trataron con un respeto y una amabilidad que nunca antes le habían mostrado, ni le volverían a mostrar.

Lise Sarlat se sumía a ratos en la desesperación y a ratos en el estupor. Como no había tenido la sensatez de callar, cuando Jean-Luc llegó a la casa se la encontró ya llena de gente. Eso fue lo que más lo impresionó y lo que nunca olvidaría: todos aquellos desconocidos, que ni siquiera fingían dolor o conmiseración ante la viuda, y que recorrían la casa entera como si fuera suya, buscando y preguntando por documentos que, según ellos, estaban bajo la custodia de Sarlat, para acabar levantando la voz y exigiendo que les abrieran el despacho del difunto.

Entre ellos Cottu, a quien Jean-Luc había visto a menudo en Liré pegado a Langon, pasaba y volvía a pasar muy ajetreado, zumbando como una gruesa mosca sobre un cadáver. Al atardecer, cuando la casa se quedó al fin vacía después de que todo el mundo se hubiera ido, Cottu empezó a rondar a Jean-Luc. Era un individuo grueso, que vestía de negro y tenía la palidez de los meridionales que viven en París, la lívida cara rodeada por una sotabarba negra, la boca extraordinariamente roja y carnosa y unos ojillos vivos y muy brillantes. Se ofreció a ayudar a Jean-Luc en todas las gestiones necesarias y, en cuanto dieron las ocho, lo arrastró al comedor.

Estaban solos. La fuerza de la costumbre había hecho que los criados pusieran la mesa como solían: con el mayor lujo. A Sarlat le gustaba... Las últimas rosas de la temporada adornaban el mantel.

Cottu hizo encender las lámparas.

—¿Queda algo del armañac del pobre señor? —preguntó a los criados, y luego se volvió hacia Jean-Luc—. ¿Me permite, mi querido amigo? —Él asintió—. Aquí tienen una bodega excelente... —opinó Cottu cuando se marcharon los criados—. Usted no ha debido de aprovecharla mucho... Realmente, no ha llegado en buen momento. Pero por otro lado, ¿quién podía preverlo? Naturalmente, usted no está al tanto de nada...

—Pero pronto lo estaré —respondió Jean-Luc con una sonrisa imperceptible.

—Sarlat no confiaba en nadie y, perdone que se lo diga, en usted, al parecer, menos aún que en los demás. Suele pasar... Pero a usted le gustaría conocer el fondo del asunto, ¿verdad? Por supuesto. Todo París está al corriente y hace días que se esperaba el escándalo o el suicidio. En pocas palabras, la cuestión es ésta. Le ahorraré los detalles de la gestión del banco. Bástele saber que, en condiciones normales, debería estar bajo investigación judicial. Pero he aquí el último episodio. Sarlat necesitaba dinero. Hizo que su banco

redescantara unas letras de favor libradas por la Sociedad de Minas de Villendieu sobre los Moulins Berger, sociedades ambas que le pertenecían. Esas letras se renovaron en dos ocasiones y, a su vencimiento definitivo, no pudieron pagarse. Bien. Sarlat no se asusta. Recuerda que Calixte-Langon, su amigo Calixte-Langon, ahora ministro, era uno de los administradores de la sociedad hasta no hace tanto... Se dice que Langon arreglará el asunto; Langon, que tan fácilmente puede verse comprometido en el inevitable crac. Pero Langon se escabulle, escurre el bulto. Para él, en estos momentos las cosas tampoco van viento en popa, ¿sabe usted? No, claro... Usted, joven, vive tranquilo, tan enamorado de esa encantadora muchacha... Por cierto, qué golpe para ella... Y no se da cuenta de lo difícil que es la vida para la gente con posición... Ahora, a Langon lo atacan de todas partes. Recibe a Sarlat... Eso pasó ayer. Duda, le da largas, niega. Porque lo más trágico de todo el asunto es que Langon, créame usted, es un hombre honrado. Nunca ha sabido una palabra de negocios bancarios. Qué le vamos a hacer... No poseemos talentos universales... Langon no entiende nada de lo que le explica Sarlat, teme comprometerse y se dice que Sarlat arreglará el asunto sin él. El ministro sentía mucho aprecio por su suegro. Pero resulta que Sarlat se suicida. Langon no haría algo así. Langon es más listo. Sabe que en París, y en ciertos ambientes, hay prescripción. Para un delito de derecho común, dos años. Para un asesinato, como mucho tres... Pero, verá usted, Sarlat era un hombre que tenía dos vicios. ¿No bebe? —Jean-Luc le tendió la copa en silencio—. Dos vicios... Uno, el que nos interesa en estos momentos, la vanidad. Puede usted buscar a alguien más esnob que ese antiguo tonelero de Libourne, que no lo encontrará. Por besarle la mano a una duquesa, por recibir en su casa y sentar a su mesa al señor embajador, por dar determinada impresión, determinada imagen de sí mismo, ha preferido matarse antes que perder todo eso, que ver cómo se le cerraban ciertas puertas. Desengáñese, poca gente se mata por haber perdido dinero. Es más fácil que lo haga para no desmerecer en la consideración de los demás. Es lo que antaño se llamaba el miedo al deshonor. Es la vanidad. La gente nunca se ve tal como es. Quien tuviera el coraje de confesar «¡Soy un canalla, un ladrón!», sería más fuerte que los demás, estaría salvado. Pero alguien que actúa como un ladrón y que toda su vida ha estado convencido de ser un hombre honrado, que se lo cree, que cree que los demás se lo creen, no soporta ver cómo cambia la idea que puedan tener de él. Y, además, por mucho que se diga... Hay ciertas experiencias que uno se imagina, que nunca ha vivido, pero que se imagina. El juicio, las manos que se niegan a estrechar la tuya, la cárcel... —Cottu se recostó en el asiento y olió el añejo licor. Era un hombre de palabra fácil, gestos amplios y floridos y voz pastosa, animada por el alcohol, la comida y una íntima satisfacción—. Ahora, ¿quiere que le diga cómo se esfumó el dinero? Pero antes, recuerde: Sarlat, austero, silencioso, frío, un hombre que no toleraba ningún comentario indecoroso o simplemente ligero en su presencia. ¿Lo adivina?

—¿Una amante?

—¿Una? ¡Decenas, cientos, miles, mi querido amigo! Pero si ese hombre se arruinó por las mujeres... Es el último de su estirpe, diría yo; después de él no habrá otro igual. Pero su fortuna desapareció en manos de las mujeres. Le gustaban exuberantes, del tipo de Mae West. Y figúrese que nadie lo sabía. Ni el propio Langon sospechaba nada. A mí me habían llamado la atención algunas cosas... —Cottu hizo una pausa y bajó la voz—. Me había enterado de que cierta casa de París vivía exclusivamente de la esplendidez de su suegro. Tenía unos gustos...

—Entonces, si lo he entendido bien, no queda nada.

—¡Ah, eso no lo sé! Habrá que esperar al inventario. Pero las deudas deben de ser

muy superiores a los activos.

—¿La muerte de mi suegro pondrá fin a todos los sumarios judiciales? ¿Habrá un proceso?

Cottu abrió los brazos.

—¡Eso tampoco lo sé! Depende de las posibilidades de Langon. Depende de muchas cosas. Pero en lo que a usted concierne, creo que lo más sensato sería renunciar a la herencia. En relación con eso, tengo entendido que su suegro le había regalado mil acciones del Banco Sarlat... Esa cantidad es exacta, ¿verdad? El resto de las acciones, al menos las que la ley le permitía poseer, las había vuelto a comprar, las tenía él, él solo... Eso también es típico. Era un tiranuelo... Usted debe de saber algo de eso, ¿no? Todo esto es bastante terrible para usted, joven, pero instructivo, muy instructivo. Ve usted la vida sin maquillaje. Los hombres son unos ca...

—Eso es precisamente lo que me dijo mi suegro anoche —dijo Jean-Luc.

—¿Cómo? ¿Lo vio?

—Sí.

—¡Ah! —se limitó a exclamar Cottu, que volvió a recostarse en el asiento y se acarició la barba. Al cabo de unos instantes, miró sonriendo a Jean-Luc—. En caso de necesidad, disponga de mí, mi querido amigo... ¿Me lo promete?

—Claro —murmuró Jean-Luc.

Un criado entró diciendo que la señora estaba junto al difunto y que reclamaba a los caballeros. El resto de la noche no fue más que lágrimas y gritos de Lise. Al llegar la mañana, Jean-Luc veló a su suegro durante unas horas. Miraba al muerto a la cara. Se habían aclarado muchas cosas. Sin embargo, qué sombrío le parecía su propio futuro.

Tras la muerte de Sarlat no quedó nada. En unas semanas, la viuda vio cómo se vendían los coches, los muebles, el saloncito malva y ocre y hasta las primeras ediciones, que apenas alcanzaron los veinte francos por tomo. Para Lise Sarlat, ése fue el golpe más duro. Le mostraban las cifras y no podía creérselas.

—Pero... mis porcelanas chinas, japonesas... ¡Me han robado! —exclamaba.

Aquella mujer, que, como ella decía, sólo había buscado «el lado hermoso» de las personas y las cosas, ahora sólo veía lo malo. Temía la perfidia incluso de la gente más dispuesta a acudir en su ayuda. Jean-Luc, esperando darle una última alegría, había comprado con sus últimos francos el Shakespeare encuadernado en ante gris, pero Lise apenas se lo agradeció.

—Me han robado... —murmuraba, sentada entre los muebles precintados del salón de Liré, con los largos crespones arrastrando por el suelo y cubierta con un velo negro—. Me han robado mi vida entera... Me han robado y engañado —repetía con feroz energía, porque a nadie se le había ocurrido mantener en secreto las causas de su ruina.

Se había agriado como la leche después de una tormenta. Antaño dadivosa y despilfarradora, ahora escatimaba los terrones de azúcar y la ropa vieja. Jean-Luc tuvo que batallar con ella para que consintiera en comprar una lápida para su marido, no porque sintiera deseos de venganza, sino porque ahora cada céntimo le dolía. Había conservado una pequeña renta de su dote y se negó a vivir con los Daguerne, temiendo que se apoderaran de ese dinero; fue a instalarse con una pariente lejana, en provincias.

Entretanto, Jean-Luc había tenido que abandonar la casa de Le Vésinet, que Mathilde Daguerne volvería a ocupar con sus hijos, con la idea de convertirla en residencia de huéspedes. Retomó su antiguo trabajo: vendía hilo de estaño para soldar aparatos de radio y estuches de cosméticos.

Ahora vivían en un piso pequeño, oscuro, exiguo, casi una vivienda obrera, detrás del Jardin des Plantes. Acababan de mudarse cuando Jean-Luc recibió una nota de Cottu citándolo en una cervecería cercana a la estación de Saint-Lazare.

Cottu lo esperaba sentado a una mesa de mármol, aspirando el aroma del chucrut y las salchichas de Estrasburgo con las fosas nasales dilatadas y los relucientes labios entreabiertos y adelantados como en un beso. Estaba radiante. Lo invitó a una cerveza y observó su cansado rostro y su traje teñido de negro, que adquiriría visos verdes bajo la cruda luz.

—Estoy en condiciones de hacerle un favor —le dijo con toda naturalidad, llevándose a los labios la cerveza, cuya espuma le resbalaba por la sotabarba—. ¿Lo recuerda? Cuando murió su suegro le dije: «Disponga de mí». No lo he olvidado.

Se calló, a la espera de una frase de agradecimiento.

—¿Cómo agradecérselo? —murmuró al fin Jean-Luc.

Cottu recostó la ancha espalda en el asiento, apoyó las dos manos en la mesa y miró a Jean-Luc con afecto.

—Mi querido amigo... Figúrese que he encontrado comprador para... ¡Agárrese! ¡Para las acciones del Banco Sarlat!

—¿Las acciones? Pero ya sabe usted que están en manos del notario...

—¡No, no se trata de ésas! —respondió Cottu, limpiándose los gruesos labios, que

reaparecieron aún más carnosos y relucientes entre la negra pelambre de la barba—. Ya sé que están en manos del notario. Pero usted tiene mil de su propiedad, ¿no es así?

—Sí, tal como le dije.

—Bien. Ahora mismo no valen nada; apenas son negociables. Pero yo puedo colocárselas por cuarenta francos cada una. Eso suma cuarenta mil —dijo silabeando enfáticamente—. Cuarenta mil, amigo mío, ni un céntimo menos...

—¿Cómo pueden valer eso? —preguntó Jean-Luc.

—Los negocios, joven, consisten precisamente en vender lo invendible.

—Comprendo. ¿Sabe usted que esas acciones pertenecen a mi mujer?

—A usted le corresponderá convencerla.

—¿Podemos pensárnoslo?

Cottu meneó la cabeza.

—¡Es increíble, aquí nadie sabe ver lo que le conviene! ¡Vamos! ¿No pensará usted que pretendo engañarlo? ¿Quiere informarse sobre su valor exacto? Pregúntele al notario de la sucesión. ¿Acaso cree que va a producirse un movimiento bursátil, que esos valores van a subir? ¿Que valen más? Olvida usted en qué época vivimos, mi querido amigo. Estamos en 1933. La Bolsa está muerta. Sería una operación de mucho riesgo... Además, puedo darle una garantía por escrito de que esos títulos no serán negociados y, si lo fueran, recibiría usted un porcentaje justo.

—Dígame, ¿en qué situación se encuentran exactamente los asuntos del banco?

—Oficialmente están resueltos. Los acreedores depositantes aceptaron un acuerdo. Langon encontró un financiero dispuesto a ofrecer su apoyo mediante algunas contrapartidas razonables. ¿Sabe usted cómo llamo yo a las contrapartidas razonables de los financieros que acuden en ayuda del gobierno? ¿No? Es usted un joven muy inocente... Las llamo suministros para el Estado, la gran bicoca. —Cottu había pronunciado las últimas palabras con un suspiro y un leve adelantamiento de los labios, como el gourmet que habla de un plato exquisito. Se calló, meditó un instante y luego prosiguió—: Pero se barrunta el escándalo... Los responsables reciben ataques de todas partes. En estos momentos, en lo tocante a los negocios financieros, hay un viraje de la opinión pública que es muy curioso observar.

—¿No se ha presentado ninguna denuncia?

De pronto, Cottu pareció desinteresarse del asunto.

—¿Cómo? No... —murmuró—. ¿No quiere que lo invite a una ración de *welsh rabbit*? Aquí lo hacen muy bueno. Pero usted no debe de saber apreciar la comida. Es demasiado joven. Cuando has disfrutado lo suficiente las pequeñas alegrías de la vida, sabes cuáles merecen realmente la pena. Un buen plato, un buen cigarro... De eso es de lo que nunca se cansará. Entonces ¿para cuándo su respuesta?

Jean-Luc se levantó.

—Mañana.

Tras dejar a Cottu, regresó con lentitud a casa. Caminaba abriéndose paso entre la gente sin verla, mientras trataba en vano de descifrar el misterio de aquella compra de acciones. En efecto, no valían nada. Y sin embargo, cuarenta mil francos... Jean-Luc se desesperaba. Tenía dos datos que debían encajar como piezas de un puzle, pero le faltaba información para completarlo. Allí se tramaba algo y, de momento, Cottu manejaba todos los hilos. No le gustaba dejarse manipular a ciegas por aquel individuo. Por supuesto, lo sensato habría sido aceptar con tranquilidad un manejo que, fuera cual fuese, le reportaría cuarenta mil francos, a él, que no tenía más capital que los cuatro chavos que tanto le

costaba ganar. Y, sin embargo, ¿para qué daban cuarenta mil francos hoy en día? Para vivir un año, apenas dos. ¿Y después? No iba a abrir una librería o una bodega, opciones razonables en otras épocas, cuando había inversiones seguras. Podía aspirar a una vida más tranquila, más cómoda, durante unos meses, a ahorrarle a Édith determinadas dificultades materiales que, a sus ojos de mujer joven y antaño rica, eran el no va más, el acabose. Pero con la más triste sinceridad, pensó: «Édith me trae sin cuidado».

La felicidad, el bienestar, la vida misma de su mujer le eran indiferentes. El presente, en su inmediatez, en su plenitud, impedía pensar en nadie que no fuera uno mismo. Si no, se estaba vencido de antemano. ¡Ah! ¿Qué ocultaban las palabras de Cottu? ¿Qué sabía Cottu que él ignoraba? ¿Qué callaba?

De pronto, volvió a ver la expresión del hombre, su fingida frialdad cuando le había preguntado: «¿No se ha presentado ninguna denuncia?». Se detuvo en seco. Estaba en una calleja desierta. Dio una fuerte palmada. ¡Eso era! ¡Estaba claro! El posible comprador de las acciones, Cottu o cualquier otro testaferro, pondría una denuncia. Para desencadenar el escándalo contra Langon hacía falta una denuncia. El objetivo era Langon, antiguo administrador del banco, ya comprometido, que resistía y seguía a flote de milagro. ¿Y Calixte-Langon no era el jefe de Cottu? ¿A quién se traiciona habitualmente? Era eso, ni más ni menos.

Jean-Luc sonrió.

«Hay alguien que vendería el alma por saberlo... El bueno de Langon... Pero ¿qué puedo hacer yo? Y, sin embargo, es imposible darle armas a Cottu sin saber siquiera cuál será el resultado de la batalla. Eso... eso me parece insoportable. Una intriga, sea cual sea, merece al menos ser seguida. Pero eso no basta. ¡Oh, no, eso no basta! Ese Langon... Tal como yo lo veo, tal como me lo imagino, es fácil de atrapar. ¿Por qué dejar que se hunda sin intentar utilizarlo, como lo utilizó mi suegro, como quiere utilizarlo el inefable Cottu? Sí, pero... ¿cómo?».

Miró la hora. ¿Encontraría a Dourdan? En los últimos meses no lo había visto mucho, pero, instintivamente, en quien primero pensaba siempre era en él, como en la época de la infancia y la primera juventud. Hablando con su amigo, vería claro lo que seguía pareciéndole oscuro.

Dourdan llevaba semanas sin trabajar. Sin embargo, parecía tener dinero. Vivía en la habitación de la rue Férou. Jean-Luc lo encontró allí, a medio vestir, tumbado en el pequeño diván. Cuando Jean-Luc abrió la puerta, su amigo se levantó de un salto, descompuesto.

—¡Me has asustado! —exclamó, y volvió a echarse—. Estaba durmiendo...

Jean-Luc se sentó a su lado.

—Oye, tengo dos datos de un problema que no acabo de comprender —le dijo sin más preámbulos—. Pero creo haber dado con la solución. Dime si te parece acertada.

Dourdan lo escuchó con atención y luego asintió con la cabeza.

—Es eso, no cabe duda. Pero no entiendo qué te preocupa. No tienes más que coger el dinero y cerrar la boca.

—Puede que haya algo más que coger. Pero eso depende de Langon, o más bien de la idea que me he hecho de él. Lo conozco. Me lo imagino de determinada manera que, si es la correcta, puede hacerme rico. Por otra parte, si me equivoco, si no lo conozco, si no he intuido su carácter, perderé a la vez cualquier esperanza y mis medios de acción. En otras palabras, ¿qué es preferible, el dinero contante y sonante, pero en una cantidad pequeña que no me resolverá la vida ni el futuro que ansío, o bien la posibilidad de ganarme a Langon,

de entrar al fin en ese mundo con el que sueño, y esta vez por la puerta adecuada, la de los confidentes, los cómplices?

—Es un juego peligroso.

—¿Por qué? ¿Cuál es el riesgo? Morirse de hambre. Hace tanto tiempo que lo veo venir que ya estoy mentalizado. Además, nadie se muere de hambre, es una forma de hablar. Pero la vida es tan dura que acabas pensando: «Puesto a esforzarte, puesto a correr riesgos, más vale que intentes ganar lo máximo, batir un buen récord».

—Pero tú tienes un hándicap tremendo —replicó Dourdan—. Ciertos riesgos no son compatibles con el ejercicio del matrimonio y la paternidad.

—Yo también lo creía así —dijo Jean-Luc en voz baja—. Pero eso se acabó.

Miró la gran cama, en la que había sido el amante de Édith por primera vez. Buscó la pequeña foto de mujer que había visto esa noche... Allí seguía. ¿Vería algún día a aquella Marie Bellanger? A los quince años, Dourdan y él se habían jurado que nunca conocerían a sus respectivas amantes, para evitar el riesgo de que una mujer se interpusiera entre ellos. En esa época, su amistad les parecía tan valiosa, tan irremplazable... Dourdan nunca había visto a Édith ni tratado de conocerla.

—¿Sigues viendo a esa chica? —le preguntó Jean-Luc de repente.

—Sí. ¿Por qué?

—Por nada. Creía... Últimamente parece tan descontento... —dijo Jean-Luc, eligiendo a propósito las palabras más neutras, más suaves, para expresar lo que pensaba—. En cualquier caso, ¿tienes dinero?

—Tenía. Se ha esfumado —respondió de manera lacónica Dourdan.

Jean-Luc dudó, pero lo miró y no dijo nada. Fue en ese momento cuando comprendió que, como Édith, Dourdan no le importaba de verdad, profundamente. ¡Que cada cual se las apañara como pudiera!

No hizo ninguna pregunta más y Dourdan tampoco abrió la boca. Jean-Luc cogió el paquete de hilo de estaño que había dejado sobre la mesa, murmuró un «buenas noches» y se fue.

De pronto, ya fuera, oyó la voz de Dourdan al otro lado de la puerta:

—¡Daguérne!

Jean-Luc se estremeció. Ese tono de angustia... En el fondo sabía con toda seguridad que una desgracia amenazaba a Dourdan. Pero... ¿qué podía hacer él? Necesitaba su inteligencia, su coraje, sus fuerzas para sí mismo, para él solo. No obstante, esperó un momento. De haberse repetido la llamada, habría acudido. Pero Dourdan no dijo nada. Jean-Luc se marchó. Anduvo a paso lento por la estrecha alfombra clavada al suelo del pasillo procurando no hacer ruido, conteniendo la respiración, para que su amigo creyera que ya estaba lejos, que no había oído su llamada.

El piso que Calixte-Langon conservaba en el bulevar Raspail tenía un aspecto sorprendentemente modesto. «El yerno de Abel Sarlat —había escrito Jean-Luc en su tarjeta de visita—, que desea hablarle de un asunto relacionado con el banco del que fue usted administrador».

Tal como suponía, Langon lo recibió enseguida.

Jean-Luc entró en el despacho. Las grandes sillas tapizadas con imitación de cuero cordobés, de duro e incómodo respaldo, recordaban los muebles que suelen verse en las casas de los abogados de éxito, que no necesitan tener allí al cliente mucho tiempo; al contrario, prefieren librarse de él lo antes posible y quedarse sólo su dossier. Cuando entró Jean-Luc, Calixte-Langon se estaba despidiendo de dos jóvenes en el umbral de la habitación contigua. Uno de ellos llevaba una cámara fotográfica bajo el brazo.

—Den las gracias a su periódico, caballeros —estaba diciendo el ministro—. Gracias por haber dado a un inocente la oportunidad de decir unas palabras en su defensa.

Los periodistas se marcharon. Langon estrechó la mano de Jean-Luc y se sentó frente a él en una alta silla tallada. Aún iba en bata y zapatillas. Su rostro parecía envejecido, agotado, ansioso. Estaba sin afeitarse, desaliñado. Jean-Luc lo miraba con enorme atención. «¿Lo adivinará? Este hombre siempre ha vivido deslumbrado por su ingenio, su elocuencia, su ambición, sus pasiones, su buena suerte. Eso debe de impedirle ver con claridad, como una luz demasiado fuerte delante de los ojos. Sin embargo, está acostumbrado a la gente y sabe juzgarla. Así que lo que voy a hacer tiene su parte de riesgo. Ésa es la gracia del juego...».

—Perdone que venga a importunarlo —empezó a decir—, pero ha acudido a mí una persona... Permítame que no diga su nombre, al menos por el momento... Una persona que desea comprar, con un objetivo que adivino, mil acciones del Banco Sarlat, actualmente en mi poder.

Langon cruzó las manos a la altura de los labios y volvió a separarlas con viveza.

—¿Qué objetivo? —preguntó tras un breve silencio.

—El de presentar una demanda, sin lugar a duda.

Langon no dijo nada. Se esforzaba por permanecer impassible, pero sus ojos, que Jean-Luc siempre había visto brillantes, chispeantes, parecían de pronto apagados y profundamente hundidos en sus cuencas.

—¿Le han pedido que venda esas acciones? —murmuró al fin—. ¿Qué cantidad le han ofrecido?

—Cuarenta mil francos.

Langon suspiró.

—Y, sin duda, viene usted a ofrecerme esas acciones por un precio superior. Se las compraría con sumo gusto y sin regatear. No tengo por costumbre hacerlo cuando me prestan un servicio. Ni siquiera quiero saber con qué intenciones se me ofrece ese servicio. —Se interrumpió y buscó la mirada de Jean-Luc. Luego tendió la mano hacia el paquete de cigarrillos, cogió uno, lo volvió a dejar sin encenderlo y, bajando la voz, prosiguió—: En otros tiempos, habría usted hecho bien viniendo a verme. Pero ya no tengo dinero, señor Daguerne. Sí, eso puede, eso debe de parecerle increíble. Un político cuenta con el apoyo de su partido, que acude en su ayuda en momentos tan trágicos como el que estoy viviendo.

En cambio, yo... Yo estoy desamparado, señor Daguerne, estoy solo. Mis antiguos amigos están dispuestos a lanzarme por la borda, ¡a mí, a mí! ¿Puede usted creerlo? A mí, que, modestia aparte, puedo considerarme el único hombre de Estado digno de ese nombre que mi partido ha dado o vaya a dar... Porque, en fin, usted me conoce, sabe el poder que mis palabras tienen sobre la juventud, por ejemplo. ¡Bueno, pues es a mí a quien quieren hundir! Los muy insensatos no comprenden que se hundirán conmigo. Soy el alma del partido, ¿comprende usted? Soplan vientos de pánico. Y me arrastran. Creen que sacrificándome evitarán que el descrédito caiga sobre ellos. ¿Y de qué se trata?, se preguntará usted. De hurgar en mi vida, en mi pasado. Respondo de la honradez del más insignificante de mis actos. Por lo demás, fijese, ahí tiene la prueba, la mejor prueba. Me es imposible aceptar la transacción que me propone porque no tengo el dinero necesario. Ahí tiene, en toda su crudeza, el hecho lamentable pero cierto. Porque si yo hubiera actuado como me reprochan, si me hubiera enriquecido al servicio de Sarlat, ese dinero sería para mí una fruslería, una miseria. Eso cae por su propio peso. Pero estoy cansado de defenderme como si fuera culpable, cansado de la lucha política, que no me ha dado más que disgustos. No, no me contradiga... No ignoro las satisfacciones de la ambición, del éxito, pero ¿qué es todo eso para mí? Por supuesto, usted sólo ve en mí al personaje público, al maniquí, por así decirlo, para uso de la multitud ingrata e ignorante. Pero si supiera lo diferente que soy...

—Lo compadezco —dijo Jean-Luc con voz suave—. En efecto, se defiende usted por reflejo como hombre incomprendido, traicionado por todos. Y encuentra totalmente natural un indigno mercadeo por mi parte. Sin embargo, yo venía a verlo con otra intención. Pero ahora ya no me atrevo a hablarle con franqueza. Le parecería tan..., tan ingenuo. En cuanto al conocimiento de la malicia y la avidez del ser humano, le ruego disculpe mi juventud y una cierta inexperiencia —añadió Jean-Luc con una encantadora mezcla de respeto y leve ironía—. Figúrese que había acudido a usted para rogarle que aceptara esas acciones, puesto que pueden serle útiles, o, al menos, a preguntarle cómo debía actuar para ayudarle en lo posible. No quería pedirle nada a cambio, pero, se lo repito, el puñado de frases, tan dolorosas, que acaba de pronunciar me han enseñado más cosas sobre la naturaleza humana que todos los libros que haya podido leer, y me siento tremendamente incómodo. ¿Quién sabe qué oscuros designios descubrirá usted en este deseo tan sencillo de acudir en ayuda, en la medida de mis posibilidades, de un hombre al que admiro?

«¿Será una trampa demasiado burda? —se preguntó Jean-Luc—. Ninguna lo es cuando está enviscada con halagos. Eso es lo único a lo que el ser humano no se resiste. Cuando se apela al interés, desconfía de inmediato, se pone en guardia, pero la adulación vuelve a adornecerlo».

—No —murmuró Langon—. Sé reconocer la ingenua generosidad de la juventud en la sinceridad de su voz. No se ofenda si uso el adjetivo «ingenua». Viniendo de mí, no hay mayor elogio. Si supiera lo cansado que estoy de los cálculos mezquinos, de las sórdidas triquiñuelas, de tanto chantaje, de tanto lodo... Pero resulta que un joven como usted, casi un muchacho, se ha apiadado de mí... Porque es eso, ¿verdad? Me conoció en casa de su suegro, me oyó hablar... Sabe que no soy una mala persona. Ha sido testigo de las injurias, del odio que llueve sobre mí a diario. Tal vez un día, una frase mía pronunciada por casualidad, le emocionó...

—¿Cómo lo ha sabido? —le preguntó Jean-Luc, con el rostro encendido por la pasión y por esa deliciosa ingenuidad que con tanta facilidad exhiben los jóvenes en sus facciones y que es su arma más poderosa—. Un día, en aquella mesa en la que no se

hablaba más que de dinero, usted dijo delante de mí: «Sed apasionados. Sed sinceros. Entregaos». Sus palabras, su tono, algo en su voz me... me emocionó. Disponga de mí, señor Langon. No desconfíe. ¿Qué puedo yo contra usted? El azar me ha permitido conocer a sus enemigos, pero, por desgracia, tampoco puedo hacer nada por usted. Sin embargo, la devoción, por ineficaz que sea, tiene un valor que quizá usted sepa apreciar. Y ahora — concluyó Jean-Luc levantándose—, me voy. Aquí tiene mi dirección. Se lo repito: disponga de mí.

—Gracias —murmuró Langon—, gracias. —Le cogió una mano y la retuvo unos instantes entre las suyas—. Si usted supiera... Me siento reconfortado. Ha hecho muy bien en venir. No sé si esas acciones tienen la importancia que usted les da, pero lo fundamental, lo significativo para mí es saber quién me traiciona. —Por un momento, Jean-Luc pareció dispuesto a hablar. Entrecerró los labios, pero no dijo nada. Langon lo escrutaba con ansiedad. Quería utilizarlo como él quería utilizar a Langon. Jean-Luc jugaba con su silencio como si fuera un señuelo—. Vendrá a verme de nuevo, ¿verdad? —dijo al fin Langon, y su voz de oro acariciaba cada sílaba—. Me gustaría conocerlo mejor. Para mí, usted es la imagen misma de mi juventud, tan apasionada, tan deseosa de servir a un ideal. ¿Qué han hecho conmigo? Vuelva. Le escribiré.

Con esas palabras se despidieron.

Al llegar a casa, Jean-Luc se encontró a su mujer llorando. Se paseaba por las dos pequeñas habitaciones mirando con rabia las paredes, los muebles, el delantal azul de la mujer de la limpieza. El niño lloraba. Édith se arrojó sobre la cama y se tapó los oídos con las manos.

—Aquí me moriré, me moriré...

Jean-Luc la miró sorprendido. La verdad era que se había olvidado de ella. Parecía enferma. Se ofreció a llamar al médico, pero ella se negó como una niña enfurruñada. Después de cenar, Édith quiso apagar la luz y, casi enseguida, Jean-Luc se acostó junto a ella, contento de no verla ni oírla más.

No dejaba de pensar en Langon, en sus palabras. Materialmente no tenía nada. «No tengo nada. No soy nada —se decía—. No dispongo de recursos. Sólo puedo entrar en ese mundo mediante la astucia, a remolque de alguien más fuerte que yo. Pero ¿es fuerte Langon? ¿Dejará que lo hundan? Ése es el riesgo. Aunque, en buena lógica, no debería. Los hombres como él son insumergibles. Además, no tengo otra salida. Si le vendo las acciones a Cottu puedo regatear un poco, tensar la cuerda, sacar cinco o diez mil francos más... Pero eso es todo, no hay más. De modo que debo utilizar lo único de que dispongo: cierto conocimiento de la gente. Langon es un vanidoso que valora por encima de todo la admiración de los demás. Tiene más vanidad que ambición. Los hombres como él buscan en el poder una forma de amor. Ahora está solo, privado de ese tributo de admiración que tanto adora. La amistad fiel y desinteresada de un hombre joven, algo a lo que hasta ayer mismo no hubiera prestado la menor atención, debe de tener ahora para él cierto valor. A saber si después... Pero eso es cosa mía. De eso me encargo yo... Basta con que me deje colarme ahí dentro, conocer la mecánica de los asuntos humanos, actuar entre hombres... Habrá que ser hipócrita, mentiroso, “fariseo”. ¡Sea! No tengo otras armas. Sobre todo, habrá que aceptar la absoluta miseria, mientras que esos cuarenta o cincuenta mil francos me darían uno o dos años de tranquilidad. Pero... ¿y después? Éstos ya no son los tiempos en que uno podía decirse: “Lo que cuenta es salir del paso”. Cuando saliera de este mal paso volvería a estar exactamente en el mismo sitio. Exactamente. La crisis y el desempleo no se habrán acabado. Es un riesgo que hay que correr. Después de todo, mi vida ha consistido en jugar al escondite con la miseria... Sigamos jugando».

Jean-Luc se durmió al fin. Sólo consiguió despertarlo el hambriento llanto del niño. Instantes después, fue consciente de los gemidos de Édith, que había oído vagamente al despertar. Se volvió hacia ella y le tocó la cara: estaba ardiendo. Se quejaba de dolor de cabeza y de vientre. Tenía que levantarse e ir a buscar a un médico: en la casa no había teléfono. Cuando llegó el médico, diagnosticó una infección de ovarios muy grave, dijo que había que operar a Édith ese mismo día y se marchó. Jean-Luc se sentó al borde de la cama. Miraba a Édith cabizbajo. El tratamiento, la clínica, la operación... Para todo eso necesitaba dinero. Tenía que encontrar a Cottu y entenderse con él. «Por esta mujer a la que ya no quiero —se dijo—. ¡No!». Porque ya no podía hacerse ilusiones, no la quería. No sacrificaría nada. No echaría su vida a perder por ella.

—No tengo dinero... —dijo en voz baja—. Sólo nos queda el hospital.

—No quiero ir al hospital —gimió Édith—. Me moriré... No quiero, tengo miedo...

—Sé razonable. Ya no nos queda dinero. Sólo lo justo para comer y comprar leche

para el niño. ¿Entiendes lo que te digo? No tenemos nada. El doctor Blanche hará que te admitan en el hospital.

—¡Consigue dinero! Si me quieres, si me has querido alguna vez...

—Eso, hoy en día, no lo conseguiría ni el amor más grande.

—¡Si me quisieras sabrías cómo hacerlo! Pero tú no me quieres, no me has querido nunca. Te casaste conmigo porque era la hija de Abel Sarlat. Te odio. Moriré, lo presiento, lo sé... ¡Moriré por tu culpa! —Cuando se calmó un poco, volvió a llamarlo—. ¡Jean-Luc! ¿Y esas acciones que íbamos a vender?

«Cottu ha hablado con ella», se dijo Jean-Luc y desde ese momento sólo pensó en una cosa: alejarlo a toda costa.

—Pobrecita mía... Me he informado. Ahora mismo, ese hombre no tiene forma de reunir un céntimo. Y además es un canalla del que hay que desconfiar. Podríamos tener graves problemas. Tal vez más adelante... Te aseguro que es imposible conseguir dinero por ese lado.

Édith le dio la espalda y empezó a gemir de nuevo. Cuando Jean-Luc se le acercaba, ella lo rechazaba. Una mujer puede acabar odiando a quien no ha sabido protegerla de la desgracia.

La ambulancia vino a buscarla a última hora de la mañana y Jean-Luc se quedó solo, esperando la carta que le había prometido Langon.

La esperó durante todo el día. No llegó, ni tampoco al día siguiente. Habían operado a Édith de inmediato. Fue a verla después de comer, a la hora de visita. Vagó por los senderos de cemento, entre los pabellones de ladrillo. Édith estaba acostada en una sala común, con un basto camisón. Casi no la reconoció. Se quedó un momento y volvió a irse, llevándose en los oídos el rumor de los miles de visitantes que avanzaban con lentitud por los pasillos arrastrando los pies, cruzaban las salas, se inclinaban sobre una cama y se marchaban de nuevo. Édith Sarlat ahí dentro... Increíble... Pero, después de todo, estaba hecha como las demás... En aquel hospital había mil mujeres. Si tenía que curarse, se curaría como las otras...

Dos días después, le llegó al fin un mensaje en el que Langon le proponía que comieran juntos.

Estaban solos. Al principio, Calixte-Langon habló de Abel Sarlat. Luego le dijo:

—Tengo curiosidad por saber cómo me ve usted. Habitualmente, el personaje público dista tanto de la persona real, de su auténtico ser... Usted me conoce, me ha oído hablar. Sabe lo que se dice de mí: que soy duro de pelar. Supone que me siento cómodo en medio de este clima de odio. Pues no es así. Nadie en el mundo necesita que lo quieran tanto como yo. El odio me desespera, literalmente. Es un sentimiento que soy incapaz de albergar.

Tenía mucha facilidad para olvidar las injurias que lanzaba contra los demás, se dijo Jean-Luc, que lo miraba con apasionada curiosidad. A su modo de ver, todo dependía del carácter exacto de aquel hombre. Parecía fácil de comprender y sin embargo... «Los seres humanos siempre tienen un lado desconcertante», pensó.

—No hay hombre menos exigente que yo, menos ávido de bienes materiales... —estaba diciendo Langon—. ¿Me cree usted ambicioso? Pero si sólo busco la tranquilidad, la amistad... Viviría en una habitación medio vacía, me bastarían cuatro paredes encaladas, unos libros...

Era sincero, y no sólo de palabra. No podía negarse que las cuatro habitaciones en las que vivía estaban decoradas con sencillez, y parecía sentirse a gusto en ellas. En cuanto

podía, se iba del ministerio y volvía a casa, aseguraba. ¿Qué cebo había usado Abel Sarlat para conseguir mezclarlo en aquellas especulaciones financieras que tan mal habían acabado, que tan mal suelen acabar? Pero tal vez no hubiera habido ningún cebo... Simplemente, la ligereza del político, del hombre importante, mimado por el éxito... Pero Langon era cualquier cosa menos tonto. De vez en cuando, la agudeza de un comentario malicioso ponía de manifiesto su conocimiento del ser humano y su profundo realismo. Sin embargo, parecía no ver esas cualidades en sí mismo, no valorarlas, conceder más importancia a lo que él llamaba «mi sensibilidad», los valores espirituales. Aquel Langon, con su cara pálida y un poco abotagada de meridional cebado por las penas, tenía un lado patético.

Volvieron a hablar de Abel Sarlat.

—La inteligencia de mi suegro... —empezó a decir Jean-Luc.

Langon hizo un mohín.

—Una cierta inteligencia analítica, seca, si usted quiere... —admitió con esfuerzo—. Pero no era un líder, mi querido muchacho. No tenía esa rapidez de visión, de juicio, que constituye el don supremo. Por lo demás, lo que a mí me atrae de las personas no es la inteligencia. ¿Quién no es inteligente hoy en día? Lo que sobra es inteligencia. En cambio, la intuición, la sensibilidad... Sarlat carecía de ellas por completo. Y esa preocupación por el dinero... —Langon abrió los brazos como si quisiera dejar totalmente al descubierto el corazón—. Confieso que no la entiendo...

Poco a poco, ver frente a él a aquel respetuoso joven le hacía recuperar una sensación de plenitud. Sonrió a Jean-Luc, que acababa de pronunciar la palabra «éxito».

—El éxito sólo es una cuestión de costumbre. En cierto modo, se incorpora a tu ser, y ya no puedes prescindir de él, lo confieso; pero no da la felicidad. La felicidad, mi querido Daguerne, son sus veinte años, créame. ¿Qué le falta a usted? No tiene necesidades... La juventud es pobre, pero feliz en su pobreza. Además, hoy en día, ustedes, los jóvenes, tienen gustos espartanos, ¿no es así? Esa vida ruda, las acampadas, los deportes de invierno, las excursiones al aire libre de chicos y chicas juntos, la libertad... ¿Hay algo mejor, más maravilloso? La juventud sólo necesita libertad, ¿no le parece? Si supiera cómo lo envidio... —Langon se sumió en una profunda ensoñación. Luego soltó un suspiro y concluyó—: Bueno, aquí tiene al verdadero hombre que se oculta detrás de lo que yo llamaría el personaje, el maniquí para uso de la multitud. Confíese que le sorprende, confíeselo...

Ahora estaba lleno de ternura y lástima hacia sí mismo. Pero no había olvidado su objetivo: saber quién lo traicionaba en su entorno. Sondeó a Jean-Luc con unas cuantas frases prudentes.

—Sospecho de todo el mundo... De mis amigos más antiguos, de los más queridos. Si supiera usted lo contrario que es a mi naturaleza pensar mal de nadie... Cottu, al que usted conoce... —Langon se interrumpió y miró a Jean-Luc, y éste se permitió el imperceptible parpadeo que acechaba Langon—. Es Cottu, ¿verdad? —exclamó—. ¡Ah, debería haberlo imaginado! Un hombre al que saqué de la nada... ¡Un hombre que me lo debe todo! ¡Cottu! ¡El muy canalla! Él... Eso me duele...

Y realmente parecía romperle el corazón. A Jean-Luc lo asombraba el tenaz idealismo del ser humano. ¿Había algo más natural que ser traicionado por alguien que te debía agradecimiento? Empezaba a comprender que la injusticia del mundo sólo nos parece insostenible cuando nos afecta a nosotros mismos.

Langon se había levantado. Se acercó a la ventana y se quedó mirando la calle largo

rato. Sus gestos más sencillos, inspirados por los sentimientos más sinceros, tenían un carácter en extremo teatral, pero eran los de un actor excelente, que realmente se mete en la piel del personaje y nunca sobreactúa. Sin embargo, Jean-Luc veía en él con toda claridad al hombre habituado a la multitud, que durante años ha sufrido en público, entregado su corazón, proclamado su indignación y sus odios, y que frente a sí mismo no está nunca solo, sino rodeado de una invisible muchedumbre.

—En fin... —dijo, regresando junto a Jean-Luc—. Ahora todos me han abandonado...

—Yo estoy aquí —murmuró Jean-Luc, y el secreto palpitar de su corazón dio a sus palabras un dejo de sorda emoción que sorprendió a Langon.

—¡Ah, mi pobre muchacho! —dijo en un suspiro, y se quedó callado unos instantes.

—Sin embargo, ese Cottu era tan poco parecido a usted... —murmuró Jean-Luc—. Respondía tan poco a lo que usted pide de la gente...

—Yo sólo pido una cosa —dijo Langon con naturalidad—. Absoluta devoción. Pero no a mí, querido muchacho, no a mí, sino a mis ideas.

—Puede usted disponer de mí —respondió Jean-Luc lentamente.

Langon dudó un instante. Luego hizo un gesto de desamparo.

—Sí, pero piense que Cottu se ocupaba de todo. Estaba a mi disposición en todo momento. ¿Podría dedicarme usted todo su tiempo?

—Claro, podría...

—Mire, seamos claros, incluso un poco secos —lo interrumpió Langon—. Es verdad que usted puede serme útil. Sin embargo, por mi parte, ahora mismo sólo puedo ofrecerle un sueldo sumamente modesto. Ochocientos francos al mes. Si está de acuerdo, lo nombro mi secretario. Particular, por supuesto. Junto a mí aprenderá los mecanismos de las pasiones humanas mejor que en ningún libro. En cuanto... en cuanto al asunto por el que vino a verme el otro día, me he informado. Tendrá que firmar algunos documentos que le dictaré. Bueno, queda dicho. ¿Está usted conmigo?

—Completamente —respondió Jean-Luc.

Los ochocientos francos de Langon daban para malvivir. Pasaron tres semanas. Édith no había salido del hospital. La mujer de la limpieza iba a cuidar al niño y Jean-Luc se pasaba todo el día con Langon o haciendo gestiones para él. Lo enviaba a ver uno tras otro a todos sus amigos políticos, con el encargo de encontrar a alguien que lo ayudara, que saliera en su defensa; pero el único apoyo que le prestaban era el consejo de que dimitiera cuanto antes. Lo atacaban por todos lados. Él, sin embargo, no acababa de comprender lo solo que estaba, lo mucho que lo odiaban. Se agarraba a la menor frase de conmiseración que le transmitía Jean-Luc, que a menudo se las inventaba.

—¿Ha dicho que tengo su simpatía? ¡Bah, ya se sabe lo que vale eso! Pero ¿qué palabra ha empleado en concreto? Cuidado, muchacho, eso es muy importante... ¿Tienes la sensación de que realmente siente simpatía por mi persona, por mis ideas? ¿Crees que será capaz de demostrarlo? Tiene miedo, sí, lo entiendo... Él también... Pero por amor de Dios, no se puede dejar que un hombre pague por las culpas de otro. ¿Acaso soy responsable de los robos de Sarlat? ¿Acaso me pidió consejo? ¿Acaso lo sabía yo? Pero hay que resistir, ¿no es cierto?, hay que resistir —repetía Langon, agarrando la mano de Jean-Luc—. Tú confías en mí, muchacho... Si supieras cuánto me anima eso...

Jean-Luc empleaba toda su energía en galvanizar a aquel hombre de temperamento nervioso, que se levantaba tan deprisa como caía, que daba muestras de un coraje extraordinario pero intermitente y que, para sostenerse, necesitaba la admiración de otro ser humano, cualquiera, a condición de que estuviera allí, a su lado, repitiendo: «Su voluntad, su capacidad de trabajo, su inteligencia, su espíritu de líder...».

No es que lo creyera de manera implícita, pero necesitaba el tono de ciertas alabanzas como estímulo para actuar.

No obstante, cuando Jean-Luc acabó de hacer la ronda de sus amistades, Langon pensó en sus adversarios: no hay mejor defensa que un buen ataque. Porque la posición de Langon dentro de su propio partido era insostenible. No le quedaba más que separarse de él ruidosamente. En el plano personal, Armand Lesourd no le deseaba ningún mal. Le daba igual que el partido cayera sacrificando a Langon o sacrificado por él. Había que conseguir que Armand Lesourd ayudara a su antiguo enemigo, mientras éste censuraba la política de su partido y rompía la unidad del gobierno.

Por mediación de Cottu, Jean-Luc se dedicó a acercarse a los dos adversarios. El juego lo apasionaba: las figuras eran de carne y hueso y había que aprovechar sus debilidades, su vanidad, su odio, su miedo. A veces, había que calmarlos, halagarlos; otras, que preocuparlos. Y su propio objetivo parecía alcanzado: lo conocían, se habían familiarizado con los rasgos de su cara y las sílabas de su nombre. «Pregúntele a Daguerne», decían. O: «Daguerne lo solucionará». Para Langon era indispensable, porque siempre estaba allí, porque lo comprendía todo con un simple movimiento de los labios, con un mero gesto de la mano. Qué deprisa aceptaba a alguien aquella gente... Parecía no importarles alimentar y enseñar a sus futuros rivales, a sus enemigos. La costumbre de vivir en público, en permanente representación, los impulsaba a entregar con facilidad, no su confianza, sino la apariencia de una confiada camaradería. Pero a Jean-Luc le bastaba con eso.

Los días se le iban en gestiones, en llamadas telefónicas, en conversaciones. Por la

noche llegaba tarde a casa y volvía a encontrarse con las exiguas y oscuras habitaciones, en las que el niño, mal cuidado, lloraba. Cuando veía a la criatura y a la mujer de la limpieza, con su sucio delantal azul y su humilde actitud de bestia de carga, sentía más remordimiento que al visitar a Édith en el hospital. Pero no quería pensar en eso... Sacrificarse por lo que fuera, por un ser humano o una idea, era un lamentable error. El difunto Laurent Daguerne, ¿no había sido el mejor padre del mundo, el más cariñoso? ¿Y qué había hecho? Nada. Los había dejado pobres y desamparados. Por desgracia, en la tierra ya no había paz para los hombres de buena voluntad...

Una noche, el niño se puso enfermo. Jean-Luc había vuelto tarde y se lo encontró despierto sobre las rodillas de la mujer de la limpieza, ardiendo de fiebre entre los pliegues del viejo delantal azul, que se llevaba a la boca. Otra vez a buscar a toda prisa un médico y una farmacia abierta. Otra vez la angustia, mezclada ahora con una pena profunda, casi insoportable. El médico prescribió baños y una larga lista de medicinas, un tratamiento que Jean-Luc no podría vigilar, puesto que se pasaba todo el día fuera de casa y su mujer estaba en el hospital. No obstante, puso agua a calentar, llenó la bañerita, que había arrastrado hasta la cocina, y metió en ella a la criatura con manos torpes. De pie junto a él, con los brazos caídos, la mujer de la limpieza le dejaba hacer, medio dormida, sin ocurrírsele ayudarlo. Al principio el niño chilló y se resistió. El agua salpicaba el suelo de madera y la ropa de Jean-Luc. La bombillita débil y medio quemada iluminaba la cocina, los biberones sucios, los trapos hechos un rebujo. De repente, el niño se quedó muy tranquilo: flotaba en el agua sostenido por las manos de su padre, mirando al frente con fijeza. Estaba delgado y tenía la carita chupada. «Nunca me ha preocupado su existencia», se dijo Jean-Luc.

Oía aquella respiración jadeante; sentía el contacto del cuerpecillo caliente. En la miserable cocina, junto a la anciana, que se había quedado dormida en la silla, Jean-Luc, mal comido y muerto de cansancio, temblaba de preocupación y pensaba que si el niño moría sería culpa suya, sólo suya. Los reflejos de la luz se agitaban con suavidad en el agua. El niño ya no lloraba, ya no se debatía. Pese al cuidado de Jean-Luc para mantenerle la cabeza fuera del agua, tenía la cara y el fino pelo negro mojados. Seguía mirando fijamente hacia delante, tal vez el movimiento del agua.

Jean-Luc era más responsable de aquel niño de lo que otros padres lo son de sus hijos. Había deseado que naciera. Lo había arrancado de la beatitud de la nada, no por un ciego impulso de amor, sino porque lo necesitaba, porque creía que le daría la posibilidad de acceder a una carrera brillante y a la fortuna. Aquel pequeño, aquel renacuajo, era un ser vivo; ya sufría. «Sin embargo, no lo quiero», pensó Jean-Luc con desesperación. No servía de nada engañarse a sí mismo. En su corazón había tan poco afecto hacia aquel niño como hacia Édith. Había secado en su interior todas las fuentes del amor. Inclina la cabeza, sentía el peso de la criatura sobre su brazo y se acordaba de la noche en que nació. Y de otra, de la noche, muy anterior a ésta, en que deseó, imaginó, reclamó esa vida. Un sordo e insoportable remordimiento le devoraba el corazón. Pero él lo apartaba, lo rechazaba con todas sus fuerzas. «¿Y qué? Después de todo, yo no soy una mujer. ¿Qué importa un niño? Habrá otros, si éste...». Pero no, el niño viviría. ¡Oh, dinero, dinero, rápido! Si hubiera aceptado el trato que le ofrecía Cottu, habría tenido suficiente para cuidar bien a la pobre criatura, para cuidar a Édith, que, pese a todo, era su mujer. ¿No le debía nada? Apretó los dientes. «No, nada... Nada... Ésa sí sabía lo que hacía. No soy responsable de ella». Además, ¿qué podía hacer ya? No podía dar marcha atrás. El mal estaba hecho. Y aunque... Pero ¡no, no! Todo su cuerpo pareció tensarse para rechazar el sometimiento a aquel niño, a aquel deber imaginario, para no aceptar... Entretanto, había llegado el

momento fijado por el médico para sacar al niño de la bañera. Jean-Luc intentó en vano despertar a la anciana. Sentada en la silla, con la barbilla pegada al pecho y un halo de cabellos grises revueltos sobre la cabeza, dormía muerta de agotamiento, soltando ronquidos que parecían estertores. Jean-Luc sacó al niño de la bañera, lo secó y lo acostó como le habían dicho que hiciera. La pobre criatura gemía débilmente. Con manos torpes, lo arrebujó en las mantas y luego acarició con timidez la mejilla del pequeño, que lloró más fuerte. Jean-Luc lo dejó solo y se tumbó en el diván en el que dormía, en el comedor contiguo. Pronto sólo existieron para él los recuerdos del día. ¿Qué haría Langon? ¿Qué diría Lesourd? Si el ministerio caía, Langon formaría parte del siguiente gobierno, entraría en él como triunfador, y Jean-Luc vería confirmada su propia carrera... Pero Langon debía de ser ingrato. «Me tocará la tarea de evitar que sea ingrato —se dijo Jean-Luc—. Sé muchas cosas. Pero no, todo irá bien, todo se cumplirá».

Se agitó largo rato entre las sábanas revueltas y arrugadas, pero acabó durmiéndose. El niño se curó. Esa noche Jean-Luc había conseguido ahogar en su interior los últimos impulsos de su juventud.

Jean-Luc no había vuelto a ver a Dourdan. Una noche en que, excepcionalmente, Calixte-Langon lo había dejado libre antes de lo habitual, cuando llegó a casa, a las diez, encontró a una mujer esperándolo. Édith había vuelto del hospital el día anterior, pero tenía que guardar cama. La desconocida estaba sola, sentada en el pequeño comedor. Al ver entrar a Jean-Luc se levantó.

—Vengo de parte de Dourdan —dijo—. Soy Marie Bellanger.

Jean-Luc la había reconocido al instante, pero se había llevado una decepción: era una mujer baja y delgada, con un cuerpo frágil y una cara muy pálida, sin una pizca de maquillaje, casi demacrada. Vestía de forma modesta, casi pobre, con una falda oscura, una chaqueta corta de piel raída con los bordes gastados y una boina negra. Se la quitó con un gesto de impaciencia y en ese instante Jean-Luc reconoció el peinado de la foto: el pelo rubio un poco largo, tocando el cuello delgado, lo que él llamaba un «peinado de arcángel».

Con un gesto le indicó que se sentara. En la habitación de al lado, el niño lloraba. Jean-Luc sentía la opresión, la irritada tristeza que siempre le producía el ambiente de la casa.

—Aquí no hay quien se entienda... —dijo de pronto—. Acompañeme a algún sitio, a un café cualquiera. Así podremos hablar.

—No, no, llevo más de una hora esperándolo... —respondió Marie—. Escuche —continuó, bajando la voz—: Han detenido a Serge. Para que retiren la denuncia hacen falta cincuenta mil francos. Me he pasado el día yendo de puerta en puerta. Pero no tengo a nadie, estoy sola, no puedo hacer nada... Nada —repitió con un gesto de desesperación, una trágica mueca de la temblorosa boca—. Pero he conseguido eso: si se devuelve el dinero, retiraran la denuncia.

—Serge, detenido... —murmuró Jean-Luc—. Pero ¿por qué?

—Falsificación —respondió Marie—. Yo veía que había conseguido dinero, pero no podía imaginar algo así; ni se me había ocurrido... ¡Si lo hubiera sabido, Dios mío! Lo han detenido esta mañana. Y no tiene a nadie en el mundo. Sólo a usted. Usted es su amigo...

—Ya ve cómo vivo... —dijo Jean-Luc, mostrando el comedor pequeño y oscuro y los míseros muebles—. ¿De dónde voy a sacar cincuenta mil francos?

La mujer lo miró con intensidad. Luego encorvó los hombros, cogió el viejo bolsito negro que había dejado sobre la mesa y se dirigió a la puerta.

—Sí, claro... Perdome, ya no sabía a qué puerta llamar. Está perdido —dijo antes de salir.

Jean-Luc hizo un gesto para retenerla, pero ella ya se había ido. Se acercó a la ventana y la vio cruzando la calzada. Caminaba muy deprisa. En la esquina de la calle, la oscuridad pareció tragársela. Jean-Luc sentía la impotencia y la angustia de quien, de pie a la orilla de un río, ve a otro ser humano debatiéndose en el agua, sin poder ayudarlo. Sin embargo, tenía que intentarlo. No podía abandonar a Dourdan. Pero ¿qué iba a hacer, por Dios?

«Quizá Langon...», se dijo.

Pero Langon no movería un dedo por alguien que merecía la cárcel; sabía perfectamente que vigilaba hasta el menor de sus pasos. Y, dado el juego al que jugaba,

también Jean-Luc tenía que andarse con ojo.

Con lentitud, se dirigió al dormitorio y se acostó junto a Édith. Al día siguiente volvió a pensar en Dourdan, en ir a verlo, en buscarle un abogado... Luego tuvo miedo. Cualquier gestión podía comprometerlo a él y, de rebote, a Langon. Pasó el tiempo. Abandonó a su suerte a Dourdan.

No volvió a verlo hasta meses después, con motivo del juicio. Ese día, Langon debía responder al fin a las interpelaciones registradas en la oficina de la Cámara en relación con el escándalo Sarlat. Jean-Luc le había escrito el discurso. El ministro se había limitado a señalarle las grandes líneas. En eso consistía el trabajo de un líder; lo demás eran nimiedades que podía resolver un subordinado. Jean-Luc también había llevado todas las conversaciones preliminares, lo que convertía la sesión de ese día en un drama con un argumento que estaba escrito de antemano, pero cuyo desenlace dependía del capricho, de las imprevisibles reacciones de una muchedumbre.

Unas horas antes de iniciarse la sesión de la Cámara, Jean-Luc entró en el Palacio de Justicia, donde se decidía la suerte de Dourdan ante una sala desierta. Lo defendía un abogado de oficio; era de origen extranjero y apenas hablaba francés. Dourdan fue condenado a cinco años de cárcel.

Las tribunas de la Cámara albergaban entre sus columnas a una muchedumbre que esperaba inmóvil a sus grandes tenores con silencioso placer. Apreciaban la precisión y la profundidad de las palabras mucho menos que las modulaciones de voz, la belleza de una frase, de un gesto, de una exclamación. Abajo, la sala seguía vacía; las estatuas, las blancas hornacinas y las columnas de estuco estaban adornadas con colgaduras rojas, cuyo color ya no evocaba la sangre de las revoluciones, sino la púrpura y la pompa de los teatros.

—Hoy —decía el público de las galerías superiores con una expresión de regocijada curiosidad—, Calixte-Langon hablará del asunto del Banco Sarlat. Está muy comprometido. ¿Lo ha oído usted alguna vez? Es bueno...

Era un atardecer de enero, suave para esa época del año. Un viento primaveral, furioso, barría los muelles del Sena, y Jean-Luc, que los había recorrido al salir del Palacio de Justicia, conservaba en sus encendidas mejillas la mordedura de aquel aire frío y puro. Le había cedido el asiento a un anciano y ahora estaba de pie, apoyado en una columna. Desde lo alto de aquella extraordinaria tramoya que era la tribuna del orador, dominada por el ingrátido andamiaje donde flotaba el presidente de la Cámara, Calixte-Langon iba a pronunciar frases escritas por él, Jean-Luc Daguerne. Iba a interpretar su personaje con una partitura orquestada por él.

¿Cómo acabaría el espectáculo? ¿Con el triunfo de la vedette o con su desaparición, su salida de escena, su ruina y su muerte? El destino de Calixte-Langon oscilaba entre los dos edificios en los que ese día había estado Jean-Luc: la Cámara de los Diputados y el Palacio de Justicia. Si las cosas iban mal, no había duda de que también Langon conocería la fría sala de la audiencia, el mismo sitio donde hacía poco Dourdan...

Jean-Luc sacudió la cabeza: no debía pensar en Dourdan. Era literalmente insoportable. Tenía que centrar toda su atención, toda su pasión en aquello, en lo que iba a ocurrir ese día, en lo que empezaba a hacerse realidad.

Abajo, tras una señal que Jean-Luc no había oído, el patio se había llenado por todas partes. Por todas las puertas, por todos los corredores llegaba gente. En un instante, la muchedumbre de los diputados —los figurantes— había ocupado su lugar en los bancos rojos. Sus rostros expresaban una vaga atención, un cierto cansancio. Durante la legislatura habían oído tantos discursos, habían encarnado a sus personajes en tantas obras, que la emoción de la novedad se había debilitado.

No obstante, se disponían a interpretar con dignidad su papel. Cuando apareció Langon, cuando subió a la tribuna flanqueado por el seto viviente que formaban los ujieres, engalanados con sus cadenas, y frente a ellos los taquígrafos y los periodistas, los diputados lo recibieron con el impresionante gruñido, sordo y profundo, que surge de las entrañas de una multitud y parece satisfacer un instinto musical del ser humano. Como ante los primeros compases de una orquesta, comprendiendo que el espectáculo iba a empezar, el público se inclinó hacia delante con un estremecimiento de júbilo.

Langon inició su parlamento casi de inmediato. El murmullo que ascendía de la sala subrayaba cada una de sus frases, cada uno de sus gestos. Jean-Luc escuchaba fascinado. Qué magnífico actor... Cómo usaba la voz, el rostro, la sinceridad. Quizá hubiera podido reprochársele un exceso de insistencia, un esfuerzo inútil en frases que surtían efecto por sí solas. Sin embargo, la acústica era mala: había que subir el diapason habitual de la voz

humana. Además, las mismas frases habían sido empleadas tan a menudo por diferentes actores que, en cierta manera, se habían gastado, habían perdido su significado, y había que adornarlas con un tono patético o bien teñirlas de ironía.

Cómo lo escuchaban ahora... Había empezado a atacar la política de su propio partido poco a poco, con frases prudentes y breves, y quienes no estaban en antecedentes dudaban, esperaban, temiendo el veneno de la serpiente oculta bajo las flores. De vez en cuando, en las filas de sus adversarios estallaban breves aplausos, que cesaban enseguida, porque aún no veían claro adónde quería ir a parar Langon. ¿Estaba realmente decidido a abandonar a los suyos? ¿Era una hábil finta? Langon los tenía esperando, conteniendo la respiración...

Mas de pronto la voz se alzaba y dejaba caer sobre la multitud largas frases de oratoria que Jean-Luc había escrito, pero que ya no reconocía. Qué distinto aquel hombre del insignificante Langon con bata y zapatillas. Poco a poco, Jean-Luc se olvidaba de su Calixte-Langon para no ver más que al personaje público convertido en espectáculo. Era una sensación extraña. Había empezado conociendo a aquel hombre en su pequeñez, en su debilidad, y ahora lo veía agrandado por el prestigio que rodea un nombre, una cara conocida, por la admiración de sus iguales, por el silencio y la inmovilidad de aquella muchedumbre que lo escuchaba.

Langon había apartado con brusquedad los documentos que tenía ante sí, había bajado de la tribuna y ahora improvisaba, se dejaba llevar por la audacia, la ironía, el sarcasmo, atacaba y halagaba a sus adversarios alternativamente. De vez en cuando, el tono apasionado, casi religioso con que pronunciaba determinadas palabras, como «libertad», «ideales» o «progreso», hacía estremecerse no sólo a la multitud, sino incluso al propio Jean-Luc, con una emoción en cierto modo física, relacionada no tanto con el significado de las palabras, con su contenido, como con la vibración de la voz humana.

Con una sola frase, Calixte-Langon había rebatido las acusaciones dirigidas contra él. Jean-Luc había acumulado pruebas de su inocencia, pero, con certera intuición, Langon las pasaba por alto, las desdeñaba, las suplía, no con cifras o palabras precisas, sino con el lirismo, con la brillantez. A las protestas respondía elevando la voz de tal modo que ahogaba sin aparente esfuerzo los clamores de la sala, lo que producía la misma admiración que la potencia física de la voz de un actor, capaz de llegar a los registros más altos con gracia y facilidad, como si no le representaran un desafío.

Ahora podía permitirse dejarles gritar, porque estaba seguro de volver a dominarlos cuando quisiera. Jadeando, miró a sus pies a los amigos de ayer, a los rivales, a los envidiosos, a los indiferentes, a todos los que lo habían abandonado. Las oleadas de gritos se abatían contra él. Las risas, irónicas, estruendosas, los «¡Jo, jo, jo!» se extendían poco a poco y sacudían los bancos hasta una única e invisible línea que parecía trazada a cordel, más allá de la cual estallaban ruidosos aplausos.

Jean-Luc se dijo que ésa era la fuerza de la multitud, una fuerza temible que no había que menospreciar y que consistía en el número, en la masa. ¿Había enardecido él a aquella muchedumbre? No, él sólo era el oscuro autor. Todo el mérito le correspondía al inigualable intérprete, que ahora volvía a hablar, que sin aparente cansancio hablaba de sí mismo, de su vida, de su corazón. En su voz asomaban notas histéricas, como si le costara contener las lágrimas, pero en lugar de avergonzarse de ellas, estuviera dispuesto a dejarlas brotar, no, resbalar por sus mejillas a la vista de todos. Separando los brazos con un amplio gesto y volviendo a cruzarlos sobre el pecho, Langon mostraba su corazón, su dolor, las pruebas que había soportado y la pureza de sus intenciones. Era el último golpe de efecto.

La ovación estalló. Era un triunfo. Calixte-Langon abandonó la tribuna, vacilante, radiante, rodeado de amigos... El espectáculo había acabado. Sólo quedaba una formalidad, que consistía en derribar al gobierno, confiarle a Calixte-Langon una nueva cartera en la que formarían sus antiguos adversarios y darle a Jean-Luc un puesto de jefe de gabinete. El mundo ofrecía al fin un resquicio por el que entrar, una puerta que se podía forzar.

SEGUNDA PARTE

Cuatro años después, Jean-Luc, que no había vuelto a ver a su familia desde la época de su boda, fue a pasar unas horas a Le Vésinet. La casa se iba a poner en venta.

Claudine acababa de casarse con un abogado de Riom. Su madre y su hermano vivirían con ella. La casa de huéspedes no había tenido éxito. El edificio estaba deteriorado, oscuro, casi en ruinas. En el salón de la planta baja, donde la familia se había reunido para esperar a Jean-Luc, un débil tufo a comida se mezclaba con el olor a lluvia, moho y salitre, que parecía el aliento mismo de las viejas paredes.

Era el principio de la primavera, una estación áspera e incierta. Como antaño, los muebles del jardín estaban guardados en la planta baja. Las bolas del juego de cróquet, cubiertas de verdín, rodaban bajo los pies. En el sitio favorito de Jean-Luc, junto a la ventana, donde se alcanzaba a oír el ruido de los coches que pasaban por la carretera y los silbidos lejanos de los trenes, donde el aliento del mundo exterior se colaba en el claustrofóbico salón, otro muchacho, José, esperaba su hora, su momento de suerte. No conocía más que el colegio y aquella casa, horrible a sus ojos en la soledad del invierno y más horrible aún cuando el verano volvía a traer a los escasos huéspedes. Era un chico que había crecido demasiado deprisa, delgado, moreno, con las facciones delicadas y la frente de los Daguerne, en la que las cejas, al fruncirse, trazaban un fino surco vertical que parecía la marca distintiva de la familia, transmitida a sus hijos por Laurent Daguerne.

Las mujeres cosían; débiles rayos de sol se filtraban entre las ramas de los negros abetos. Claudine estaba embarazada, gruesa y feliz; Mathilde, tan delgada y tiesa como siempre. Hablaban entre sí y sus voces tan pronto descendían hasta el cuchicheo como subían hasta el tono de la discusión más encendida, aunque el motivo sólo fuera el hilo de bordar o el color de un babero. «¡Oh, no volver a verlas, no volver a oírlas!», pensaba José. ¡Irse de allí! ¡Qué sueño! Pero no a aquel triste Riom... Vivir en París, vivir solo en París, vivir al fin... Jean-Luc había estado solo como él, sin dinero, sin ayuda, y había sabido imponerse a los demás, casarse por todo lo alto, triunfar. «¿Por qué no yo?», pensaba José. De la quiebra del Banco Sarlat y de la época de penuria por la que había atravesado su hermano sabía poca cosa. Según decían, ahora Jean-Luc era el rico e influyente protegido de Calixte-Langon. Había logrado la hazaña de escapar de una existencia rutinaria, de los trabajos agotadores, de los sueldos de miseria, de la inseguridad, del tipo de vida que llevaba la gente a la que conocía José, de la que llevaría él mismo. Por supuesto, si se iba con su madre a Riom, tenía garantizado el pan. «Pero eso no es suficiente. No, no es suficiente», pensaba con la frente apoyada en el cristal de la ventana, entrecerrando los ojos para vislumbrar mejor su sueño.

Le habían ofrecido un puesto de pasante en la notaría de un amigo de su cuñado. ¡No, jamás! ¿Trabajar, esperar, sufrir? Sí, pero para conseguir algo importante, brillante, la riqueza, el poder, no el mendrugo de pan que le prometían a cambio de sacrificar su vida. Sabía que tenía que pensar en su madre, ayudarla. ¿Cuántas veces le había dicho ella: «Sólo te tengo a ti»? ¿Significaba eso que debía sacrificarse por ella, encontrar trabajo cuanto antes para cumplir con el deber de alimentarla? No. Había tanta fuerza, tanta decisión en su interior... Pero para él, sólo para él. Era joven. No quería echar a perder su vida por ella. «No me iré —pensó—. Le suplicaré a Jean-Luc... Nunca se ha preocupado de mí, pero vete a saber. Ahora para él todo es fácil. Tiene un nombre, tiene relaciones... ¿No utilizó él

a su suegro en su día? Yo lo utilizaré a él...».

Buscaba en su memoria los rasgos de su hermano. Sólo veía imágenes dispares, que, al sumarse, se corregían mutuamente y formaban un Jean-Luc alejado de la realidad visible, pero quizá próximo a la realidad interior. Un adolescente vagando por el jardín, empapado por la lluvia, con la cabeza al descubierto y las manos hundidas en los bolsillos de un impermeable viejo y descolorido. Un hombre muy joven de rostro tenso, apasionado, desafiante, duro hasta cuando dormía. Durante las noches de verano habían compartido habitación. José recordaba aquel cuerpo semidesnudo, que rechazaba las sábanas con impaciencia. ¡Oh, parecerse a él! ¿Cómo había sabido aquel joven sin relaciones, sin dinero, sin ayuda, conquistar a Édith Sarlat y convertirse en el íntimo de Calixte-Langon, de todos aquellos hombres que decidían el destino del mundo, la paz, la guerra? Por supuesto, a los ojos de José, como a los de todos los jóvenes, los parlamentarios no tenían el menor prestigio. Pero ahora que las renqueantes finanzas habían perdido su atractivo, la forma más visible del poder estaba, pese a todo, en manos de ellos. Jean-Luc había sabido comprenderlo, había sabido utilizarlos. Su carrera no había hecho más que empezar, pero a José le parecía ya culminada. Lo más difícil, se decía —como se había dicho Jean-Luc antes que él—, era saltar las barreras que el mundo levanta entre sus bienes y los deseos de la juventud. Después, todo iría bien, todo sería fácil. Imitar a Jean-Luc, y superarlo... Su admiración por su hermano mayor tenía los rasgos del amor, mezclados con los de una apasionada rivalidad. Ser él, un día, «el Daguerne que ha triunfado». ¿Por qué no?

«Jean-Luc ya tiene treinta años —pensó José—. A los treinta años, eres viejo... Yo...».

—Ya no se ve —dijo su madre—. Enciende la lámpara, Claudine. —La luz proyectó sobre el oscuro cristal la cara de José y, al fondo del comedor, la silueta de las dos mujeres bajo la tulipa amarilla—. Nunca le he pedido nada —dijo de pronto Mathilde, enlazando con sus pensamientos—. Sin embargo, sabe Dios que la vida no ha sido fácil desde que murió tu pobre padre... Pero José es su hermano. No puede desentenderse por completo de la suerte de su hermano...

—Eres una ingenua, mamá —replicó Claudine con una risita seca—. Nunca se ha preocupado de nosotros, no va a empezar a hacerlo ahora. Pero lo que me asombra es la admiración que ha conseguido inspirarte. ¿Por qué? Es jefe del gabinete de Calixte-Langon, es decir, un secretario, un subordinado. Tiene dinero. No es de extrañar. Cuando estás casado con una mujer rica, no es difícil tener dinero.

—¿Y la quiebra de Sarlat?

—¿Arruina esa gente a su familia alguna vez? Todo eso son cuentos. Seguro que le dio una buena dote a Édith. En cuanto a la carrera política de Jean-Luc, no me hagas reír. Ni siquiera es diputado.

—Puede llegar a serlo.

—¿Crees que es fácil? Sabes perfectamente que Maurice se presentó a las últimas elecciones y no salió elegido —dijo Claudine con esa ternura conyugal en la que se juntan el orgullo casi materno respecto al hombre amado y el feroz desprecio hacia el resto del universo—. Maurice, tan inteligente, tan elocuente, tan fino... Y ese pobre, ese insignificante Jean-Luc... No es un gran hombre más que para ti, mamá. Te dejas deslumbrar con demasiada facilidad...

—¿Es tu Maurice quien opina eso de mí? ¿Tantas veces me he dejado deslumbrar? —preguntó Mathilde Daguerne, y sus labios produjeron el viperino silbido que suelen usar las mujeres en las discusiones familiares—. ¡Pásame las tijeras, anda!

—Las tienes ahí. Un poco más y te muerden... Quería decir que te falta experiencia.

—Y tú la tienes, claro... ¡No me hagas reír!

—Me limito a repetir lo que dice Maurice.

—¡Naturalmente!

—Estás celosa de Jean-Luc y al mismo tiempo esperas que ayude a José. Pero eso...

Déjame decirte una vez más que eres una ingenua; harías mejor contando con Maurice. De todos modos, hay que reconocer que tampoco te privas de recurrir a él; sólo que reservas tu admiración para quien no hace nada por ti.

—¡Oh, basta, basta! ¡Callaos! —exclamó José.

Pero no lo oían. Abrió la ventana y se asomó. Huir, escapar de ellas... Pero sus agudas voces lo perseguían. Pensó en Édith, apenas vislumbrada cuatro años atrás, el día de su boda con Jean-Luc. Qué guapa era... Pero había tantas mujeres hoy en día, y tan guapas... Y eran tan fáciles, tan accesibles... Sólo excita el deseo lo que está lejos, fuera del alcance. El éxito, el dinero ya no servían, como antaño, para conseguir el amor de las mujeres; se perseguían por sí mismos, por su propio valor. Un automóvil como el que en esos momentos se acercaba por la carretera, un vehículo bonito y silencioso, era mucho más incitante que la mujer más hermosa del mundo. El coche se detuvo ante la casa. Era Jean-Luc.

—¡Enciende la luz de la entrada! —gritó Mathilde Daguerne, levantándose y corriendo a la ventana con la agilidad de la juventud.

Claudine fingía indiferencia.

—¡Qué coche tan bonito! —exclamó José, con el corazón acelerado.

En realidad, el coche era de Langon, aunque Jean-Luc lo utilizaba habitualmente. Pero eso los Daguerne no lo sabían.

La puerta se abrió ante Jean-Luc, que se detuvo un momento en el umbral para quitarse el sombrero. Vestía con mucha elegancia. Dio un beso a su madrastra y a Claudine y posó la mano en el hombro de José unos instantes.

—Ya eres un hombre...

El primer cambio que sorprendió a José fue el de aquella voz que recordaba muy bien, mejor que el rostro, mejor que las palabras de su hermano. Se acordaba de aquel tono voluntariamente vacío, monótono, neutro, en el que, no obstante, la pasión contenida, una especie de tenso patetismo, hacía vibrar cada palabra. Ahora era suave y uniforme sin esfuerzo aparente, con un dejo muy leve de sarcasmo y, en otros momentos, de cansancio. Jean-Luc había adelgazado. Hablaba muy poco. Escuchaba con una atención que recordaba a la de un gato al acecho. Lo había aprendido —quizá sin darse cuenta— de Calixte-Langon en sus mejores momentos. Luego, de repente, una máscara de hielo cubría sus facciones; los ojos tenían una expresión viva, menos dura que antaño, más prudente, indescifrable. Nada de lo que decían los tres, Jean-Luc, su madre y Claudine, sobre el inventario y la herencia, llegaba a los oídos de José; en cambio, ¡con qué apasionado interés miraba a su hermano! Jean-Luc apenas había echado un vistazo a las paredes y los muebles. No despertaban en él ninguna emoción.

«Eso está bien —pensaba José—. Es lo que hay que hacer. Desprenderse de los recuerdos de juventud como la serpiente se desprende de la piel vieja, sin lamentarlo. Yo en su lugar...».

Se estremeció, esperanzado. ¿Por qué no él? ¿Por qué no? En las siguientes elecciones, Jean-Luc sería diputado, y muy pronto ministro. Y él ocuparía a su lado el sitio que Jean-Luc había ocupado junto a Langon. ¿Era feliz Jean-Luc? Pero ¿qué importaba la

felicidad hoy en día? Lo importante era vivir, ¡vivir! Defenderse... Defenderse de los demás con uñas y dientes.

José no se había movido de su sitio ante la ventana abierta. La señora Daguerne hablaba con agitación. Jean-Luc escuchaba con los ojos entrecerrados. La aguda voz de Claudine se alzó y, por un instante, intentó ahogar la de su madre.

—En toda esta casa —le oyó decir José—, no hay nada que valga más de diez francos.

—Hay cosas que tienen valor para tu hermano —replicó Mathilde con voz agria—, no por el precio que puedan alcanzar, sino por los recuerdos que le traen, ¿verdad, Jean-Luc?

José no oyó la respuesta. Había salido de la casa sin hacer ruido. Esperaría a su hermano en el jardín, se iría con él. Lo vería un momento sin testigos. Conseguiría, si no ayuda, quizá un consejo, ¿por qué no? De repente, se sentía débil y solo.

Cuando apareció Jean-Luc, corrió hacia él.

—¿Podrías llevarme contigo a París? —le preguntó con la voz entrecortada por la emoción—. Le prometí a un amigo... Al llegar, me dejas donde sea.

Jean-Luc se quedó mirándolo y sonrió imperceptiblemente.

—Vamos, viejo amigo...

Luego se detuvo en el último peldaño de la escalera, miró la oscura fachada, el farol de la entrada y las siluetas, apenas visibles ya, de los abetos. Hizo subir al coche a su hermano y se fueron.

Al hablar con José y escuchar lo que le decía, por primera vez en su vida Jean-Luc sentía en su interior ese oleaje de la marea del tiempo del que tan pocas veces somos conscientes. Para José, su hermano era un hombre ya situado, maduro, mientras que el propio Jean-Luc, rodeado como estaba de viejos, se veía a sí mismo en el umbral de su carrera. Sonreía, pero con el corazón encogido. Envidiaba a su hermano. Para José, el éxito seguía teniendo la belleza y el prestigio de un sueño. Por su parte, él, que aún no lo había alcanzado, empezaba a dudar de su existencia. Había éxitos parciales, empañados por las dudas sobre uno mismo, la amargura, la envidia, el miedo... Pero las intensas sensaciones que produce el triunfo, las cosas que seguramente imaginaba aquel chico, eran sueños de niño. Siempre quedaba algo por conseguir, algo más importante, más difícil, inalcanzable. Quedaban los rivales. Quedaba el miedo al fracaso. A la edad de José, hasta el fracaso era estimulante. La juventud encontraba un oscuro placer en el fondo de la desgracia, del desastre. A él le resultaba insoportable incluso imaginarlo. Cuando pensaba en la posibilidad de fracasar en las elecciones, sentía por anticipado una vergüenza intolerable que destruía toda la alegría en su interior. En cambio, cuando veía posible obtener el acta de diputado, la clave de su carrera, no sentía la menor satisfacción. Sí, de acuerdo, sería como Langon y Lesourd, tendría lo que Langon y Lesourd anteponían a la propia vida... ¿Y después?

¡Cómo miraba el coche, su traje, el pequeño José! ¡Con qué respeto le hablaba! ¡Con qué admiración lo escuchaba! Por un momento, Jean-Luc disfrutó de una paz muy poco habitual en el corazón del ambicioso. El camino que a él le parecía tan largo, tan lento, a los ojos de su hermano menor era una carrera fulgurante. Por un instante, su perpetuo descontento se calmó, se desvaneció.

—¿Qué vas a hacer en París? —quiso saber.

—Nada. Pero estaré una noche fuera de casa, ¿comprendes?

—Comprendo.

—¿Eres feliz? —le preguntó de pronto José en voz baja.

«En eso sí que no nos parecemos —se dijo Jean-Luc—. Yo nunca habría preguntado una cosa así de esa forma, a bocajarro. Es menos prudente, menos paciente que yo. —José tenía una tez muy fina todavía, como de chica, que dejaba ver la ola de sangre que inundaba sus mejillas a la menor emoción. Jean-Luc miró a su hermano con perplejidad—. ¿Qué puedo decirle? —pensó—. ¡Comparado con él, claro que soy feliz!».

—¿Para ti qué es la felicidad? —le preguntó a su vez—. ¿El amor, la riqueza, la ambición satisfecha...?

—¿El amor? ¡Bah, eso es fácil de conseguir! Y la riqueza, tal como se entendía en otros tiempos, antes de la guerra, diría que ya no existe, ¿no crees? Quiero decir que el mundo de las finanzas ya no tiene nada de novelesco, ¿no te parece? —dijo José, buscando las palabras y visiblemente irritado consigo mismo por encontrarlas con tanta dificultad y tan poco expresivas—. Ahora está la política.

—Tu madre me ha dicho que te irás a vivir a Riom...

—Sí —murmuró José y soltó un suspiro.

—¡Bueno! También allí puedes tener ambición... —aseguró Jean-Luc—. La ambición es igual en todas partes. Y el éxito también.

—Te burlas de mí, ¿verdad?

—Menos de lo que crees.

En París, Jean-Luc llevó a su hermano a un restaurante de los Campos Elíseos y lo invitó a tomar algo. Había muchas mujeres y a Jean-Luc le pareció que algunas respondían al perfil que podía gustar a un adolescente. Había olvidado que, a la edad de José, también él deseaba otras cosas. Le presentó unas cuantas, pero el chico mostró una indiferencia glacial.

Jean-Luc miró la hora. Era tarde.

—Tenemos que irnos. ¿Quieres que el coche te lleve de vuelta a Le Vésinet?

—¡No, no, por favor!

—¿Dónde piensas dormir? ¿En mi casa?

—No, no te preocupes. Tengo unos amigos que me dejarán una cama para pasar la noche. Si tienes prisa, vámonos.

—Antes debo hacer una llamada —dijo Jean-Luc. José se detuvo en la puerta de la cabina telefónica, pero su hermano le dio un suave empujón en el hombro—. ¡Entra, hombre!

Jean-Luc solicitó el número de Calixte-Langon. Cuando llevaba un momento hablando con el ministro, se dio cuenta de que José no apartaba los ojos de él. Más que las mujeres, más que su aparente riqueza, más que el coche, lo que su hermano envidiaba era eso, su proximidad a Langon, el hecho de que hubiera conseguido entrar en aquel mundo que otorgaba la riqueza y el poder.

—Te parecerá ridículo —dijo José cuando salieron de la cabina—, pero te envidio enormemente. Tengo por delante una vida tan gris, tan difícil... En cambio, tú... Sin embargo, ¿qué puedo hacer? ¿Cuál es el secreto? ¿Hay alguno? ¿El trabajo? ¿La suerte? ¿La inteligencia? ¿Qué se necesita? Dímelo. A mí también me gustaría conseguirlo, triunfar. Te hablo así porque me has hecho beber; si no, no me habría atrevido. Vas a burlarte de mí, ¿verdad? Pues no estaría bien. Tampoco que me dijeras: «Yo lo he conseguido y no vale la pena...».

—¿Y qué quieres que te diga? —contestó Jean-Luc, encogiéndose de hombros—. Hay que conocer a la gente. Seguramente, ése es el único secreto. Pero eso no se aprende. O la conoces por instinto o nunca la conocerás... —añadió, y le tendió la mano—. Buenas noches, pequeñajo.

—Buenas noches —murmuró José, cabizbajo.

Jean-Luc lo vio bajar lentamente por la avenida de los Campos Elíseos. El largo paseo nocturno bajo la lluvia, soñando despierto entre transeúntes que no te conocen, que ignoran tu nombre y tu ferviente esperanza de que un día ese nombre sea famoso, el ansia de éxito y acción que te devora el corazón como ningún amor lo hará en el futuro... Y las pequeñas y oscuras tabernas, los amigos, los chicos como tú, las largas y febriles noches en blanco, el dulce sueño... Eso era lo que ahora le tocaba vivir a José.

Algún tiempo atrás, Jean-Luc había coincidido en un café de Montparnasse con Marie Bellanger, la antigua amante de Dourdan. Éste era la llaga oculta de Jean-Luc. «La única baja de mi vida —pensaba—. Pero qué baja». Aun así, se había acercado a Marie y había hablado con ella, no de Dourdan, porque no habría podido pronunciar su nombre, sino de la propia Marie, en un intento de averiguar si su amigo había cumplido su pena, qué había sido de él. Pero Marie tampoco lo mencionó. Jean-Luc supo que ella seguía viviendo en la rue Férou y sintió el deseo de ver de nuevo aquella habitación. ¿Por qué? Seguramente era el mismo deseo que lo empujaba al Barrio Latino, en el que había vivido antaño, a Montparnasse, donde tantas veces había matado el hambre con un café con leche y un cruasán, incluso a Le Vésinet. Sólo así, midiendo el camino recorrido, conseguía calmar una insatisfacción profunda, casi física, de su corazón. Del mismo modo, cuando seguía a una chica a la que había conocido en la calle, cuando subía con ella a un triste cuarto de hotel, lo que pretendía era avivar el placer del presente recordando la miseria del pasado. Las cortinas de basto algodón rojo, las sábanas frías, el descolorido papel pintado le recordaban que estaba a punto de regresar a un piso lujoso y cómodo junto a la Édith a la que tanto había deseado... Eran los únicos momentos —pensaba Jean-Luc— en los que la imagen de Édith volvía a tener valor...

Marie parecía muy joven y a la vez prematuramente cansada. Menuda y frágil, escurrida de pecho y de caderas, tenía las mejillas enjutas y finas, sin maquillar, y unos ojos que no se iluminaban cuando sonreía y parecían aún más profundos y pensativos cuando reía. Esa primera noche llevaba un triste abrigo negro de piel con el cuello raído y una boina negra, como el día en que había ido a verlo a casa, cuatro años atrás.

Después habían vuelto a encontrarse varias veces y una de ellas, Jean-Luc había regresado con Marie a la rue Férou. Al ver de nuevo el largo y oscuro pasillo, iluminado en uno de sus extremos por una lámpara de gas, había tenido la sensación de que el tiempo no había pasado, de que al entrar vería a Édith tumbada en el pequeño diván, delante de la chimenea. Al llegar ante la puerta de la habitación se detuvo un instante para contemplar, como antaño, la delgada y pálida llama al final del pasillo. De vez en cuando, una imperceptible corriente la inclinaba de un lado a otro, luego la llamita volvía a alzarse y ardía erguida e inmóvil. Allí, ante aquella puerta, había dejado en el suelo los dos pesados candelabros de plata. Qué frío hacía ese día... Qué mal vestido iba, qué desgraciado se sentía, cómo le pesaba el corazón... Esa noche se había jurado conquistar a Édith, había decidido utilizarla como trampolín, y ella casi había sido la causa de su ruina. Tal vez, si hubiera renunciado a Édith, ahora, otra mujer...

En su juventud nunca había sentido una necesidad tan humillante de felicidad, de tranquilidad; la tranquilidad le había provocado más temor que deseo. Como todos los jóvenes, lo único que quería era luchar, triunfar. Pensaba en José y envidiaba la apasionada fuerza de la juventud, que es la única capaz de prescindir de la felicidad.

Esa noche, después de despedirse de su hermano, fue a casa de Marie. Cuando llamó a su puerta y ella preguntó quién era con la voz teñida de esperanza y angustia, Jean-Luc comprendió que la visita que aguardaba no era él.

—¿Esperaba a alguien? —le preguntó en voz baja cuando ella le abrió.

Pero Marie se limitó a negar con un suave movimiento de la cabeza. Jean-Luc entró.

Ella lo invitó a sentarse y preparó té en un infiernillo de alcohol. Los dos guardaban silencio.

—Usted venía aquí con Édith Sarlat, ¿verdad? —le preguntó Marie de improviso.

—Sí. ¿La conoce?

—La traté en tiempos. Ahora es su mujer. Deben de ser felices...

—No sé... Tal vez —respondió despacio Jean-Luc.

Tenía una sensación extraña, ganas de que lo compadecieran, de contarle a aquella mujer, a la que apenas conocía, la tristeza, los desengaños de su vida. Pero le dio vergüenza y calló.

—Yo también me casé con un chico al que quería y que me quería —dijo Marie—. Pero no fui demasiado feliz.

Tenía los ojos clavados en la ventana abierta, inundada por las tinieblas. Miraba el negro vacío con anhelo, con desesperación.

—¿No tiene familia? —le preguntó Jean-Luc—. ¿No ha tenido hijos?

—No tengo ningún hijo y rompí con mi familia a raíz del divorcio. No tengo a nadie.

—¿Trabaja?

—Sí, soy secretaria, dactilógrafa, asesora jurídica y lo que haga falta... en un pequeño despacho. Me pagan tarde y mal, pero por lo menos me pagan. Puedo vivir. En los tiempos que corren ya es algo...

—Yo podría ayudarla.

Marie se quedó callada.

—No necesito nada —murmuró al fin.

Jean-Luc la miró con perplejidad. Aquella pasividad era tan ajena a su propia forma de ser... Sin embargo, sin saber por qué, la de aquella mujer lo conmovía. Algunas —y pensaba en Édith— eran tan duras, tan insolentes, tan soberbias... Otras, después de una desgracia, de la ruina, del descalabro social, se derrumbaban, se rendían, desaparecían. Aquella parecía desamparada, abandonada a su suerte...

—¿Me permite volver a visitarla? —le preguntó.

Por toda respuesta, Marie inclinó la cabeza con suavidad. No sonreía. Lo miraba fijamente, pero sin verlo; parecía buscar en el fondo de sí misma el recuerdo de un rostro, el sonido de una voz que había enmudecido.

Los Daguerne vivían en el último piso de un edificio blanco y nuevo, junto al Bois de Boulogne. A esas alturas, en cuanto atardecía, en las ventanas silbaba un aire que no se oye en las calles de París. Al acercarse a los cristales, se percibía su frío aliento. El cielo estaba tranquilo. En el Bois, las oscuras copas de los árboles apenas se movían, pero allí y en la terraza, frente al salón, el viento soplaba, gemía, aullaba sin descanso.

Esa noche, excepcionalmente, los Daguerne estaban solos.

El piso, las cuatro grandes habitaciones de la parte delantera, la terraza, los cortinajes de blanco tornasolado... Todo estaba montado pensando en las fiestas, en la algarabía de las voces y las risas. Allí la soledad era fúnebre. En el caso de Jean-Luc, las fiestas formaban parte de un estilo de vida adoptado tras una profunda reflexión, porque no le gustaba la gente, pero la consideraba indispensable. Después de una buena comida, todo sucedía con tanta facilidad... El juego de intereses y vanidades era sencillo entre cuatro paredes. La gente iba a su casa para encontrarse con los políticos y, sobre todo, con Langon, invitado fijo. Era extraño... En ciertos aspectos, a Jean-Luc el éxito social le parecía muy lento; en cambio, en lo tocante al dinero, su facilidad le asqueaba. No era rico, pero los cargos, los trabajos, lo que para el común de los mortales requería una suerte inmensa, le eran accesibles, fáciles de obtener. Todo se conseguía no tanto a base de intrigas como por camaradería, por amabilidad, por el deseo de exhibir el poder. La mayor debilidad de aquellos políticos guasones, divertidos, despreocupados, era exhibir su fuerza, despertar admiración, incluso la de alguien que, como Jean-Luc seguía siendo un muchacho a sus ojos. Una palabra, una sonrisa, la bocanada de humo de un cigarro, un «pues el único que puede arreglar eso, muchacho, soy yo... Déjelo de mi cuenta», y el puesto ambicionado se obtenía sin necesidad de esfuerzos sobrehumanos. No era una fortuna, ni mucho menos, sino tres mil francos mensuales por aquí, cuatro mil por allí... Pero eso permitía hacer de anfitrión, vestirse, seguir ampliando el círculo de relaciones y las oportunidades que las relaciones ofrecían. ¿Qué tenían que ver con eso los sueños de poder y la ambición? El éxito, cuando se ve lejos, tiene la belleza de un sueño, pero en cuanto entra en el terreno de lo posible parece sórdido y mezquino.

Édith estaba frente a Jean-Luc, medio tumbada en un diván blanco iluminado por una lámpara, con sus brazos, desnudos y hermosos, libres dentro de la amplitud de las mangas. Era una mujer extraordinariamente bella, de formas más bien abundantes y movimientos lánguidos, pero con un rostro de una perfección y una tersura inigualables. Llevaba una bata blanca de satén que dejaba al descubierto unos hombros magníficos, lisos y suaves como el mármol; se había recogido la rubia cabellera en la nuca y, de vez en cuando, se la tocaba con un gesto distraído y lento, como si acariciara a su mascota favorita.

«¡Qué hermoso animal!», pensaba Jean-Luc.

En su corazón no quedaba nada, ni el menor rastro de afecto por aquella mujer a la que tan apasionadamente había deseado en otros tiempos.

¡Con cuánto amor se había acercado a ella! Jean-Luc nunca se lo había perdonado. Ahora pensaba que era la culpable de su profundo desencanto. Cuando la juventud ha sido plena, apasionada, y el corazón ha recibido su alimento, todo va bien, se alcanza un cierto equilibrio interior. En cambio ellos... Su amor se había deteriorado muy pronto debido al

deseo de venganza, el interés, el cálculo... Tal vez hubiera hecho mal al negarse a entregar su amor a quien no demostrara merecerlo. Puede que la entrega desinteresada de uno mismo fuera la única señal perceptible del amor.

Jean-Luc torció el gesto. El amor... De algo, al menos, no cabía duda: era un sentimiento indigno de un hombre. Ahora él era un hombre, pero en la época en que estaba enamorado de Édith, en la época de su temprana juventud, cuando no era más que un niño, el amor debería haber tenido un sitio, haber existido, haber sido todopoderoso, y ahora, satisfecho, desencantado, habría dado paso de forma natural a otras preocupaciones, otras pasiones. Pero quedaba una sed, un deseo, un sueño...

Soltó un suspiro de irritación y se levantó. Édith volvió la cabeza lentamente y lo miró como si le sorprendiera verlo. A veces, también él se olvidaba de la presencia de su esposa y, de pronto, parecía despertarse sobresaltado y pensar: «¿Qué hace aquí esa mujer?».

No se habían acostumbrado el uno al otro. Pese a los años transcurridos, las pruebas que habían soportado juntos, la intimidad conyugal, el niño, no se habían hecho el uno al otro y, cuando estaban solos, no tenían una sensación de descanso, sino de incomodidad: el deseo de librarse de una presencia molesta.

—¿Aún no te acuestas? —le preguntó Édith con el imperceptible tono de cólera que, sin que pudiera evitarlo, teñía su voz siempre que le hablaba.

—No, todavía no.

—Apaga la lámpara. ¡No, esa otra! ¿No ves que la luz me da en los ojos?

Jean-Luc obedeció. Se acercó a la terraza. De manera instintiva, cuando estaba en casa, todas sus miradas lo llevaban al exterior, a las calles, las oscuras y desiertas calles por las que tanto había vagado de joven, tan solo, tan miserable, tan maravillosamente libre y lleno de esperanzas. Con un suspiro, corrió la cortina de blanco irisado. Édith tenía el capricho de no vestirse más que de blanco, de no querer a su alrededor más que cosas blancas. Ahora estaba con las manos apoyadas en las rodillas. Cuánto se parecía a Abel Sarlat, pensó Jean-Luc de repente. No en las facciones, por supuesto, sino en aquella capacidad de atención, de inmovilidad, aquella zona de misterio y silencio que ambos habían sabido preservar en el fondo de sí mismos. Pero el secreto, tanto el de aquella mujer como el del difunto, era sórdido: sólo la vanidad y la sensualidad se disputaban sus corazones.

Jean-Luc abandonó el salón. El pequeño Laurent, su hijo, vivía en las habitaciones del fondo. Entró en su dormitorio y lo contempló mientras dormía. Era un niño guapo y sano, pero con una lozanía animal, sin espíritu, sin expresión: el vivo retrato de Édith. Jean-Luc nunca se había sentido unido a él, siempre lo miraba con secreta sorpresa: «¿Esta extraña semilla la planté yo?».

La niñera suiza, vestida con una bata blanca, cosía bajo la lámpara. Jean-Luc le hizo las preguntas habituales sobre la salud y el comportamiento del pequeño, pero apenas escuchó las respuestas. Aquel hijo había llegado a su vida demasiado pronto; él estaba demasiado ocupado con sus ambiciones y sus pasiones como para dedicarle una parte de su existencia, como para dar sin pedir nada a cambio...

Ésa, quizá, había sido siempre la barrera entre él y aquel niño, como entre él y Édith: su instinto profundo lo impulsaba a dar, pero esperando, exigiendo a cambio lo máximo por su don. Sin duda, en eso Édith y él se parecían. ¡Qué miedo les había dado siempre que los engañaran, ser, en el amor, el que hace mal negocio, el que se entrega, el que se sacrifica! ¡Con qué mezquindad habían escatimado, regateado su amor! Su amor...

Otra vez, otra vez aquella sed en el fondo del corazón... Jean-Luc hizo un movimiento brusco y el niño se despertó, se apartó los rubios mechones de la frente y volvió los ojos hacia él. Al instante, la niñera le indicó por señas a Jean-Luc que debía marcharse. Pero él no se movió; se quedó mirando a su hijo. El niño hundió la cara en la almohada. Jean-Luc salió.

Apenas eran las diez. Entre el humo de un café de Montparnasse, en una mesa apartada que conocía bien, quizá encontrara a Marie, sola... Entreabrió la puerta del salón.

—Voy a salir... —le dijo a Édith, que no se había movido de su sitio.

Y con un suspiro de alivio, como si volviera a casa después de un largo viaje, bajó a la calle.

Durante las siguientes semanas, Marie Bellanger y Jean-Luc hicieron varias salidas de unas horas por los alrededores de París. Marie siempre aceptaba los planes de Jean-Luc de buena gana, con aquella silenciosa sumisión que tanto lo complacía. Un sábado, él le preguntó adónde quería ir. Ella dudó un instante.

—A Barbizon. Si a usted le apetece... —dijo al fin con una voz temblorosa que lo sorprendió.

Ese año hacía una primavera gélida. Los árboles de mayo, cubiertos ya de hojas, lloraban bajo los fríos aguaceros. El bosque entero chorreaba. El cielo era bajo y gris. En la llanura se oía correr y silbar al viento; en el bosque, el agua escurría de cada rama, de cada arbusto, con el presuroso murmullo de un arroyo. El coche avanzaba lentamente, traqueteando en las rodadas. Habían subido los cristales de las ventanillas y la lluvia las golpeaba con suavidad, murmurando y quejándose sin descanso.

—¡Vaya tiempo! —exclamó Jean-Luc, contrariado—. Volvamos...

Marie negó con la cabeza.

—No, no, por favor...

Se inclinaba hacia la ventanilla y miraba fuera con ansia. En aquella claridad verde, sobre el fondo del chorreante follaje, su tez parecía aún más pálida, casi transparente. Sin saber por qué —tal vez por el contraste con la tranquila y blanca belleza de Édith—, a Jean-Luc, contemplar aquellas delgadas mejillas y aquellas ojeras le producía un placer en el que se mezclaban la lástima y una confusa ternura.

En el hotel donde comieron, el gran comedor estaba vacío y ya oscuro. Ante la ventana crecía un lilo, con las ramas apretadas contra los cristales y las flores vencidas por el peso de lluvia. Marie se asomó y, con una mano, acarició suavemente las húmedas y olorosas corolas, que de vez en cuando agitaba un viento débil.

Ya era tarde. Habían salido de París a las dos y el cielo, cargado de lluvia, se oscurecía. La comida fue larga, perezosa. El hotel y el pueblo entero parecían vacíos.

—Estuve aquí una vez, en invierno, hace mucho tiempo —dijo Marie de pronto—. Hacía tanto frío que no salí en todo el día de la habitación, en este mismo hotel...

Se calló. Nunca había dejado que sus facciones reflejaran tanta emoción. Jean-Luc no se atrevió a preguntarle con quién había estado allí. Tenía miedo de oír el nombre de Dourdan. Se sirvió otra copa de vino y se la bebió de un trago. Al dejarla, le temblaban las manos. Una extraña sensación, aguda y dolorosa, atravesaba como un agujijón el deseo que le inspiraba Marie.

Después de comer salieron del hotel. En una calle cercana había un pequeño bar que Jean-Luc conocía. Caminaron junto a un muro bajo de piedras sueltas y empapadas por la lluvia. A hurtadillas, Marie deslizó la mano por el áspero lomo; parecía acariciar un rostro amigo. Cada dos por tres paraba de llover y luego arrancaba de nuevo. Se oía el sonido del agua, el borboteo de los canalones y el viento que silbaba en la llanura y los campos, alrededor del pueblo. Marie ya no hablaba; miraba las casas, los árboles, la pequeña ferretería en cuyo interior, entre los enseres de cocina, se veía brillar la estrella plateada de un viejo belén. Parecía reconocer cada piedra, cada vuelta del camino. ¿Qué recuerdo buscaba allí? Pasaron ante una fuentequilla situada en el cruce de dos caminos. Marie entrecerró los ojos como para escuchar mejor el murmullo del agua. Luego siguió andando

lentamente. Se había quitado la eterna boina negra y ofrecía el rostro a la lluvia. Al verla tambalearse de repente, Jean-Luc la cogió del brazo.

—¿Qué ocurre, Marie? —le preguntó con suavidad. Por toda respuesta, ella se levantó el cuello del abrigo, tiritando—. ¿Tiene frío? Vamos, caminemos más deprisa...

Ella negó con la cabeza y esbozó una sonrisa, una de aquellas débiles sonrisas que sólo le distendían los labios, pero le dejaban los ojos sombríos, aún más profundos, brillantes por las lágrimas retenidas.

En las casas se encendieron las primeras luces. Luego, se oyó el pesado y lento chirrido de los postigos que se entornaban y el cierre de los pestillos para asegurar las puertas. Estaban solos. El campo parecía aún más oscuro. Aceleraron el paso, más cerca el uno del otro. Jean-Luc le cogió la mano y la mantuvo apretada en la suya. En el horizonte apareció una límpida franja roja y, de pronto, las nubes parecieron alzarse, hacerse más tenues, descubrir un vago reflejo de cielo claro.

El bar estaba en una casita baja rodeada por una terraza con pilares y un jardín lleno de lilos. La sala estaba vacía; sólo había una gata blanca durmiendo en una silla de anea delante de la chimenea. El ambiente apacible, familiar, contrastaba con la decoración del bar y el olor a viejos y excelentes licores que impregnaba las paredes.

—Un fuego... ¡Qué alegría! —exclamó Marie, extendiendo una mano hacia las llamas. Estaba tiritando, pero al cabo de un instante sus mejillas recobraron un poco de color—. ¡Es maravilloso! —dijo y, soltando un profundo suspiro, dedicó una sonrisa a Jean-Luc y le tendió la mano con un gesto de niña que lo emocionó—. ¡Gracias!

Él posó las manos en sus hombros con suavidad.

—Todos tenemos nuestras preocupaciones, nuestros malos recuerdos... Olvidémoslos por unas horas. Mire, ahí tiene un fuego, una gata, un fonógrafo, un champán maravilloso, si usted quiere... ¿Le gusta el champán? ¿Qué más se puede pedir? —Jean-Luc colocó ante la chimenea una mecedora y un cojín—. Con este tiempo del demonio no vendrá nadie. Nos quedaremos todo el rato que quiera...

La dueña del bar, una mujer de pelo blanco peinado en forma de corona alrededor de una cara colorada y sonriente, se acercó a preguntar qué deseaban beber y, tras servirles, volvió a dejarlos solos.

Añadieron leña al fuego y llenaron las copas de champán, tan viejo que ya casi no tenía espuma y su color dorado empezaba a adquirir un tono rosa. Sonaba el fonógrafo. De vez en cuando, los faros de un coche atravesaban la bruma e iluminaban el húmedo umbral, pero no tardaban en alejarse. En la sala empezaba a hacer calor. Jean-Luc abrió las ventanas y escucharon en silencio la lluvia que goteaba sobre las hojas, que empapaba la tierra ya mojada y penetraba en ella con un susurro leve y rápido como una caricia. Había caído la noche, una noche fría y neblinosa, casi otoñal.

La dueña se asomó a la puerta para preguntar si deseaban algo.

—Qué lástima que haga este tiempo tan malo, señor... Habrían podido cenar en el jardín. Tenemos unos lilos tan bonitos, señora... Y eso que les ha faltado sol. ¿Se quedarán hasta mañana los señores?

—No —respondió Marie a toda prisa.

—Aún no lo sabemos —dijo Jean-Luc—. ¿Quiere pasar la noche aquí? —preguntó a Marie cuando se quedaron solos.

Ella estaba sentada ante el fuego, con la cara apoyada en la mano.

—¿Con usted? —murmuró sin mirarlo, tras un breve silencio.

—Conmigo.

—No.

—Podríamos ser tiernos amigos...

—No —repitió Marie con suavidad.

—Bueno... —murmuró Jean-Luc, soltando un suspiro—. Eso sí que es una respuesta clara.

—Tanto como la pregunta.

Jean-Luc se inclinó hacia el fuego y extendió las manos hacia él.

—¿No tiene ningún amante?

—No.

—¿Por qué? —Marie no respondió—. Qué desamparada parece usted... —añadió Jean-Luc a media voz—. Después de una desgracia, algunas mujeres vuelven a levantarse más fuertes, pensando únicamente en morder, como la víbora... Otras se encierran en sí mismas como en una prisión.

—Sí —murmuró Marie—. Como en una prisión.

—Está usted tan sola... No le ofrezco mi amor. Sólo un apoyo, un amigo.

Por fin, Marie se volvió hacia él.

—¡Oh, siga siendo mi amigo! —exclamó, mirándolo con expresión suplicante—. No se enfade. No se vaya. No quiero ser su amante y usted tampoco tiene demasiado interés... No diga nada. Las mujeres no deben de ocupar un lugar muy importante en su vida. Pero yo estoy tan sola... Ya no puedo permitirme perder a un solo ser humano más —dijo de pronto en voz baja.

—¿Y yo?

—¿Usted? Usted es feliz.

—No —respondió Jean-Luc y suspiró de nuevo.

Por fin una mujer a la que no había que intentar vencer o deslumbrar... Era tan humilde que ante ella no hubiera temido mostrar sus necesidades, su absoluto despojo... Fue ese instante, el reconocimiento de su tristeza y la profunda paz que sintió, lo que hizo nacer el amor en él.

Al día siguiente, los Daguerne y Calixte-Langon volvían de un baile bien entrada la noche. La casa en la que vivían sus anfitriones estaba en pleno Auteuil, rodeada de jardines. Para llegar a la verja, donde esperaban los coches, había que andar un buen rato. Édith se había cogido del brazo de Langon, que la guiaba por los senderos empapados por la reciente lluvia. Bajo los árboles ardía la débil luz de algunas bengalas, las que habían tenido a bien encenderse.

Como de costumbre, Édith iba vestida de blanco. Ningún color realzaba tanto su belleza. De vez en cuando, Langon le subía la corta chaqueta de armiño, que le resbalaba por los hombros. Jean-Luc hacía como que no lo veía. Édith vivía con él, en su casa, pero no ocupaba en su ánimo más espacio que cualquier mueble.

Subieron al coche. Langon peroraba. Iba sentado junto a Édith y Jean-Luc frente a ellos, con los brazos cruzados y los ojos bajos. Cuando pasaban por el haz de luz de una farola de gas, Édith se llevaba la mano a los lustrosos cabellos lenta y afectadamente, se los acariciaba y se retocaba el grueso moño, sujeto en la parte inferior de la nuca y atrapado en una redecilla dorada, a la última moda. Se veían brillar sus uñas y el diamante de su anillo. Por su parte, Langon se echaba hacia atrás en el asiento y dejaba de hablar un instante. Se lo veía radiante, rejuvenecido; adelantaba la reluciente dentadura y mordía el cigarro con aires de importancia. Jean-Luc volvió a ver a «su» Langon, el de cuatro años atrás... ¡Qué alegre estaba ahora, qué saludable, qué orondo, qué feliz!

¡Admirable Langon! En esa época, le había dicho a Jean-Luc que lo tuteara. Ahora, cuando Jean-Luc lo hacía, el ministro esbozaba una imperceptible mueca de irritación que ocultaba de inmediato con una risa cordial y un «¡Ay, mi buen Daguerne!». Luego le daba una palmadita en la espalda y abría los brazos con aquel amplio gesto que le dejaba el pecho al descubierto.

—¡Este chico llegará lejos! —decía—. Si me hace caso...

Y volvía a bajar los brazos con lentitud: el hábito de la tribuna le hacía prolongar todos los gestos más de lo que es necesario en la vida corriente. Incluso en el coche, con Édith y Jean-Luc, decía las cosas más sencillas acompañándolas con movimientos de la mano,alzada para atraer la atención, como si se dirigiera a una gran multitud; luego dejaba la mano inmóvil largos instantes, como para permitir al público que la viera bien, porque sabía que la percepción de la gente es lenta. Y por fin la bajaba despacio, pesadamente, con una afectación de aires napoleónicos, hasta la rodilla.

Jean-Luc se acordaba de su llanto... Sí, el bueno de Langon había llorado en sus brazos más de una vez... Lágrimas auténticas, gruesas y amargas.

«Cómo me ensaño con él... —se dijo—. ¿Será que le tengo envidia? ¡Pues claro, por supuesto que sí! Me gustaría tener su puesto. Me gustaría encontrarme en ese momento de la vida en el que todo está encarrilado, lanzado hacia delante por un camino seguro. En toda carrera, después del arranque, hay como un estancamiento. La máquina titubea, el destino titubea... Sientes el desgaste nervioso y, al mismo tiempo, una enorme impaciencia, y por debajo, oculta en lo más profundo de ti mismo, la sospecha de que nada de eso valía la pena».

Jean-Luc suspiró y, sorprendido por el repentino silencio de Langon, abrió los ojos. Sólo fue un instante, pero vio con claridad la mano del ministro rodeando la cintura de

Édith bajo la chaqueta de armiño. Hizo un movimiento involuntario hacia delante y la mano se detuvo de inmediato y se escondió. Jean-Luc volvió la cabeza y miró fijamente la oscuridad a través de la ventanilla. Cuando posó los ojos de nuevo en su mujer y Langon, los vio apartados el uno del otro. Él tenía los brazos cruzados y las manos iluminadas por el ascua del cigarro.

«Así que ésas tenemos...», se dijo.

Conocía lo bastante a Édith como para estar seguro de que tenía una aventura. Miraba a Langon, su prominente barriga, el mechón de pelo que se echaba hacia atrás con estudiada impaciencia, la barbilla pequeña, redonda, firme y partida por un hoyuelo, los chispeantes ojos negros y aquella seriedad de augur que se cree sus propias profecías. ¿Sería amor? ¿Lo que Édith entendía por amor, al menos? No, esta vez sólo era una cuestión de interés. «Siempre ha querido un hombre ya situado», se dijo, acordándose de Bolchère. El sordo dolor que aún sentía le hizo comprender, con asombro, la importancia que aquel insignificante episodio entre Édith y Bolchère había tenido en su vida.

Ahora el coche bordeaba los muelles del Sena. A intervalos regulares, el resplandor de las farolas eléctricas iluminaba el interior del vehículo, en el que todo el mundo guardaba silencio. Jean-Luc tenía los ojos cerrados y había adoptado su postura habitual: los brazos cruzados y apretados con fuerza contra el pecho y la cabeza vuelta a un lado. No obstante, su mujer y Langon se habían ido apartando lentamente el uno del otro. El coche se detuvo ante la casa del ministro.

La discusión entre Jean-Luc y su esposa había empezado con una frase que ambos habían olvidado ya, y ahora oían asustados las palabras que brotaban de sus labios, palabras de odio que parecían emerger de negras profundidades desconocidas para ellos mismos.

Nunca se peleaban. Lo único que sentían el uno por el otro era indiferencia y frialdad, pero de repente una aversión casi animal se había apoderado de ellos. Estaban acostados en la oscuridad, percibiendo con horror la respiración, el calor del otro cuerpo, tan cercano y tan hostil. Aún controlaban sus voces, pero ninguno de los dos encendía la luz de las mesillas de noche, para que al menos las facciones pudieran expresar libremente el dolor y la rabia. Ambos estaban tensos y procuraban mantenerse tan alejados como podían, pero con cada movimiento sus cuerpos, pese a todo unidos, acostumbrados, temblaban de furia juntos, como juntos habían temblado de deseo.

—¡Nunca me has querido! No tienes corazón. Nunca has sentido el menor afecto por mí.

—¿Y tú? ¡Tú eres la digna hija de tu padre, toda vanidad e interés, y nada más!

Édith soltó una risita seca.

—¿Interés? ¡No sé cómo te atreves a pronunciar esa palabra! ¿Qué interés podía tener yo en casarme con un muerto de hambre como tú? ¡Vamos, acuérdate, acuérdate! No tenías ni dinero ni porvenir, ni siquiera trabajo. En cambio, yo...

—¡Sí, ya lo sé, tú eras la hija de Abel Sarlat! ¡Bonito porvenir, bonita garantía! Bonita dote... La casa de subastas, los funcionarios de justicia... Pero ¿acaso te lo he echado en cara alguna vez? ¿Acaso no te he mantenido?

—¿Mantenerme tú a mí? Pero ¿te crees que yo no sé nada, que nunca he sabido nada del embrollo de Langon, como tú lo llamabas? ¿Del asunto de las acciones? Estaba enferma, el niño acababa de nacer, no teníamos un céntimo, nada, lo justo para comer... Una palabra tuya y habrías conseguido dinero, habrías podido cuidarme, salvarme... Pero no lo hiciste... ¿Crees que no sabía lo que tramabas? ¡Vamos, hombre, que no soy idiota! —masculló Édith con la voz teñida de odio—. Yo ya conocía todos esos tejemanejes cuando tú aún no eras más que un pobre estudiantillo que no sabía moverse por un salón ni sentarse a una mesa. Querías ganarte la confianza de Langon, compartir sus secretos, preparar un posible chantaje, hacer carrera gracias a su talento como político... ¡No, no te rías! Estás terriblemente celoso de él, es evidente...

—En absoluto —respondió Jean-Luc con voz tranquila.

—Puede que celos no sea la palabra... Envidia, eso es. No tienes más que envidia y hiel en el corazón. Siempre has sido así. ¿Qué otro marido, qué otro padre habría podido calcular, prever, reflexionar, poner en un lado de la balanza sus posibilidades de hacer carrera y en el otro, mi sufrimiento y el de su hijo? Nosotros dos no teníamos un papel muy destacado en tus planes de futuro, confiésalo. No éramos más que una pesada carga. Si en esa época me hubiera muerto, y el niño conmigo, no te habría disgustado, ¿verdad? Eso era lo que necesitabas. Eso era lo que deseabas.

—Estábamos solos, rodeados de indiferencia, yo no tenía dinero, no tenía trabajo, sólo una esperanza: Langon. Aposté por él. ¿Me lo reprochas? ¿Por qué? La primera que se ha beneficiado de mi egoísmo, de mi ambición, has sido tú... Confieso que no pensaba demasiado en ti. Pero ¿y tú? ¿Te preocupabas mucho por mí? Si hubiera aceptado el

puñado de miles de francos que me ofrecían, en cuanto hubieras recuperado la salud y el buen aspecto me habrías dejado, como piensas hacer ahora. Cuando hubiera gastado el dinero de marras en cuidarte, en darte comodidades y caprichos, ¿qué me habría quedado a mí? ¡Ah, si hubiera podido confiar en ti, si hubiera visto en ti algo de cariño, abnegación...! Podría haber sido sólo tuyo —dijo de pronto Jean-Luc, dirigiéndose no tanto a Édith como a sí mismo—. Puedes no creerme, pero te juro que digo la verdad. ¡Eres tú, tú quien me ha hecho tal como soy! Así que no me reproches nada. Tengo el corazón seco, es cierto, y ojalá eso no cambie nunca, en este mundo de sinvergüenzas y golfas, pero quien ha secado ese corazón has sido tú, ¿o es que no te das cuenta?

—¿Yo? Tú estás loco...

—¿Te acuerdas de Bolchère? —preguntó Jean-Luc, bajando la voz, pero ni siquiera así pudo pronunciar aquel nombre sin dolor, después de tantos años.

—¿Bolchère? Qué memoria la tuya...

—No he olvidado nada —replicó Jean-Luc en voz baja—. Tú me guardas rencor porque te sacrificué deliberadamente, pero tú... tú no soñabas más que con una cosa: recibir de mí la loca adoración que sentía por ti, porque la sentía, y lo sabes... Al principio, en mi amor por ti no había ni el menor asomo de interés o ambición. Eres consciente de ello, ¿no? ¡Sí, querías mi inocencia, mi ternura, mi ilusión, mi juventud, para luego burlarte de mí y casarte con Bolchère! Sí, ya sé que es algo corriente, trivial... Pero también es imborrable —añadió con voz suave.

—Niñerías...

—De niñerías nada... Son las únicas huellas imborrables. Después se olvida. Después se perdona. Mira, sé perfectamente que quieres dejarme por Langon... Pero ¿crees que me afecta? ¡Adelante! ¿Quién te detiene? Adelante...

—¿Langon? Pero ¿quién ha hablado de...?

Jean-Luc se echó a reír.

—El reflejo de la esposa es mentir... Después de todo lo que me has dicho, retrocedes ante eso, esa cosa sin importancia... ¿Cómo quieres que me importe? El bueno de Langon va a serme útil hasta el final. Nosotros no podemos seguir viviendo juntos. Nos haríamos pedazos. Pero ahí está él, a mis órdenes, como siempre... «¿Te estorba esa mujer? ¡Muy bien, yo me encargo!»... ¡Encantador Langon! ¡Y pensar que cree que me engaña! Pero siempre ha sido así... Siempre ha creído que hacía avanzar el mundo, que dirigía el carro del Estado, porque corría detrás de él haciendo sonar su gran trompeta... ¡Bonita pareja vais a hacer Langon y tú!

—¡Vale más que tú!

—Déjalo, anda... No te tomes en serio el papel de mujer del jefe tan pronto... Lo conoces tan bien como yo. Conoces su nulidad, su arrogancia, sus mentiras. Lo prefieres a él porque, de momento, de los dos, él es el mejor partido. Ya lo han derribado y pisoteado, y ha vuelto a levantarse. Así que es el más fuerte... Reinicias tu vida en el punto exacto donde yo la cogí. Es un Bolchère algo más viejo, algo menos rico quizá, pero en cierta forma más seguro, y sabrás manejarlo de maravilla. Está muy bien...

—¿Nos divorciaremos? —le preguntó Édith en voz baja.

—Cuando tú quieras.

—¿Y el niño?

—¿El niño? —Jean-Luc soltó un imperceptible suspiro, pero sabía perfectamente que el niño no le importaba, que no le importaba nada en el mundo salvo Marie—. Se quedará contigo, por supuesto.

Édith respiró aliviada.

—Es lo mejor —dijo ella en voz baja.

No hablaron más. Pero siguieron largo rato tumbados el uno junto al otro, sin dormir, con los ojos abiertos en la oscuridad, conteniendo la respiración y unas extrañas y frías lágrimas.

La tendencia natural de Jean-Luc era intentar someter el destino a su voluntad, pero ahora los peones se le escapaban, jugaban a su propio juego. Era necesario que esa aparente libertad siguiera siéndole útil.

Comía con Langon, lo oía hablar y pensaba: «Separarme de Édith y de él... En mi vida, ella es la forma visible del fracaso. Soy más ambicioso que en la época de mi juventud. Deseo el éxito sentimental tanto como el material. Así que tengo que librarme de Édith y asegurar el bienestar del niño, con el que no puedo quedarme. Édith ha sido un error, una pérdida de tiempo. Habrá otras, habrá otra... Y en la misma jugada separarme de Langon... Ya he cogido todo lo que podía darme, las relaciones, la influencia, el conocimiento del mundo de la política y de sus actores... Ahora puedo prescindir de él. Además, es mi enemigo. Langon aún no lo sabe, pero yo lo presiento, lo veo venir. Sé demasiadas cosas. Lo he visto hundido, lo he visto deshecho en llanto... Eso no se olvida. Que se case con Édith, que los dos estén unidos gracias a mí será un digno final de esta farsa. Y yo seré libre».

Entretanto, hablaba, respondía a Langon, lo escuchaba...

—Mi querido muchacho, te ruego que creas que sé lo que digo, que hablo de algo que conozco perfectamente. Cuando, gracias a mis esfuerzos, se evitó una guerra cuyo desenlace habría sido catastrófico para nuestra civilización latina y habría sacudido los cimientos del mundo, Italia...

En los oídos de Jean-Luc, el timbre metálico de aquella voz que se ejercitaba desde hacía tiempo en las inflexiones sordas, apasionadas, napoleónicas, sonaba como una poesía hábil, elocuente y sin alma. No subestimaba la inteligencia, las dotes de Langon, pero detrás del hombre triunfal del presente siempre entreveía a otro con bata y zapatillas en aquel mismo comedor, agotado, ansioso, solo... Sí, solo... ¡Cuántos amigos tenía ahora el bueno de Langon! El teléfono, colocado entre los dos servicios de mesa sonaba constantemente. Langon cogía el auricular y respondía.

—No es nada —le decía a Jean-Luc después de colgar—. Una felicitación por el discurso del día doce. Una emoción indescriptible. Lo sabía. Mientras lo pronunciaba, tuve una sensación que sólo he tenido una o dos veces en mi vida. Es como si una voz interior me dijera: «Ojo, muchacho. Seguirás siendo brillante, elocuente, profundo, pero no volverás a llegarle al corazón a esta multitud que te escucha más que quizá dos o tres veces en toda tu vida». ¿Y quieres saber cuál es el secreto de ese poder, Daguerne? La entrega absoluta, sin reservas. Ésa es una gran fuerza, muchacho, la fuerza del varón, del jefe. Dominar entregándose. —Se interrumpió y suspiró con encantadora melancolía—. Y, sin embargo, mañana esas palabras se habrán olvidado. O tergiversado, sacado de contexto, para servir a los intereses de los ambiciosos. Pero ¡qué importa! «Dalo todo», ése es mi lema. —Les estaban sirviendo el café. Langon se levantó—. Toma algunas notas. Echo de menos la época en que me hacías de secretario. Quieres volar con tus propias alas, ¿eh, muchacho?

Langon se acercó a él y le tiró de la oreja.

«Es el momento», se dijo Jean-Luc.

—Oye, tenemos que hablar... —murmuró—. De mí...

—¿De ti? —preguntó Langon.

Parecía, no inquieto o sorprendido, sino muerto de aburrimiento por anticipado. Jean-Luc se apresuró a añadir:

—De mí en relación contigo, si lo prefieres...

Los ojos de Langon recobraron el brillo de inmediato. Pero sus facciones habían adoptado la expresión atenta de un gato al acecho.

—Te escucho, muchacho, pero sé breve. Ya sabes la vida que llevo...

Con un cansado movimiento de los hombros, le recordó la carga de deberes y trabajos que pesaba sobre él.

—¿Crees en mi amistad? —le preguntó Jean-Luc tras un breve silencio.

—Me prestaste grandes servicios en un momento de mi vida en que todos me habían abandonado. —Jean-Luc hizo un gesto—. ¡Sí, quiero hablar de ello! —exclamó Langon con énfasis—. Nunca lo he hecho. La vida nos arrastra. Pero en la hora del triunfo me es grato reconocer todo lo que le debo a tu amistad. Tuviste fe en mí. Hay momentos en la vida de un hombre como yo en los que la confianza de un joven, casi un muchacho (¡de hecho, incluso ahora eres poco más que un chaval! ¿Cuántos años tienes?), reconforta tanto como la ayuda más eficaz. No, no he olvidado cómo entraste aquí el día de nuestra primera comida, ni mis palabras, ni nada, en definitiva, de aquellas terribles horas.

—Ese día —dijo Jean-Luc—, recuerdo que me hablaste de ti, de tu verdadero carácter. Me mostraste la diferencia que existe entre el hombre público y la persona privada. Me hiciste comprender que la ambición no es lo más importante de tu vida, que hay otra cosa...

—¿Qué? —preguntó Langon con viveza.

—El amor.

—¡Ay, muchacho! El amor ya no es para mí... El amor y la felicidad los dejo para ti, ¡para la juventud!

—Édith te ama —dijo Jean-Luc con voz suave.

—Pero ¿qué dices? ¿Te has vuelto loco?

—Y tú la amas a ella, Calixte.

Langon palideció. No apartó la mirada, pero sus ojos parecían aún más brillantes, inescrutables.

—¿No crearás... que nosotros...? —balbuceó al fin—. ¿No pensarás que soy capaz de engañarte? Sabes lo que siento por ti. Te considero un hijo, Jean-Luc, siento por vosotros dos un profundo afecto...

Con bastante crueldad, Jean-Luc le dejaba farfullar sin decir una palabra ni hacer un gesto: había aprendido a dominar no sólo su voz, sino todos los músculos de su rostro. La confusión y el miedo de Langon le producían un enorme regocijo.

—No busques nada más allá de mis palabras —respondió al fin—. No sospecho ninguna vileza, ninguna traición por tu parte...

—¡Gracias, gracias! —murmuró Langon.

—Pero no me digas que me equivoco. Sería indigno de ti. Amas a mi mujer.

El otro bajó la cabeza.

—Muchacho, ¿conoces las amargas palabras de un gran escritor inglés? «Lo trágico de la vejez no es que uno sea viejo, sino que sigue siendo joven». Bueno, pues es cierto. He sentido... ¿para qué negarlo? Amor... Yo... —Había empezado interpretando una comedia, se dijo Jean-Luc, y ahora se había creado una imagen de sí mismo que se convertía en realidad—. Quizá no has sabido ser para esa joven el amigo que ella deseaba... Estando a tu lado, he visto crecer su insatisfacción. Al principio la amé por la

amistad que me unía a ti. Ahora... Pero no quiero entrar como tercero en vuestra joven vida, mis queridos muchachos. Separémonos, Jean-Luc. Ella me olvidará.

«¡Ah, no! —pensó Jean-Luc con una ironía que iba dirigida a Langon, pero también a sí mismo—. ¿Quieres hacer el papel de bueno y deshacerte de mí por el mismo precio? ¡Vamos, no serás capaz!».

Dijo que no con un movimiento triste de la cabeza.

—Demasiado tarde, mi querido amigo: Édith y yo nos hemos dicho cosas irreparables. Entre nosotros ya no hay amor. Eres menos culpable de lo que crees. Seguramente no he sabido hacerla feliz. Pero aún no es tarde. Si la amas, olvida los escrúpulos. Es libre.

—Pero ¿y el niño? —murmuró Langon.

—Se lo quedará Édith.

De repente, Langon se acercó a Jean-Luc, lo rodeó con los brazos y lo estrechó contra su pecho. Para su enorme sorpresa, Jean-Luc vio un atisbo de auténtica emoción en su cara.

—¡Una familia, Jean-Luc, un hogar! En el fondo, eso es lo que siempre me ha faltado, ¿sabes? ¡No puedes imaginarte mi soledad! Nunca sabrás lo que he llegado a sentir al veros juntos, tan jóvenes y tan unidos, creía yo... Mis remordimientos, mi amargura... —Langon hizo un gesto con la mano. En sus ojos brillaban lágrimas sinceras—. Es un dilema. Un tremendo caso de conciencia. Por un lado el agradecimiento, la amistad; por el otro el sentimiento de lo que me debo a mí mismo. ¿Puedo rechazar la felicidad cuando al fin se presenta? No vivo sólo para mí. Miles de seres humanos se beneficiarán de la claridad de mis ideas, de mi actividad, de la renovada juventud que me brindará la dicha...

«Tiene una frescura de sentimientos inaudita —pensó Jean-Luc—. Éstos no entienden lo que significa la muerte, el amor o la desgracia hasta que les llega a ellos. De repente, Langon descubre en sí mismo, como un adolescente, lo que generaciones de seres humanos han sentido antes que él».

—Entonces, ¿aceptas? Iniciaré los trámites necesarios de inmediato. El divorcio será fácil...

—Sí. Pero yo no soy culpable en lo que a ti respecta, ¿verdad? —le preguntó Langon, angustiado.

—Claro que no, mi querido amigo...

—¿Y...? —añadió Langon con voz vacilante—. ¿Tu situación a mi lado? Se volverá muy delicada, insostenible... —Se quedaron callados—. Lo cierto es que Armand Lesourd tiene mucho interés por ti... Y sería una lástima que tus grandes cualidades se perdieran para el partido. Se acercan las elecciones. ¿Qué necesitas? Dinero, porque lo demás... Sabes juzgar a la gente, conoces bien los pasillos, tienes habilidad, una palabra todavía un poco seca, un poco monótona, pero una madurez de juicio de la que no puedo sino congratularme. ¡Después de todo, te has formado a mi lado!

—Eso es cierto, mi querido amigo —dijo Jean-Luc mirándolo con un sentimiento en el que el desprecio y el afecto se mezclaban a partes iguales—. A tu lado he aprendido a conocer bien a la gente.

Jean-Luc se sentía menos atraído por la propia Marie que por aquella habitación en aquel barrio perdido, que contenía todo un mundo de recuerdos. Por fin un lugar en la tierra en el que podía dejar de luchar, de estar al acecho de la menor palabra, de fanfarronear, de forzar constantemente una voluntad que tan deprisa se gasta con los años...

En cuanto penetraba en aquel pasillo oscuro, en cuyo extremo temblaba la llama de la lámpara de gas, lo invadía una sensación de paz. Entraba. La ventana estaba abierta. Por lo general era de noche, tarde. Al fin había llegado la primavera, ardiente, impaciente. Los árboles daban a la vez sus flores y sus hojas, que se marchitaban casi enseguida y cubrían el suelo.

En esa estación del año, Jean-Luc siempre había vivido encerrado. Primero en el colegio y más tarde en el cuartel. Luego habían venido los años de penurias, en los que la juventud sólo se ocupa de su propio drama y no ve a su alrededor nada que no sea su propio reflejo.

Ahora podía permitirse al fin una parada, un momento de descanso.

Siempre encontraba a Marie en el mismo sitio, leyendo bajo la lámpara, sentada a una mesa cubierta con un viejo mantel de hule rojo. Tenía la cara delgada y la tez delicada y luminosa. Jean-Luc no se cansaba de mirar sus rubios cabellos, de un rubio oscuro y lustroso, y el dibujo de los finos y cansados labios, con las comisuras muy marcadas. Sin embargo, ni por un momento pensó que fuera amor. Al amor, antes de darle un nombre, una forma visible, hay que abrirle el corazón.

«Esta mujer no me desagrada —pensaba—. Tiene un cuerpo bonito —se decía—. Acabará acostándose conmigo...».

Sabía que Marie no lo amaba, aunque le tenía aprecio, porque era la única persona que iba a verla, que se interesaba por ella. También él se había sentido lo bastante triste, lo bastante desamparado como para comprender lo que puede ser la soledad en medio de una gran ciudad. Marie no tenía familia ni amigos, ni desde luego amante. Se pasaba el día trabajando duramente.

Era extraño... En su momento, Jean-Luc se había sentido atraído por Édith porque era distinta a él, porque la vida lujosa, brillante, feliz que llevaba lo había deslumbrado, había excitado su envidia y su amor propio. En cambio, Marie le interesaba, creía él, en la medida en que entre ambos había alguna similitud, una fraternidad.

Ella hablaba poco, y nunca de Dourdan. Pero le preguntaba por la época del colegio, por los años de la juventud, y, sin que el nombre de Dourdan llegara a pronunciarse, conseguía reencontrar la imagen de su amante, sin que Jean-Luc supiera o deseara comprenderla.

Lo escuchaba sentada a cierta distancia de él y sin mirarlo. Una noche, después de un día sofocante, cuando iban a despedirse, Marie le cogió la mano.

—Quédese... —le dijo con voz suave. Jean-Luc dio un paso hacia ella. Cuando la estaba besando, Marie abrió súbitamente los ojos y, mirándolo con una expresión lejana y asustada, como si acabara de volver en sí, le dijo—: Esto no es amor, no debe ser amor... Luego no me reproche nada. No se encariñe conmigo. Esta noche, me siento tan sola, tan desesperada...

Dejó que la tomara, pero sin despegar los labios, ni para decir una palabra ni para

besarlo.

Édith se marchó y se llevó al niño. Iba a pasar el verano en Cannes, como todos los años, pero en otoño no volvería a casa. Lo más probable era que la sentencia de divorcio se dictara entonces. Langon se había ofrecido para agilizar los trámites. En ciertos momentos, la protección de éste le hacía la vida tan asombrosamente fácil que parecía un sueño. En los sueños, saltamos ríos y montañas con maravillosa ligereza, como en alas del viento. Y, como en los sueños, esa facilidad asombraba e inquietaba a Jean-Luc. A veces reconocía, con temor e irritación, el poder de Langon, un poder que, dirigido contra él... Pero Langon le tenía miedo, se decía, lo trataba con miramientos, y él, por su parte, era lo bastante sensato y tenía la suficiente experiencia como para no provocar a nadie, y menos aún a Langon. Lo conocía demasiado bien.

Cuando Édith se fue, Jean-Luc le dijo que se llevara los muebles y objetos que le gustaran, sin esperar al reparto legal.

—No quiero nada —respondió ella con dureza—. Odio esta casa. Odio todo lo que me recuerda nuestro matrimonio.

Nunca olvidaría que con él había conocido la pobreza, se dijo Jean-Luc. Hay mujeres que son capaces de perdonar la crueldad o la traición, pero consideran que las dificultades materiales deben estar reservadas al hombre en exclusiva. Cuando se fue el niño, aquel niño al que seguramente ya no vería más que en contadas ocasiones, muy de vez en cuando, Jean-Luc sintió una profunda e intranquila pena que quizá fuera el primer y último atisbo del amor paternal en él. Cuando se quedó solo, no se sintió entristecido por esa soledad tan deseada, sino socialmente disminuido. Aquella mujer y aquel niño representaban el Daguerne en que se había convertido, anclado con solidez en la vida, bien situado, rico.

Solo, se veía parecido al joven Jean-Luc de otros tiempos, sin amarras, flotante, libre, demasiado libre...

Esperaba el final del año, el período electoral, cuando tendría el apoyo de Armand Lesourd y su grupo. Podía permitirse no pensar en nada durante unas semanas. Había llegado el verano y las vacaciones de las Cámaras le dejaban esos momentos de inquieto ocio que son lo mejor a que puede aspirar el hombre de hoy en día, lo más parecido a la felicidad.

Pasaba las tardes y las noches con Marie. Todavía no llamaba al amor por su nombre.

«Es una amante agradable... —pensaba. Y—: Esto irá bien hasta otoño...».

Pero lo que su alma aún no comprendía lo sabía ya su cuerpo, que temblaba cuando la veía, cuando la reconocía entre la multitud, en la puerta de un café, en una calle.

A veces, iba a las citas pensando en ella con desgana: ¿Por qué perdía el tiempo con aquella mujer? ¿Qué podía darle Marie?

La esperaba imaginando su cara, la noche que los aguardaba, sin impaciencia, sin deseo. Se abría la puerta y, en el instante en que se decía «Aquí está... Tengo que acordarme de que debo irme temprano, de que tengo trabajo...», en ese mismo instante, su indócil cuerpo se estremecía de alegría y amor.

Marie se sentaba junto a él. Jean-Luc le hablaba, como de costumbre, en un tono ligero, amable, más bien frío, pero, sin poder evitarlo, buscaba su calor, su olor, el contorno

de su estrecha cadera, que atraía hacia sí, de su pecho, que tocaba en la oscuridad del coche. Aguardaba el amor y, más aún, los instantes posteriores al amor, la paz que no encontraba más que en sus brazos. Mecía contra él aquel cuerpo delgado y liviano. Aquella amante, aquella desconocida —porque, ¿qué sabía de ella?—, le inspiraba una profunda ternura que nunca había sentido, ni siquiera por su mujer enferma, ni siquiera por su hijo... Nunca había conocido aquella piedad, aquel entusiasmo del corazón. Qué bien se sentía en aquel humilde cuarto... Con Édith, antaño, incluso en el amor, tenía que imponer su voluntad, proteger su prestigio, vencer, «dar la talla». Ahora, en absoluto. Sin embargo, Marie no lo amaba. Quizá acabara amándolo...

—¿Por qué te acuestas conmigo? —le preguntó un día, acariciándole con ternura la cadera desnuda.

Estaban tumbados en la cama, en la habitación inundada de luz. Eran las seis de la tarde de un largo día de julio. Las flores que le había llevado se agostaban y morían al sol en un estante.

—Porque sí —respondió ella como una niña.

—¿Te gusto?

—No me disgusta —admitió Marie, sonriendo.

Él la tuteaba, pero ella seguía tratándolo de usted. Era de una docilidad absoluta, casi de esclava, pero al mismo tiempo distante.

—Pero... A ver, ¿tienes otros amantes? ¿Los has tenido? Vamos, responde, hay que arrancarte las palabras.

—¿Y eso qué más da?

—¿Y conmigo? ¿Por qué? —le preguntó Jean-Luc en voz baja.

Marie se volvió lentamente hacia él.

—Pues porque yo también tengo necesidades —murmuró.

A veces se expresaba así, con claridad y crudeza, sin embargo, así como Édith, pese a su mutismo, se mostraba por entero en un estremecimiento, en un movimiento de los párpados, a aquella mujer las palabras que decía la ocultaban más que los silencios.

Jean-Luc la miró y meneó la cabeza con suavidad.

—No, no es sólo eso... No es tan simple...

Antes de sentirse ligado a ella, había experimentado un apego casi físico por todo lo que entre los dos acompañaba al amor. Por la fruta que comerían juntos, por el cubrepiés rojo, por el resplandor del sol sobre las sábanas, por el grito aéreo que, procedente de una escuela cercana, atravesaba a determinadas horas las paredes, cruzaba el espacio y llegaba hasta él, que lo oía medio dormido, con el corazón lleno de paz.

Se estaba acostumbrando a la felicidad.

Un día de septiembre, Jean-Luc recibió una carta de Marie: «¿Puede estar a las seis en la estación del Quai d'Orsay, en la cafetería del vestíbulo? Marie».

Desde hacía algún tiempo, la veía con menos frecuencia. A veces la esperaba tardes enteras. Ella apenas respondía a sus reproches, o le decía que había tenido que trabajar, o que estaba enferma. Jean-Luc no quería sufrir. No quería permitirse los celos, las súplicas, las lágrimas.

El día anterior también la había esperado en vano. En un gran café, entre el estrépito de la ruidosa orquesta, había aguardado con los ojos clavados en el reloj. A su alrededor, las caras desaparecían tras una densa humareda. Sólo veía aquella aguja, que descendía lenta, muy lentamente. Las nueve y diez. Las nueve y cuarto. Eso aún no era nada. Marie acudiría. Las nueve y veinte. Aquella puerta que no paraba de abrirse, aquella gente que no dejaba de entrar, que pasaba ante él, que se dispersaba... Y qué espantosa esperanza, cada vez que aparecía en el umbral la silueta de una mujer... Jean-Luc se acordaba de la época en que esperaba a Édith... Pero ¡qué distinto era aquello! Para él, Édith no era sólo una mujer, era la satisfacción del amor propio, un sueño, una criatura en parte real y en parte creada por su deseo y su orgullo. Ésta...

Las nueve y veinticinco... La esfera blanca parecía colocada frente a él adrede para que no pudiera dejar de mirarla. La aguja había pasado el número cinco. ¿Acudiría aún? ¡No, no se iba a presentar nunca, nunca!... Al principio, uno imagina que la mujer a la que espera ha muerto, y le resulta insoportable. Luego ya no imagina nada. Sufre. Sigue esperando. «¿La habrá retenido algo? ¿Estará enferma? ¡No, me engaña! ¡Oh, da igual, el caso es que venga, tener al menos su presencia, su olor! Como mínimo, un instante de paz...». Las diez menos cuarto. Las diez. Nada. Ya no iría.

«Es mejor así. Se aleja. La olvidaré».

Esa tarde, al entrar en el vestíbulo de la estación, estaba casi tranquilo. Abrió la puerta del pequeño café en el que se habían citado. No la vio. Al instante, una sombra de inquietud y una ira ciega inundaron su alma. Volvió al vestíbulo y vagó bajo las cristaleras, oscurecidas por el humo y el temprano anochecer.

«¿Qué hago? —se preguntaba—. ¡Me estoy volviendo loco! ¡No puede verme así!».

Regresó al café y buscó su rostro desesperadamente. ¡Verla, verla sólo un instante! Luego, si tenía que irse, que se fuera. Oía silbar a los mozos de equipajes y esperaba descubrir la silueta, el rostro amado... En vano. Cruzó el vestíbulo y bajó a los andenes. Los caóticos latidos de su corazón lo asustaban. Los trenes llegaban, se iban... Aquellos chillidos estridentes, aquellos extraños gemidos que parecían arrancados por el dolor lo sobresaltaban, pero sólo eran toques de silbato, llamadas, sirenas. De pronto, la vio. Llevaba un abrigo negro, su eterna boina y una maletita en la mano. Se acercó a él.

—¿Por qué no me ha esperado? —le preguntó—. Tengo que irme enseguida. Quería despedirme.

—Pero ¿adónde vas? ¿Qué ha pasado? —Marie no respondió. Le había cogido la mano y tiraba de él—. ¿Te vas por mucho tiempo? —le preguntó Jean-Luc—. ¡Contesta, Marie!

—No lo sé —murmuró ella al fin. Se detuvieron. Estaban pegados a un banco. La gente iba y venía a su alrededor—. Voy a reunirme con Dourdan —confesó Marie—. Lo

han soltado, pero no puede vivir en París. Pesa sobre él una prohibición de residencia. Me voy con él. Me voy a vivir con él.

—¡No te irás! Dourdan y tú...

—Lo amo...

Jean-Luc se había dejado llevar por el orgullo, tan poderoso en el corazón de algunos seres humanos que son incapaces de prescindir de él, como de separarse de su carne y de su sangre.

«Ante todo, no reconocerlo, no mostrar que me afecta...». Y al mismo tiempo, sentía aterrorizado que las súplicas, los cobardes ruegos, pugnaban por brotar de sus labios. Pero resistió y, con un esfuerzo sobrehumano, logró calmarse.

—No sabía nada —murmuró.

—No... Pero siempre le he dicho que un día me iría. Perdóneme... ¡Soy una mujer desgraciada! Usted es feliz, tiene a su familia, su carrera, me olvidará... —Marie se apretó contra él unos instantes—. Perdóneme. Estaba tan sola... Usted no puede entender eso. Pero cualquier mujer me comprendería. Estaba... desesperada. Por tener un amigo, unos brazos cálidos, un cuerpo junto al mío, habría dado el alma... Pero quiero a Serge. Usted sólo tiene ambición y sed de éxito en el corazón. No puede comprender...

—Pero Marie, ¿cómo vais a vivir?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé.

—¡Quédate! ¡Quédate conmigo! Mi mujer se ha ido. Seguiremos juntos. Me casaré contigo. Serás rica. Serás feliz.

De pronto se preguntó por qué nunca le había hablado del divorcio. Realmente eran dos extraños, pero perderla le rompía el corazón.

Seguía sin darse por vencido. Le suplicaba, la retenía, le prometía la riqueza, la felicidad. Algunos hombres, acostumbrados a dominar, no pierden la esperanza ni siquiera ante un hecho irreparable, incluida la muerte. Marie ya no lo miraba. Ya no lo escuchaba. Ya no estaba allí. Jean-Luc le besó la fría mano con desesperación. A todas sus palabras, ella se limitaba a responder «no, no» con implacable suavidad. De vez en cuando, el agudo silbido de un tren ahogaba la voz de él.

—No conoces al Dourdan con el que ahora vas a reunirte. La cárcel y la desgracia lo han convertido en un hombre derrotado, amargado, distinto al que tú amabas. Sufrirás... Marie, te suplico que me escuches... Es una tremenda locura... No lo quieres, sientes lástima por él...

—Déjeme, tengo que irme —dijo ella sin escucharlo, mientras trataba de soltarse la mano, que Jean-Luc le sujetaba con fuerza.

—Pero... ¿y yo? ¿Y yo? —gritó él—. ¡Marie! ¡Mírate, mira tu ropa, mira lo pálida que estás! Yo te daré riqueza... Te daré...

—No.

—Te daré tanto amor... —dijo Jean-Luc y, al decirlo, las lágrimas brotaron al fin, lágrimas de vergüenza.

Marie se soltó y subió al estribo del vagón. De pronto, se inclinó hacia él y le tendió la mano.

—Adiós... Váyase... ¡Váyase enseguida! Olvídeme. No merezco que me eche de menos...

El tren arrancó.

Tras la partida de Marie, Jean-Luc volvió a lanzarse con desesperación a las intrigas de la política. La intriga era necesaria para su existencia, como el conocimiento de los hábitos y las artimañas de sus presas puede serlo para el cazador. Pero ya no le aportaba felicidad, ni siquiera la intensa y orgullosa alegría que tan a menudo había sentido. Recordaba su juventud. Seguramente no hay nada más terrible que ser ambicioso y ver que el tiempo pasa sin avances, sin que se consiga desalojar a los otros de los puestos que ocupan. Pero no hay nada más amargo que ver que un esfuerzo sobrehumano proporciona tan poca felicidad. Sólo hay un consuelo posible: decirse que la dicha no existe. Pero Jean-Luc pensaba en Marie, en su cuerpo, en la lenta y triste sonrisa con la que aceptaba sus besos, y sentía que eso era la felicidad, o al menos la paz, un negro y dulce sueño del alma, perdidos para él.

Se defendía con rabia; se decía que la servidumbre del amor era indigna de un hombre. Sin embargo, no podía luchar contra toda una parte de su ser que, hambrienta de ternura, despertaba en su interior y exigía su alimento; una parte de la que, con verdadero espanto, empezaba a sentirse como una presa. Enamorado... Amor... Las palabras mismas le daban vergüenza. Su espíritu, su carácter, lo más firme, lo más apasionado que había en él, se negaba a conocer, a interesarse más que por el lado viril de la vida, por la política, el éxito, las intrigas... Pero su corazón sólo deseaba una cosa: sólo reclamaba la presencia de Marie. Ni siquiera su amor, sino ella, su voz, su calor. Sabía que esa actitud viril ante la vida era la única válida, la única digna, que la otra era baja, despreciable. Pero ya no tenía fuerzas. En la primera juventud, vencer al amor es fácil. Para un adolescente hay tantos deseos... Pero él tenía treinta años, una edad en la que algunas alegrías han perdido su novedad y aún no han adquirido el poder de la costumbre. A sus ojos, todo lo que había amado no valía nada comparado con la presencia de Marie.

Ese año, septiembre estaba siendo seco y sofocante. Jean-Luc trabajaba por la noche en el piso vacío. Trataba de dominar, de disciplinar sus pensamientos, sus deseos. Se prohibía pensar en Marie. Y a ratos lo conseguía. Sin embargo, de pronto apartaba los documentos, apoyaba la cabeza en un brazo y cerraba los ojos; al instante, la ola de dolor, tan firme, tan trabajosamente contenida, rechazada, refluía y lo inundaba por completo con un deseo salvaje de ella, de la presencia de Marie, de su olor. Luego, el lacerante dolor se debilitaba y volvía a alejarse, no dejando tras de sí más que una profunda y sorda tristeza. Pero Jean-Luc ya no podía trabajar. Se levantaba, apartaba la silla, salía a la terraza, iba a la habitación de Édith, a la del pequeño Laurent. Abría más las ventanas para que entrara todo el aire respirable, pero esas noches hacía tanto calor que la corriente ni siquiera le brindaba una sensación de frescor, ni siquiera lograba secarle el sudor del cuerpo. Iba descalzo de aquí para allá. Todas las puertas estaban abiertas. Una brisa constante agitaba las cartas que tenía sobre la mesa, sujetas con un grueso pisapapeles de cristal. Cerraba los ojos. Marie... Iba a su dormitorio, se tumbaba en la cama y se abrazaba con fuerza a la almohada, como en otros tiempos en el cuartucho de encima del Ludo, como en otros tiempos por Édith... ¿Cómo había conseguido vencer su amor por ella? Trataba desesperadamente de recuperar la fría lógica que lo había alejado de Édith. En aquella época, sólo podía amar aquello que aceptaba su amor y se lo devolvía centuplicado... Pero ahora no necesitaba que Marie le correspondiera. La amaba aunque le fuera infiel. La amaba aunque quisiera a Dourdan.

Jean-Luc era víctima de una fuerza que se había desencadenado en su corazón, una fuerza desconocida que lo asustaba, que era más poderosa que él. Sufría como si se hubiera quedado huérfano.

«Es cómico... —pensaba—. Ahora sufro por lo que me ha faltado toda mi vida. La soledad, el frío en el corazón, todo lo que uno soporta alegremente en la juventud, todo lo que entonces cree que lo fortalece, que endurece su voluntad, acaba viniéndosele encima. No es sólo la ausencia de Marie, no es una única desgracia... Es la suma de todos los golpes soportados sin decir nada, sin rechistar, sin permitirme una queja, apretando los puños, apretando los dientes, pero que nada puede borrar, pese a todos los esfuerzos».

Esas noches asfixiantes, Jean-Luc lloraba no sólo porque había perdido a Marie, sino también porque había vivido sin ternura, porque Édith lo había traicionado, porque ya no tenía a su hijo, porque había pasado frío, porque había pasado hambre.

«Te pasas la vida luchando, sin aliento, desesperándote... —se decía—. Crees que has vencido, pero todas las humillaciones, todos los fracasos, todos los desengaños, todos los desastres se quedan dentro de ti, esperando, y un día vuelven a emerger y te ahogan, como si la debilidad del niño sobreviviera en el corazón del hombre, lista para vencerlo, para derribarlo».

Pasaba la noche y llegaba la mañana. Jean-Luc retomaba el trabajo. Pero no conseguía sofocar aquel pánico interior, aquella ansia de ternura, aquella desesperada necesidad de amor.

El día en que Jean-Luc decidió averiguar en qué ciudad vivía Dourdan, comprendió que estaba perdido.

«Pero ¿por qué me he enamorado de esa mujer, por qué?», pensaba con rabia.

Iría adonde fuese. Intentaría arrebatarla a Dourdan. Ella lo seguiría... Sentía cierto cariño, cierto agradecimiento por él... Quién sabía, tal vez amor... No se resignaba a no ser amado. Conservaba una mísera esperanza en el fondo del corazón. ¿Mísera? No, todo lo contrario: muy fuerte, tenaz, desesperada. No conseguía ahuyentarla, pese a la partida, pese a las palabras de Marie.

«Lleva casi cuatro meses con Dourdan. Ha padecido la pobreza, las privaciones con él, ¡quién sabe! —Sin atreverse a confesárselo, también pensaba—: Tal vez acepte por él. Porque soy el único que puede prestarles ayuda...».

Siempre había luchado contra su destino. Nunca se había resignado. También en el amor intentaba sacar partido de las circunstancias, de su propia debilidad. Aceptaría a Dourdan. Pero necesitaba a aquella mujer. Necesitaba satisfacer aquella absurda obsesión. Instintivamente, utilizaba en el amor las mismas armas de las que se había servido para hacer carrera: la astucia, la paciencia, la psicología... En ciertos momentos de la vida, en el alma no hay sitio más que para una pasión. En la suya se habían fundido la ambición, la codicia, el hábito de la conquista, todo lo que hasta entonces lo había dominado. En cuanto consiguió la dirección de Dourdan, se puso en camino.

Su amigo vivía en una pequeña ciudad de la región del Loira. Jean-Luc llegó por la noche. El coche, tirado por un viejo caballo que había alquilado al salir de la estación, recorrió calles oscuras y dormidas y cruzó un puente mal iluminado. En una colina brillaban unas luces tenues. Sonaron unos postigos al cerrarse, puertas aseguradas con cadenas, cascós de un caballo en el adoquinado... Luego se alejó del río y se detuvo ante un pequeño y oscuro café.

Jean-Luc entró. La sala de abajo estaba desierta. El serrín que cubría el suelo amortiguaba el sonido de los pasos. Las mesas ya estaban arrimadas a las paredes y las sillas de hierro plegadas y apiladas en un rincón. Pero en el cuarto contiguo se veía luz. Unos hombres jugaban a las cartas. No eran más de las nueve. Jean-Luc preguntó por Dourdan.

Le mostraron su puerta, en el primer piso. La escalera, encajada entre dos paredes, era estrecha. Jean-Luc subió lentamente, a tientas en la oscuridad. Llamó, reconoció la voz de su amigo y entró.

En la habitación no había más que una enorme cama de caoba y dos sillones de mimbre. Marie estaba acostada. Dourdan escribía con un papel secante sobre las rodillas.

—¿Tú? —dijo con voz ahogada.

Apenas había cambiado, pero estaba más pálido y parecía enfermo. Jean-Luc le tendió la mano. Él dudó en estrechársela.

—¿Te has acordado de mí? —dijo al fin Dourdan con frialdad—. Sé que Marie acudió a ti... —añadió. Jean-Luc no conseguía despegar los labios—. Disculpa, esto es tan pequeño... —murmuró su amigo, acercándole un sillón, y se sentó en la cama junto a Marie, pálida y silenciosa.

—¿Por qué estás enfadado conmigo? —le preguntó al fin Jean-Luc—. En aquel

entonces no podía ayudarte, y lo sabes. No tenía ni dinero ni relaciones. Ahora sería otra cosa...

—Sí, sólo que ahora es demasiado tarde. Pero no te guardo ningún rencor, amigo... Ninguno —repitió con una voz irónica y áspera—. Bueno, ¿y a ti qué tal te va? ¿Eres feliz? ¿Y tu mujer?

—Para qué vamos a hablar de mí...

—¿Y para qué vamos a hablar de mí? Eres muy amable interesándote... ¿Crees que ya no sirvo para nada, que no soy capaz de arreglármelas solo? En la cárcel se vive como en cualquier otro sitio. Y después de la cárcel también. Cuando no esté empantanado aquí...

Jean-Luc vio la mirada suplicante de Marie, que detuvo las palabras en sus labios. Comprendió que Dourdan rechazaría cualquier ayuda suya. En cambio, seguro que ella estaba contenta de verlo, que confiaba en que los ayudaría... «Tenerla así...», se dijo.

¿Qué sabía Dourdan? ¿Sabría por Marie...? No, ella estaba temblando, Jean-Luc podía verlo. Temía que una palabra acabara descubriendo su relación. Sí, la tenía en sus manos.

Se sintió más tranquilo.

—¿Querrás prometerme al menos que, en caso de absoluta necesidad, acudirás a mí?

—¡Pues claro, amigo, claro!

Se quedaron callados. Jean-Luc se acercó al ventanuco, miró la calle vacía, el farol frente a la puerta...

—¿Lleváis mucho tiempo aquí?

—Desde que salí de la cárcel —respondió Dourdan con una voz extraña, aguda, casi histérica, pese a que su cara permanecía impassible.

«Está acabado —se dijo Jean-Luc—. Ya no levantará cabeza. Seguro que ella se da cuenta. Volverá...».

—Sé por Marie que eres el álgter ego de Calixte-Langon, y futuro diputado... ¿No temes comprometerte al venir a verme?

—Ya ves que no —dijo Jean-Luc con voz suave. Esperó un instante y añadió—: Oye, si te resulta incómodo verme, dímelo sin más. Comprendería...

—¿Qué?! —gritó Dourdan de repente—. ¿Qué puedes comprender tú? Crees que te envidio, ¿no? ¿Que no puedo mirar sin odio tu cara feliz y tu elegante traje? Pero... ¿sabes que tú tampoco pareces muy feliz, mi querido Jean-Luc? No pareces ni muy tranquilo ni muy contento. A lo mejor, también a ti te falta algo, o alguien, ¿eh? Pero ¡no! ¿Qué puede faltarte a ti? Mira, fuimos tan buenos amigos que al menos te debo franqueza. Sí, me resulta incómodo verte. No dudo que hayas venido aquí con las mejores intenciones, pero, por favor, ¡déjame tranquilo! Te aseguro que no necesito nada. Todos los meses recibo unos cientos de francos de mi tío, ya sabes, el que se arruinó. Sí, no me explico cómo se las arregla, pero consigue mandármelos. Y aquí no necesito más. Soy tan feliz como cabe serlo. Bueno, ahora ya lo sabes todo. Vuelve tranquilo a París. Sigue con tu brillante y dichosa vida. Espero que llegues a diputado, ministro, presidente de la República y todo lo que desees, todo lo que pueda hacerte feliz. ¡Y ahora, vete, Jean-Luc, vete!

Cuando él se disponía a salir, Dourdan se volvió hacia Marie.

—Acompáñalo y enséñale el camino.

Ella cogió el quinqué de manos de Dourdan.

—Sígame —le dijo a Jean-Luc.

Atravesaron la sala del café. Marie dejó el quinqué en una mesa y salió con Jean-Luc. Llovía. El coche de punto esperaba en la esquina de la calle. Jean-Luc le cogió la mano a Marie.

—¡Ven, ven conmigo! —la urgió con la voz entrecortada. Por toda respuesta, ella negó con la cabeza—. Lo sabe, ¿verdad? —le preguntó Jean-Luc.

—Nunca le he dicho nada, pero creo que lo sospecha, que lo intuye... Yo temía que usted hiciera algo, que me escribiera... Le dije que lo conocía...

Marie trataba en vano de soltarse de la mano que la sujetaba. La lluvia les resbalaba por la cara. Pero Jean-Luc estaba más tranquilo, más seguro de sí mismo. La tenía a su merced. Volvía a sentirse fuerte.

—Si consiguiera que pudierais marcharos de aquí, si obtuviera el indulto total de Dourdan, ¿serías más feliz?

Marie no respondió. Sobre sus cabezas se abrió la ventana de la habitación.

—¡Marie! —gritó Dourdan con voz aguda.

Ella alzó la vista y le hizo una seña con la mano. La ventana volvió a cerrarse.

—Eso sería nuestra salvación —dijo ella, esperanzada—. Pero ¿qué ganaría usted con ello? Aún no lo ha comprendido: nunca lo abandonaré...

—Invéntate una excusa. Ven a París. Yo lo arreglaré todo, lo conseguiré. Sólo quiero volver a verte, tenerte a mi lado —dijo Jean-Luc, acordándose de las largas noches en que escondía la cabeza entre los brazos de Marie y se olvidaba del mundo—. Sólo eso, esa profunda paz, eso que sólo tú has sabido darme... No seré celoso, él no sabrá nada... Pero ven, ven... Mira, te juro que cuando vengas a París encontrarás el perdón de Dourdan, su completa libertad, encima de mi mesa, te lo juro.

Marie volvió a mover con suavidad la cabeza para decir que no.

—¡Ah, cuando se trata de regatear y actuar con astucia, es usted único! ¡Ahora, váyase, váyase! —le gritó de pronto, subiendo los escalones y abriendo la puerta del café.

Jean-Luc la vio cruzar la sala, coger el quinqué y desaparecer. Luego se marchó.

Pasaron dos meses. Jean-Luc esperaba, del mismo modo que había esperado cuando optó por Langon, cuando apostó por él: con una sola pasión en el alma, ganar, ser el más fuerte. Había hecho todas las gestiones necesarias para conseguir el indulto de Dourdan; sólo quedaban algunas formalidades, fáciles de resolver en cuanto viera a Marie. Porque Jean-Luc no habría dado nada por nada... Necesitaba la presencia de ella: la compraba. Aceptaba a Dourdan, pero se desharía de él mediante amenazas o dinero. Su implacable voluntad, su avidez, su astucia no habían desaparecido, sino que las proyectaba en el amor. No obstante, en su carrera se había producido el brusco parón que a veces se da cuando todo ha ido demasiado bien, cuando todo ha sido demasiado fácil desde el principio. Había tenido que abandonar determinados puestos en los que se ocupaba de los asuntos de Langon demasiado abiertamente. Le había parecido lo mejor. Para la campaña electoral que se iniciaba entonces, convenía dejar a un lado todo lo relacionado con el dinero durante algún tiempo, hacer olvidar que era el yerno de Abel Sarlat. Cosa extraña, ese hecho, que en su momento había pasado casi inadvertido, surgía ahora en artículos malintencionados, en conversaciones y alusiones en torno a él. Había subestimado la influencia de Édith sobre el maleable carácter de Langon: ahora que iba a convertirse en su mujer, había ocupado a su lado el puesto que Jean-Luc había tenido antaño. Langon veía por sus ojos. Édith había conseguido hacerle comprender que él era su rival, su enemigo natural. Era una hostilidad que Jean-Luc sólo presentía; aún no había sufrido las consecuencias. En casa de Lesourd, había vuelto a ver a Langon, un Langon glacial, distraído, «gran jefe», envuelto en un velo de discreción y silencio, como Júpiter cuando descendía entre los mortales.

Armand Lesourd parecía encontrar una sutil satisfacción en verlos el uno junto al otro, en oponerlos el uno al otro. A veces, sus ojos saltaban de Jean-Luc a Langon como si los valorara, como si los evaluara mentalmente. Por primera vez en su vida, Jean-Luc sentía un profundo cansancio. Aquella carrera preparada con sumo cuidado, por la que lo había sacrificado todo en el mundo, ahora se le antojaba triste y gris, como un largo camino, duro y peligroso, que sólo tiene un final seguro: la muerte. El poder y el éxito eran sueños de niño. Allí donde miles de reyezuelos se han repartido la herencia, ya no existe reino.

Dejaba solos a aquellos hombres, cuyas pasiones, reacciones, gestos y frases conocía de sobra, y volvía a encerrarse en el piso vacío, a soñar con Marie y a esperarla.

Estaba seguro de que ella iría a verlo. Sólo era cuestión de tiempo y paciencia. Y, efectivamente, una noche se la encontró en casa. Igual que cuatro años atrás, cuando había ido a rogarle que ayudara a Dourdan... Al verla no sintió alegría, sino una embriaguez desesperada.

—Dentro de una semana, Dourdan podrá regresar a París —le dijo con suavidad—. Le encontraré trabajo. No te preocupes. No pienses en nada. Yo te ayudaré. Te quiero... — Le cogió la mano y le acarició las mejillas, los cabellos...—. ¡Tú, al fin tú! —Al abrazarla notó que temblaba de fiebre. Su cara, pálida y descompuesta, y sus manos heladas lo asustaron—. Marie... ¿estás enferma?

—Sí —respondió ella—. Ésa es la razón de que él... de que Serge haya acabado aceptando su ayuda. No tenemos dinero, ya no tenemos nada. En esa ciudad tan pequeña, todo el mundo sabe que ha estado en la cárcel, y no encuentra trabajo. Tenemos que irnos, tenemos que irnos... —repitió, retorciéndose las manos con un gesto nervioso que Jean-

Luc no le conocía.

—Te daré dinero —le dijo.

Marie lo rechazó y negó con la cabeza.

—No, eso no... ¡Nunca! ¿He aceptado un céntimo de usted alguna vez? No quiero su dinero. Encuéntrale trabajo... ¡Sálvelo! ¡Pero para mí no quiero nada! ¡Nada!

Hablaba con una premura enloquecida y febril. Jean-Luc la ayudó a tumbarse en el diván.

—Estás temblando... —le dijo en voz baja—. Estás helada... No te muevas... Descansa... —Marie se apretaba contra él y en Jean-Luc el deseo se desvanecía. Lo que nunca había sentido, la profunda, la inaudita ternura que ni su mujer ni su hijo ni ninguna otra persona en el mundo habían conseguido inspirarle, se apoderaba ahora de él con una fuerza aterradora... Por primera vez en su vida no deseaba nada a cambio de su sufrimiento. Se sentó junto a Marie, que se apretaba los helados brazos contra el pecho—. Espera. Toma esto —le dijo, tapándola con una gruesa manta—. Intenta dormir...

De repente, ella abrió los ojos.

—Me gustaría quererte —dijo en voz muy baja—. Pero lo que tú sientes por mí, esa loca ceguera, es lo mismo que yo siento por él. Y del mismo modo que tú no podrás olvidarme ni dejarme, yo no podría vivir sin él.

—Marie, yo sólo quiero volver a verte —le suplicó Jean-Luc en tono humilde—. ¿No me rechazarás? No te pediré nada, no te exigiré nada, pero prométeme que, cuando los dos estéis aquí, volveré a verte. Júramelo, y si es lo que deseas, esta noche te dejaré...

Marie sonrió débilmente.

—Sería tan mala amante...

—¡Prométemelo, Marie! ¡No puedo vivir sin ti! —dijo Jean-Luc de forma lastimera, despegando los temblorosos labios.

Ella lo miró con lástima.

—Me parece que traigo mala suerte. Tú eras feliz...

—No —respondió Jean-Luc con una fuerza y una sinceridad que la sorprendieron—. Nunca he sido feliz. Nunca he buscado la felicidad, y seguramente por eso nunca se me ha concedido. Te necesito, Marie. Comparado conmigo, Dourdan es el hombre más dichoso del mundo. Pero tú ni siquiera te apiadas de mí...

Marie había cerrado los ojos y sus labios contraídos temblaban. Jean-Luc se calló, la rodeó con los brazos y la estrechó contra su pecho. Y en ese instante Marie se durmió, acurrucada contra él y soñando con otro.

Marie seguía durmiendo cuando José, al que Jean-Luc llevaba semanas sin ver, llamó a la puerta. Jean-Luc no se había acostado; había pasado la noche junto a Marie. Abrió la puerta y, por un momento, dio la sensación de que no reconocía a su hermano menor.

—Te ruego que me disculpes —dijo José, sorprendido—. ¿Molesto? Yo...

Jean-Luc se pasó la mano por la frente en un gesto lento.

—¿Tú? No, tú no molestas. Pasa.

Hablaba en susurros para no despertar a Marie, que estaba en la habitación de al lado. José malinterpretó la situación.

—¿Tu mujer sigue en París? —preguntó—. Creía...

Jean-Luc lo hizo entrar en el saloncito de Édith. José miró las paredes pintadas y soltó un suspiro.

—Qué bonito es esto...

Aceptó la taza de café que le ofrecía su hermano.

—Entonces ¿ya no estás en Riom? —le preguntó Jean-Luc.

—No iré a Riom —respondió José con vehemencia—. Quiero vivir en París. Tranquilo, no vengo a pedirte nada. Pero es que... como después de todo eres el único pariente que me queda... Quería saber si, llegado el caso, podría contar contigo. Espera, te repito que no se trata de una ayuda, de una necesidad inmediata. De momento me las arreglo, hago un poco de todo. He encontrado trabajo como ayudante de fotógrafo en un periódico. Me da para vivir. Pero más tarde, si todo fallara, me gustaría saber, tener la certeza de que no me voy a encontrar en la soledad más absoluta o en la necesidad de abandonar París...

—¿Por qué has hecho semejante cosa? Tenías un trabajo, un medio de sustento seguro... Yo a tu edad me habría conformado con eso.

—No —replicó José con suavidad.

—¿Tú crees? Puede ser. Pero ¿qué es eso tan maravilloso que va a proporcionarte tu trabajo actual? —le preguntó Jean-Luc con voz cansada.

—Para empezar, libertad, la posibilidad de vivir mi vida sin pedirle nada a nadie, sin que luego nadie tenga derecho a meterse en lo que sólo es asunto mío.

—Comprendo —murmuró Jean-Luc.

Pero apenas lo escuchaba, sólo podía pensar en Marie. ¿Seguiría dormida? ¿Estaría mejor, más descansada, más fuerte? Miraba a José, de pie ante la ventana, su acerado rostro lleno de inteligencia, sus duros ojos... Por primera vez le llamó la atención la implacable dureza de aquella mirada de adolescente, aquellos ojos azules y brillantes que sólo buscaban en el mundo su propio reflejo.

—¿Y tu madre?

José frunció el ceño.

—Se ha ido...

—Conociéndola, no creo que hayas conseguido su consentimiento con mucha facilidad...

—No me ha costado demasiado. No puede impedirme que organice mi vida como quiera. Lo mejor que puede hacer por mí es dejarme libre. Qué menos... Es la única ayuda

útil que pueden darnos los padres, ¿no te parece? —preguntó de pronto, alzando la cabeza y echándose atrás el pelo con un gesto vivo, impaciente, casi infantil.

Jean-Luc se llevó un dedo a los labios.

—¡Chist! No tan alto. Despertarás...

—¿A tu mujer? Perdona —dijo José, bajando la voz—. Me marchó, Jean-Luc —añadió tímidamente.

Pero no se iba. Miraba a su hermano con una expresión de curiosidad, de ansiedad, que acabó enterneciendo a Jean-Luc.

—Creo que vienes a pedirme algo así como un consejo... —le dijo éste suavizando la voz—. ¿No es así?

—No. Pero yo no soy más que un niño y tú llevas ya unos años ahí arriba. Y empezaste como yo. En el fondo somos de la misma generación. Hemos llegado demasiado tarde.

—Cuando ya no quedan canapés y el barman ha guardado la coctelera, «desdichados comensales en el banquete de la vida...» —bromeó Jean-Luc.

José sonrió. Incluso su sonrisa resultaba desafiante: parecía entreabrirle apenas los labios y borrarle al instante.

—Mamá me dijo que no tenía derecho a sacrificarla de ese modo, que está sola en el mundo, que mi obligación era pensar primero en ella. Pero no es cierto, ¿no, Jean-Luc? Sólo tenemos una vida, y es tan corta y tan valiosa...

«Tranquilo —pensó su hermano—. Pese a lo que se suele creer, cuando parece corta es a tu edad. En cambio, cuando has vivido las suficientes emociones, se hace larga. Y son tan pocas, las conoces todas tan pronto... El éxito, el fracaso, algunos instantes de placer...».

Pero no se lo dijo. De repente pensó que se lo habría dicho a su padre, a un anciano, pero no a aquel muchacho; ante aquel adolescente le daba vergüenza haber envejecido, haberse ablandado.

—Pero, en realidad, tu nueva vida ¿qué te da? Debe de ser difícil, mísera...

—Conozco a gente —respondió José con vivacidad—. ¡Sí, riéte! A ti te parece algo natural. Has olvidado... ¿Sabes lo que es la casa de Le Vésinet? Y en tu época aún...

—Bueno, yo la conocí poco...

—Claro, siempre he dicho que tienes suerte en todo... En cambio, yo... Mi madre, Claudine y el colegio. Y nada más. Pero a tu alrededor está el mundo, desconocido, inaccesible, ¿comprendes? Bueno, pues ahora he empezado a verlo, a tocarlo —dijo José, tendiendo las manos, como si realmente lo sintiera agitarse bajo sus dedos—. Es... increíble.

—Sí, apasionante. Pero inútil.

—¿Qué?

—Para saber cómo reaccionan los seres humanos sólo hace falta inteligencia. Para saber cómo reaccionará uno mismo, hace falta experiencia.

—Yo cada día trato de disciplinarme un poco más —aseguró José, bajando la voz—. Creo que me conozco bien...

—No lo dudo —dijo Jean-Luc con un imperceptible dejo de ironía.

¿Qué podía decirle? El chico apenas empezaba a entrever lo que, sólo para él, en esos momentos era la verdad. Lo ocupaba por entero. No tenía ganas de compartirla con nadie.

«Si le dijera: “Yo, el hombre al que admiras por su impasibilidad, su carácter

implacable, su sed de éxito, su ambición victoriosa, soy presa del amor más cobarde. No del amor, sino de mí mismo, de todo lo que no he tenido, de todo lo que he rechazado, de todo lo que me parecía vergonzoso y vil, y que en efecto lo era... Porque lo más terrible es eso. Sé perfectamente que lo que siento es una debilidad indigna, una pasión despreciable, pero es más fuerte que yo”. José no lo entendería. ¿No me dijo mi padre algo parecido aquel día? Yo tampoco lo entendí... Eso no se puede entender con el instinto o la razón, sino con el cuerpo ahído, con la sangre tranquila, con un corazón exigente... Pero ¡qué más da! El único consuelo es saber que los que vendrán después de ti serán igual de idiotas, débiles y desgraciados que tú...».

Hizo un movimiento. Le había parecido oír la voz de Marie. Lo estaba llamando. Lo único que deseaba era que José se fuera y lo dejara solo con ella (por tan poco tiempo, Dios mío...). Cogió la cartera de encima de la mesa, sacó un billete de quinientos francos, se lo puso en la mano a José y se levantó. Su hermano comprendió. Aceptó el dinero. Jean-Luc se dijo que no había venido más que a eso. Lo empujó hacia la puerta con suavidad.

—Discúlpame... Me llaman... Vuelve cuando quieras.

José se fue al fin. Jean-Luc corrió junto a Marie.

«Serge no quiere vivir en París. Nos vamos de Francia. Perdóneme».

En el coche en el que atravesaba la pequeña ciudad, Jean-Luc no paraba de repetir las palabras, el texto del mensaje que había recibido el día anterior. Marie se marchaba. No volvería a verla. Dourdan lo sabía, lo había adivinado, se la llevaba... Gracias a él, a su insensato amor, ahora eran libres.

«He sido un ingenuo, he actuado como un niño —pensaba de manera febril—. Sufro. Debería resignarme, no volver a verla nunca, pero no puedo, no sé resignarme... — Una vez más, acudía a Dourdan para suplicarle, para amenazarlo, para comprarlo, para conseguir de él a aquella mujer, en la que pensaba con desesperación—: Pero ¡si ni siquiera es guapa! ¿Por qué?».

—¡Más deprisa! —gritó, inclinándose hacia el cochero—. ¡Más deprisa!

El hombre agitó el látigo, pero al cabo de un momento el caballo retomó su lento paso. Habían cruzado el río y el paseo, todo tan tranquilo. Era un pálido y luminoso día de marzo. Jean-Luc no reconocía los edificios ni el trazado de las calles. Ni siquiera sabía si aún encontraría a Dourdan y Marie en aquella ciudad, que quizá ya habían abandonado. ¿Dónde estaban? Buscaba a Marie como un ciego; necesitaba tocarla, oírla. La había esperado, deseado tanto... Y ahora... Si no podía acariciarle el pelo, los pechos, se moriría... ¡Qué vergüenza, sufrir de ese modo! Si hubiera sabido que la muerte de Dourdan le devolvería a Marie, lo habría matado. Pero era mejor ofrecerle dinero.

«¡No puede rechazarlo! Aunque sea con idea de volver, de llevarse de nuevo a Marie... Pero no la quiere como yo: ha vivido cinco años sin ella. Yo... —Luego pensaba —: ¿Y de dónde saco el dinero?».

Porque todo parecía derrumbarse a su alrededor al mismo tiempo. ¿Era la hostilidad de Langon, que empezaba a manifestarse, o acaso había llegado a ese momento de la vida en el que todo se descompone, se tambalea y se desmorona a la vez en torno a uno? Inequivoco presagio de la muerte... Había perdido un puesto detrás de otro. Había perdido dinero. Sólo le quedaba una esperanza: aquel escaño de diputado en la siguiente legislatura. Sin embargo, también en ese terreno estaba siendo víctima de un sordo trabajo de zapa que no tenía ni tiempo ni fuerzas para entender con claridad e intentar contrarrestar.

Había subestimado a todos aquellos hombres. Ellos estaban juntos, unidos, mientras que él no tenía a nadie. Siempre había estado solo. Desde el comienzo de su vida le había faltado el apoyo de una familia, de amigos, de un equipo. Aquel Langon, artificialmente hinchado, lo había ideado él. Jean-Luc se dijo que se había equivocado distanciándose de él. Pero ¿qué podía hacer? Entre ellos dos estaba Édith. ¡Ah, todas sus piezas se volvían contra él! Pero eso era lo de menos, todo eso... Sólo Marie...

«Marie...», se repitió con desesperación.

¡Qué cansado estaba del resto del mundo! ¡Qué harto de aquella vida que se le escapaba de las manos constantemente, que se veía obligado a modelar y remodelar, a amasar sin pausa ni tregua!

Sólo con Marie podía respirar unos instantes, descansar, recuperar la maravillosa pereza que había conocido mucho tiempo atrás, antes de la juventud, antes de la adolescencia... Pero, en realidad, ¿la había conocido alguna vez? Tenía la sensación de que él siempre había sido así, duro, rígido, desafiante, taciturno. Sólo con ella había aceptado

ser el más débil, dar más de lo que recibía, y sólo en sus brazos había disfrutado de la paz, del negro y divino sueño durante el que el deseo calla al fin, durante el que se adormece el doloroso orgullo.

El coche se detuvo. Jean-Luc bajó. Permaneció largo rato en mitad de la calle, sin atreverse a llamar a la puerta. El café estaba vacío, como la vez anterior. Entró. Cruzó la sala; el serrín esparcido por el suelo amortiguaba el sonido de sus pasos. Entró en un pequeño despacho, donde una mujer le dijo que el señor y la señora Dourdan no estaban, pero que volverían en cualquier momento.

—Pero... ¿no se marchaban? ¿No pensaban irse? —le preguntó Jean-Luc, para hacerle repetir sus consoladoras palabras.

—No, no, aún viven aquí... Me parece que se van a final de mes —añadió la mujer.

—¿Y adónde?

—¡Ah, eso ya no lo sé! Creo que se van de Francia. Sé que embarcan en Burdeos el día doce, pero no sé adónde van.

Miraba a Jean-Luc con curiosidad, sorprendida sin duda de que aquel caballero tan bien vestido se interesara por aquel par de vagabundos. De pronto, se inclinó hacia él.

—El señor es el hermano del señor Dourdan, ¿verdad? —le preguntó.

—No —respondió Jean-Luc, sorprendido.

—Perdone, creía... Se dan un aire...

Jean-Luc recordó que, efectivamente, en su infancia solían encontrarle cierto parecido con Serge. ¡Cuánto lo había querido! Y ahora sólo veía en él un obstáculo, el más terrible, el más inhumano.

«Pero es más feliz que yo», pensó desanimado.

Se sentó en un rincón del café. La noche caía deprisa. En la sala desierta se oía el tictac del reloj de pared. Había sonado todo el día, pero ahogado por otros ruidos, por los pasos, las voces y el tintineo de los vasos. Ahora se desquitaba; no se oía otra cosa: sus roncosp suspiros, sus chirridos, sus latidos. Jean-Luc lo escuchaba. En ciertos momentos de la vida, incluso ante la amenaza de la muerte, a veces prestamos toda nuestra atención a cosas tan humildes como ésa. Jean-Luc escuchaba el tictac y pensaba con amargura: «Es como si en cualquier momento fuera a sonar el carillón de Westminster...».

Pero no, unos cuantos tañidos lastimeros, y otra vez el sordo y siniestro pulso del tiempo que pasa. Los postigos estaban entornados. Jean-Luc abrió uno. La fría calle estaba vacía. Siguió esperando.

Al fin los vio. Iban juntos, cogidos del brazo. Caminaban tranquilamente, sin prisa, felices. No distinguía sus facciones, pero sabía que eran felices. Ella llevaba el viejo abrigo negro que tan bien conocía Jean-Luc. Se levantó con el corazón palpitante. La puerta se abrió despacio. Entraron.

El primero en verlo fue Dourdan. Por un instante, se quedaron quietos, sin hablar. Su amigo parecía más relajado que en su primer encuentro, más dichoso... Sí, no había otra palabra, se dijo Jean-Luc. «Es feliz... Este desgraciado, este delincuente de poca monta es feliz...».

—Perdona, pero necesitaba hablar contigo antes de que te vayas... —dijo en tono de súplica, aunque tenía el corazón lleno de dolorosa cólera—. Es muy importante...

—Está bien —respondió Dourdan—. Subamos. Dentro de un momento esto estará lleno. Todas las noches hay asambleas; ya están preparando la campaña electoral. Pero tú debes de saberlo mejor que yo...

Jean-Luc no respondió. Apenas lo escuchaba. Miraba a Marie. Subieron lentamente

la estrecha escalera que llevaba a la habitación de Dourdan.

Jean-Luc subía y, como en algunos sueños, la escalera, tan estrecha que sólo permitía el paso de una persona, giraba y parecía estirarse y no acabar nunca. El quinqué que sostenía Dourdan iluminaba una barandilla de madera pintada de gris, así como un grabado galante colgado de la pared.

Entraron en la habitación. Jean-Luc volvió a ver la gran cama con la colcha roja, la chimenea encendida, el ventanuco abuhardillado... Sí, no se equivocaba; pese a su mísero aspecto, aquella habitación resultaba agradable y acogedora para las dos personas que habían entrado con él.

El suspiro de Marie al sentarse junto al fuego era un suspiro de bienestar, de alivio. Eran pobres y estaban solos, pero juntos. Se marcharían, eran jóvenes, empezarán de nuevo... Dourdan iba y venía por la habitación ordenando papeles, sin hablar, sin mirarlo.

—¿Os vais? —preguntó al fin Jean-Luc, procurando hablar con calma.

—Sí —respondió Dourdan—. ¿Te ha escrito Marie?

—¿Lo sabías? —Dourdan no respondió—. ¿Adónde vais?

—A Sudamérica. El nombre del pueblucho no te diría nada.

—¿Has encontrado trabajo allí?

—Sí —respondió Dourdan lacónicamente.

—Marie no te acompañará —dijo Jean-Luc en voz baja.

De repente, Dourdan levantó la cabeza. Parecía no ver a Jean-Luc. Buscaba con los ojos el rostro de Marie. Ninguno de los dos dijo nada, pero la mirada que sorprendió Jean-Luc era tranquila y confiada. Sin duda, ella se lo había contado todo.

—¿Sabías que ha sido mi amante? —espetó. Se había impuesto un tono sereno y sosegado, pero le temblaban las manos y no conseguía dominar la contracción de sus labios. Dourdan y Marie parecían a la espera, inmóviles y silenciosos—. Ella no tiene por qué irse. La vida que le ofreces es tan... mísera... Eres pobre, Serge. No tienes nada. Yo... Ella sabe que conmigo será feliz. Ha sido feliz conmigo, Serge.

Marie hizo un gesto, fue a hablar, pero Serge meneó la cabeza con suavidad y ella guardó silencio.

—¡Ha sido feliz conmigo, te lo juro! —prosiguió Jean-Luc—. ¿Cómo te vas a preocupar de una mujer, con la vida que llevarás? ¡Piénsalo! Es imposible, monstruoso. Escucha, Serge, conseguiré dinero, te daré todo el dinero que quieras... —añadió con desesperación—. Pero ¡vete! ¡Déjala! No me respondas ahora. ¡Piénsalo! Estás... acabado. Ya no tienes nada. Sin dinero, tu vida está condenada al fracaso de antemano. Os vais llenos de esperanza, pero una vez allí os veréis reducidos a la miseria, a la vergüenza, mientras que solo, con el dinero que te daré, podrías salir adelante. Ya habéis estado separados y no os habéis muerto. ¡Piénsalo, Serge! Tened cuidado: quizá no aceptéis y dentro de medio año no os perdonéis haberlo rechazado... —Jean-Luc agarró a Marie de la mano—. ¡Ven conmigo, te lo suplico! Ven. Él será más feliz, créeme. Ven... ¡No puedo vivir sin ti!

Del café llegaba un creciente rumor de voces y pasos. De pronto, Dourdan abrió la puerta y sacó a Jean-Luc a empujones, con fuerza. La estrecha escalera no tenía rellano y Jean-Luc se quedó en el peldaño más alto.

—¡Vete! —dijo Dourdan con los dientes apretados.

—No la dejaré, Serge. Tú no puedes entenderlo. ¡Ya no me conoces! Nunca me ha importado nada, pero esta mujer... La necesito.

¡Qué débiles y torpes le parecían sus palabras! Lo que necesitaba para defenderse no eran palabras, sino los dientes, los puños. A su pesar, los alzó hacia el rostro de Dourdan.

—Te...

Su amigo retrocedió sobresaltado. Más tarde, Jean-Luc se dijo que, ante su gesto de amenaza, el ex presidiario, acostumbrado a la violencia, había tenido miedo, y no debía de haberle perdonado aquel humillante respingo, porque, de pronto, su rostro, tan frío y sereno hasta ese momento, se había crispado en una mueca de furia.

—¡Socorro! —gritó a voz en cuello—. ¡Socorro!

Abajo se oyó ruido de sillas arrastradas por el suelo. Se abrió una puerta. Aparecieron unos hombres, que miraban sorprendidos hacia lo alto de la oscura escalera.

—¡Socorro! ¡Quiere matarme! ¡Es Daguerne, Jean-Luc Daguerne, la esperanza del partido de Lesourd, el futuro diputado, que viene a ofrecerme dinero para que me calle, para que no le cuente a nadie lo que sé sobre él! Es el yerno de Sarlat, ¿recuerdan? ¡Sarlat, el de la quiebra! ¡Se repartió con él el dinero de los ahorradores!

Jean-Luc agarró a Dourdan de los hombros. Los dos hombres rodaron hasta el pie de la escalera. Alguien los separó.

—¡Daguerne! —se seguía oyendo gritar a Dourdan en medio de la tremenda batahola—. ¡Acuérdense de su nombre! ¡Daguerne!

Con las manos despellejadas y la ropa sucia, Jean-Luc se vio finalmente en la calle.

La cercanía de las elecciones había llenado el país de periodistas a la caza del escándalo. El día siguiente a la agresión, un periodicucho local publicó el relato del incidente. Un diario de París lo reprodujo. En el pasado de Jean-Luc apareció el apellido Sarlat.

Se sabía que se había casado con la hija del banquero, pero en París, en ciertos ambientes, se olvida todo tan rápidamente, que ese apellido apenas despertaba algún recuerdo. No obstante, los periódicos hostiles a Lesourd se hicieron eco de la información, la amplificaron y publicaron una foto olvidada de la época de la boda. Hablando con propiedad, no se trataba de un escándalo que Dourdan hubiese inventado, sino de vagos rumores, que, por otra parte, estuvieron a punto de hacer padecer a Langon tanto como a Jean-Luc, porque los adversarios del ministro se apresuraron a sacar partido de aquel tenue suceso para desacreditarlo. Sólo que a Langon lo habían atacado y desacreditado tantas veces que aquello tenía poca importancia para él. Un discurso, unas poses y unas cuantas promesas bastaron para que la suerte volviera a ponerse de su lado.

Para Daguerne era distinto. Lesourd no le ocultó las dificultades que iban a presentársele. Con su bronco acento de campesino, su hablar lento y sus vivos ojillos, que nunca miraban de frente, recibió a Jean-Luc amable, casi afectuosamente, casi con lástima.

—Es un fastidio, mi querido amigo... Un asunto que no se tiene en pie, estoy de acuerdo con usted. Pero precisamente éstos son los únicos ante los que uno se encuentra indefenso... ¡Ruido, viento! Vaya usted a saber lo que hay detrás... En la época de Sarlat le habría perjudicado menos, porque entonces había acusaciones claras, concretas, pero ahora, se lo repito, ¿qué hacer? Callarse, agachar la cabeza, capear el temporal... Por el bien del partido, por su propio bien...

Jean-Luc escuchaba con profundo cansancio.

«Esto ya no me divierte. Y eso es lo terrible, eso es lo que me destroza... La vida ha perdido su sal, su sabor. Conozco el juego demasiado bien... Lo aprendí muy temprano. Aún podría ganar, aún podría luchar, pero me da igual, no me importa en absoluto...».

Se despidió de Lesourd. Había comprendido perfectamente que, si se presentaba a las elecciones, el fracaso era seguro. Envío a Lesourd la carta que éste esperaba: «Tras la debida reflexión... El interés del partido..., etcétera».

Lesourd le respondió a través de Cottu, que, como siempre, jugaba con dos barajas, y se presentaría en lugar de Jean-Luc:

—Actúa usted con gran juicio. Es tan joven... Puede esperar...

En los comicios, Cottu salió elegido, igual que Langon. Jean-Luc se enteró esa noche, por la radio. Estaba solo. Oía la voz sorda y nasal de los altavoces desgranando los nombres de los diputados. De vez en cuando, el locutor hacía una pausa, y un profundo rumor, casi atemorizante, una tempestad de gritos y confusos cánticos, se elevaba de aquel gentío congregado en las calles de una lejana ciudad de provincias. Jean-Luc escuchaba con el alma en vilo. Cuánto le habría gustado sentir frustración, odio, ansia de poder... Eso lo habría salvado de sí mismo. Pero no, nada. En su sangre, como un veneno, sólo quedaba el amor, aquel amor tan cobarde...

El día 12, Jean-Luc partió hacia Burdeos. Ya no esperaba nada, ya no se hacía ninguna ilusión, pero el deseo de una presencia lo consumía. Llegó a Burdeos en un día radiante. Aquella ciudad de piedra, de luz, de agua, captaba y reflejaba los rayos del sol poniente, filtrándolos a través de un deslumbrante polvo blanco, un polvo como de mármol.

Unos días antes de que Marie se marchara a Burdeos, Jean-Luc le había escrito sin esperanza, arriesgándose a que Dourdan leyera su carta. Suplicaba a Marie que fuera a su hotel antes de la salida del barco. Iría, se decía Jean-Luc. Quizá debido al desesperado e irremediable amor que sentía por Dourdan, Marie comprendía, mejor de lo que habría podido comprenderlo cualquier otra mujer, la necesidad que Jean-Luc tenía de ella, de su presencia. Porque ahora él ya no le pedía nada, ni su cariño ni su compasión ni su cuerpo. Sólo verla una vez más.

El hotel en el que se alojaba se encontraba en la place du Théâtre. Al entrar en la habitación, inundada de luz, se sintió momentáneamente reconfortado. En esos instantes, el sol se ponía y teñía de rojo la plaza, las robustas columnas y la escalinata del teatro. Frente al hotel, brillaba un cristal que parecía en llamas.

Jean-Luc se sentó entre dos ventanas que hacían esquina. Desde allí veía la plaza entera; reconocería a Marie entre todas las mujeres que pasaran por allí. Esperó. Para eso había ido. Esperó a que el sol se ocultara. Esperó sus pasos al otro lado de la puerta, ver su cara, oír su voz. Ya llegaría. Y después... Ya no tenía la esperanza de conservarla. Sabía que se marcharía. Seguiría esperando. A que pasara la noche, a que zarpara el barco, a que se hiciera de día, a que el hueco de la almohada se enfriara. Al imaginar todo eso con tanta intensidad, formuló mentalmente lo que deseaba: una vez más, una hora más... Marie tenía que dárselas... Jean-Luc esperaba, y a su alrededor y dentro de él la vida se detenía. De vez en cuando, miraba la estrecha cama blanca bañada por el sol y se sentía bien, perdido en aquel hotel, escondido en medio de la indiferente multitud, refugiado en ella, sintiendo al fin un calor que siempre lo había rehuido.

La oscuridad parecía surgir de la tierra y ascender hasta media altura de las casas, mientras los tejados y algunos cristales seguían reflejando torrentes de fuego. Era la hora de la cena. La plaza no tardó en vaciarse. Se oían puertas que se cerraban, postigos ajustados. Con los ojos entornados, Jean-Luc recordó la pequeña ciudad en la que había visto a Marie por última vez. Se estremeció. Por última vez... No, no podía ser. Pero eran más de las siete, y el barco, según le habían dicho, zarpara a primera hora de la mañana. Ya llegaría.

Se inclinó hacia delante y oteó con ansia la plaza desierta y las calles por las que ella podía llegar, ofrecidas a su mirada.

Las palomas se habían posado en la escalinata del teatro. Era tarde. La calleja que tenía enfrente se volvía más oscura por momentos. No veía nada: las luces sólo iluminaban la columnata y el adoquinado. Los viandantes eran sombras indistintas. En unos minutos, el café derramaría sobre la plaza un oscuro y confuso gentío. Con los ojos cerrados, Jean-Luc ya sólo oía los pasos en el interior del hotel, el ruido de una puerta que se abría y volvía a cerrarse, una voz que llamaba y se apagaba. Pero no era ella, nunca era ella...

Una vez más, empezó a calcular sus posibilidades hasta la extenuación, hasta el delirio: para empezar, ¿le habría llegado la carta? ¿Se la habría quedado Dourdan? Qué pocas esperanzas parecía conservar. Y, sin embargo, estaba convencido de que ella se

presentaría. Se tumbó en la cama, se abrazó a la fría almohada y la apretó contra sus labios. Siguió esperando, aguardándola obstinadamente.

Sabía que esa vez nada, ni su pasión ni su coraje, podrían ayudarlo; su única arma, la última, era aquello, aquella desesperada tenacidad. Ya no pensaba. Ya no sufría. En su corazón sólo quedaba una opresión, una sensación de ahogo tan fuerte, tan física que a veces lo distraía. Le parecía que el aire no podría seguir pasando por su garganta encogida. Otro instante de angustia, otro instante de espera... Era ella, eran sus pasos, los reconocía... Se incorporó en la cama y se mordió los labios. Los pasos se alejaron.

Había imaginado tantas veces aquellos pasos apresurados, titubeantes, que se detenían ante su puerta, el pomo girando lentamente, su propia voz: «¿Eres tú, Marie, al fin?», que, cuando todo ocurrió tal como había deseado, no se sorprendió, y apenas llegó a alegrarse. Ahora tenía que retenerla, cerrar los brazos a su alrededor con toda la fuerza del mundo y no volver a abrirlos nunca.

Marie entró. Se sentó a su lado, en el borde de la cama. Jean-Luc no encendió la luz. Lo que necesitaba no eran las facciones de su rostro ni su mirada, sino lo que sólo le era accesible a él, la suavidad de su piel, su calor, el débil temblor que le agitaba los dedos.

—¡Marie! ¡Marie! ¡Al fin! Sabía que vendrías. Te esperaba. Te he esperado tanto... Si supieras...

Ella se dejaba abrazar. Siempre le había gustado sentir aquel amor, la absurda pasión que inspiraba a Jean-Luc, tan parecida a la que ella misma sentía por Dourdan. Alguna vez había experimentado aquella dureza casi salvaje de las mujeres hacia el hombre al que no aman, al que no han elegido. Pero ahora Jean-Luc le daba lástima.

—¿Por qué? —le preguntaba en voz baja—. ¿Por qué yo y no otra? ¿Por qué, mi pobre niño, por qué?

Jean-Luc entrelazó sus dedos con los de Marie y se los apretó.

—Una vez, sólo una, la última... —murmuró sin mirarla.

—No...

—Marie... Acuérdate de aquella vez... Por cansancio, por aburrimiento, para sentir el calor de otro ser humano. Ahora me toca a mí. Estoy tan solo... Si tú supieras...

—No, no... Así, sin amor, sin deseo, queriendo a otro, dejándote por otro... ¿Qué felicidad puede proporcionarte eso?

—¡No es felicidad! —gritó Jean-Luc, con una mezcla de ira y dolor—. Es un instante de olvido que sólo tú puedes darme...

Ella no respondió. Al besarla, Jean-Luc notó que brotaban lágrimas de sus ojos.

—¿Sientes lástima por mí, Marie? —le preguntó con suavidad.

—Por ti... y por mí...

No obstante, dejó que la tomara por última vez.

Jean-Luc había esperado al final de la noche, a que llegara la hora en que el barco debía zarpar, como se había prometido a sí mismo: hasta el último minuto, hasta el último instante, en el que aún había esperado el milagro (que Dourdan se muriera, que estallara la guerra, que algún suceso impidiera la salida del barco...). Luego había esperado a que la huella de sus dos cabezas juntas se borrara de la almohada y, al fin, se había ido él también para regresar a París y retomar su vida en el punto, creía él, en que la había dejado.

Tres semanas después, un atardecer ya caluroso de principios de verano, José, en busca de mil francos y una comida, telefoneó a Jean-Luc y se hizo invitar. Sabía que su hermano no se había presentado a las elecciones, pero se imaginaba infinidad de intrigas. Lo encontró cansado, con el rostro envejecido y la mirada apagada; su voz era tan tranquila como siempre, pero su leve tono sarcástico parecía más amargo, más hastiado que antes. Estaba a medio vestir, sentado en la terraza, con un libro en las manos. Por primera vez, José creyó ver un parecido entre el rostro de su hermano y el de su padre. Jean-Luc empezaba incluso a adoptar la actitud apocada que siempre había tenido Laurent Daguerne.

«Cómo le ha afectado ese revés... —pensó—. Yo no me desanimaría por nada».

Con Jean-Luc, José nunca se mostraba frío o desafiante, como acostumbran hacer los jóvenes con sus mayores; acudía a él con confianza y le hablaba como a un igual. A Jean-Luc, sin embargo, lo sorprendía aburrirse de aquel modo con su hermano. En otros tiempos, cuando ya había logrado conocer a los Langon y los Lesourd, solía pensar que los chicos de veinte años eran más inteligentes y sabían más cosas que aquellos hombres curtidos en los negocios y desgastados por los años, pero deslumbrados por su propio éxito y que acababan no viéndose más que a sí mismos. Ahora, aquel veinteañero sentado frente a él, que le hablaba con una reconocible mezcla de deferencia e ironía, imagen de su propia juventud, aquel José, no le satisfacía. Le faltaba algo: la ligereza de espíritu, la rápida percepción de las realidades y aquella dulzura que hasta el hombre más frío adquiere con los años, en ciertos aspectos. ¡Qué duro era aún aquel José, cerrado a todo lo que no fuera él mismo! Estaba sentado a sus pies, en un pequeño taburete, con las manos entrelazadas alrededor de las rodillas y el pelo revuelto, caído sobre la hermosa frente.

—¿Quién es esa mujer a la que has llamado al mismo tiempo que a mí? —le preguntó de pronto Jean-Luc, que había dejado de escucharlo hacía rato—. Disculpa, pero acababas de colgar y ha sonado el teléfono; se ve que yo aún estaba conectado contigo... Os he oído... ¿Tienes una amante?

José se encogió de hombros.

—Es una niña bien —respondió, tras una breve vacilación respecto a los términos—. Lo que no le impidió acostarse conmigo la segunda vez que nos vimos... Pero ya sabes cómo son las mujeres. Es un poco mayor que yo. Tiene veinte años.

—¿Y tú...?

—Dieciocho. —José se quedó callado unos instantes—. Me gusta bastante —añadió, bajando la voz—, pero sólo para un rato. Creo que ella... quería algo más... No que nos casáramos, naturalmente, sino que hubiera algo más... Amor... A mí... Mira, debo reconocer que a mí también... Tiene mucho encanto... Pero la vida ya es bastante dura para uno solo. ¿Sabes lo que decía Disraeli en su vejez? —preguntó con brusquedad—. Que el mundo es difícil de manejar. Y tenía razón...

Jean-Luc negó con la cabeza.

—No lo creas. Al contrario, es fácil. A la gente se le pueden susurrar sus deseos y hasta sus sueños. Quien es tremendamente difícil de manejar es uno mismo, el propio corazón.

Jean-Luc había dicho las últimas palabras en voz más baja, como si le dieran vergüenza. Luego se quedó callado.

José seguía hablando, pero ahora su hermano ni siquiera fingía escucharlo. De pronto, se levantó, entró en el salón, que estaba vacío, desnudo, y empezó a pasear de aquí para allá sin preocuparse del joven, que lo miraba sorprendido. Se había olvidado de él, estaba claro. Se acercó a la ventana, levantó un visillo y se quedó allí, de espaldas a José, que sólo le veía la mano en los pliegues de la tela, que retorcía entre sus dedos con un gesto brusco y extraño.

José se levantó y se acercó a él. La expresión de su hermano era fría, tranquila, tan impenetrable como de costumbre. El chico respiró aliviado. «Si me diera el dinero, me iría... —pensó—. Le estoy molestando...».

Pero no dijo nada. De pronto, Jean-Luc se volvió hacia él.

—¿Te vienes a tomar una copa? —le preguntó, tras una breve vacilación.

—Si quieres...

—¡Pues venga! Vamos, tú primero...

José echó a andar hacia la puerta, pero Jean-Luc seguía sin moverse; miraba atentamente el negro cuadrilátero de la ventana, salpicado de pálidas y titilantes luces. José lo llamó varias veces, pero él no parecía oírlo.

—Espera, voy a vestirme —murmuró al fin—. Espérame aquí... —repitió.

Pasó junto a José, entró en su habitación y cerró la puerta. Casi de inmediato, el joven oyó un disparo, un chasquido tan débil y breve que al principio no lo identificó. Corrió hacia la habitación y embistió la puerta con el hombro; pero no estaba cerrada con llave. No obstante, la violencia de la acción lo alivió.

Jean-Luc yacía en el suelo, pero aún vivía, respiraba. José, despavorido, lo cogió entre los brazos. De pronto, sintió que su hermano se agarraba a él, lo asía, lo abrazaba con una fuerza sorprendente, lo estrechaba contra su pecho como a un amigo con el que acabara de reencontrarse. José quiso soltarse y pedir ayuda, pero Jean-Luc, ya agonizante, lo retenía con sus frías manos y el peso de su cuerpo inerte. Sólo seguían vivos sus ojos. Las palabras pugnaban por salir de sus labios ya mudos. Los movió con un terrible esfuerzo, pero no emitió ningún sonido, apenas un gemido, una queja sorprendida. Sin embargo, en el último instante, pareció volver en sí. Quizá reconoció a José. Seguramente, había creído ver otro rostro inclinado hacia él. Volvió la cabeza, apoyó la mejilla en la mano, cerró los ojos y murió de un modo tan apacible que José ni siquiera oyó su último suspiro.